

AMIGOS DE SIEMPRE

Historias del despertar campesino, el Instituto de Educación Rural y una amistad verdadera

VANESSA TESSADA SEPÚLVEDA
y BEIDA FUENTES RAIN (EDS.)



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE CHILE

MÁS UNIVERSIDAD

AMIGOS DE SIEMPRE
HISTORIAS DEL DESPERTAR CAMPESINO,
EL INSTITUTO DE EDUCACIÓN RURAL
Y UNA AMISTAD VERDADERA

*AMIGOS DE SIEMPRE. Historias del despertar campesino,
el Instituto de Educación Rural y una amistad
verdadera*

Vanessa Tessada Sepúlveda y Beida Fuentes Rain

Primera edición: diciembre, 2024

Santiago, Chile

Ediciones Universidad Autónoma de Chile

<https://ediciones.uaautonoma.cl>

© Universidad Autónoma de Chile

Avenida Pedro de Valdivia 425

Providencia, Santiago, Chile

Portada: miembros actuales de la Corporación

Amigos de Siempre, 2024. Fotografía gentileza de

Vanessa Tessada S.

Dirección editorial: Isidora Sesnic

Corrección de estilo: Andrea Uribe

Diseño y diagramación: María Kaulen

ISBN impreso: 978-956-417-075-6

ISBN digital: 978-956-417-073-2

RPI: 2025-A-2403



Este material puede ser copiado y redistribuido por cualquier medio o formato, además se puede remezclar, transformar y crear a partir del material siempre y cuando se reconozca adecuadamente la autoría y las contribuciones se difundan bajo la misma licencia del material original.

El libro fue sometido a evaluación externa.

Impreso en Chile | Printed in Chile

AMIGOS DE SIEMPRE
HISTORIAS DEL DESPERTAR CAMPESINO,
EL INSTITUTO DE EDUCACIÓN RURAL
Y UNA AMISTAD VERDADERA

Vanessa Tessada Sepúlveda y Beida Fuentes Rain (Eds.)

EDICIONES
Universidad Autónoma de Chile

Memorias

Ventura Ávila
Margarita Huencho
Nelly Novoa
Gilberto Rojas
Judith Valenzuela
María Bascur
Silvia Céspedes
Manuel Olate
Pablina Rivas
Juan Díaz
Magaly Guerra
Juan Carlos Labra
Blanca Herrera
Eliecer Rebolledo
Hilda Rodríguez
Juan Ramírez
Jaime Figueroa
Gabriela Cáceres
Julia Aguilera
Agenor Salazar

Este libro está dedicado
a las y los amigos
que nos han acompañado y
ya no están con nosotros.

Manuel Olate Urra
Celia Mena
Manuel Bravo
Amulio Avendaño
Ana Hernández
Carmen Morales Letelier
Alberto Vergara
Carlos Troncoso González
Luis Pinilla
Guido Avilés

ÍNDICE

Cómo empezó esta historia	15
Presentación. Historias del «despertar campesino»	17
El Instituto de Educación Rural y la promoción católica del campesinado	21
Corporación Amigos de Siempre: la organización formal de un grupo de amigos	36
Historias de vida:	49
Tiempos felices	51
Agradecida de la vida	59
Mi alegre despertar	65
Una historia de luces y sombras	69
Servir a los demás	77
Mis recuerdos	79
Los recuerdos de Manuel	82
Nadar contra la corriente	86
Cómo aprendí a amar la tierra, su gente y su cultura	92
Mi vida haciendo lo que me gusta	102
De Lora al paraíso	106
Reflejo de mi vida junto a Dios	110

Campesinos de Chile, amigos de verdad	113
Historias de ayer y hoy unidas por siempre	118
Qué tiempos aquellos	122
El despertar de mi vida campesina	126
Abrí los ojos para valorar la vida campesina	129
Todo lo que me entregó el IER	134
Algunas palabras finales	143

CÓMO EMPEZÓ ESTA HISTORIA

Existía, por entonces, la Juventud Obrera Católica (JOC), fundada en Europa hacía varios años, como un método de formación católica para jóvenes obreros basado en «ver, juzgar y actuar»: ver la realidad, que se analiza con una mirada de fe; juzgar la realidad, que se analiza con prolijidad y desde una mirada realista y creyente, y actuar, el momento en que se toman decisiones bien pensadas.

Entonces al sacerdote Rafael Larraín se le encomienda formar la Juventud Agrícola Católica (JAC). Una primera y rápida mirada nos sitúa frente a jóvenes pobres, provistos de un nivel cultural elemental: dos o tres años de escuela, a lo más. La tarea consistió, por lo tanto, en buscar sacerdotes para asesorar en las diócesis chilenas y preocuparse por la formación religiosa. De esta forma, el padre Rafael creó cursos de uno o dos meses, después se extendieron por más tiempo.

Fue crecer en lo humano y en Jesús. Los sacerdotes, formadores de jóvenes, fueron descubriendo a los más inquietos y valiosos. Los cursos se multiplican por todo Chile: es una «misión». También la niña se inquieta y se forma una rama femenina. ¿Pueden, las y los jóvenes, recorrer los campos? Se discute que vayan en parejas: se concluye que ya tienen una formación sólida. Los hombres van a trabajar con los jóvenes; las mujeres con las niñas. El trabajo se vuelve continuo. Encuentros frecuentes en las «centrales» donde se dan los cursos, retiros, encuentros. Ya contamos con doscientos jóvenes, más doscientas niñas, todos con un adecuado nivel de formación, sólida, humana y cristiana.

Van diciendo cómo les cambió la vida. Tiene sentido, es para los demás y para ellos y ellas.

Hoy, al encontrarnos, ya cargados de años, oigo «cómo nos cambió la vida»: crecieron, se casaron, formaron sus familias. Hoy tienen nietos. Ellos y ellas les contarán en detalle su historia. Todos les dirán: «cómo nos cambió la vida».

Padre Mario Molina Guaita
6 de diciembre de 2023
Talca

HISTORIAS DEL «DESPERTAR CAMPESINO»

Vanessa Tessada Sepúlveda y Beida Fuentes Rain

Desde hace algunos años, una ola de memoria ha envuelto a los procesos de modernización del campo chileno y a sus protagonistas. Publicadas por conocidas editoriales o recurriendo a la autoedición, las voces del campesinado que experimentó estas grandes transformaciones se ha hecho audible, no tras un impulso academicista, pues han sido los propios protagonistas de estas múltiples historias quienes han buscado dejar en testimonio ese mundo, con sus penurias, alegrías y esperanza de cambio, hoy inexistente.

Este libro es parte de aquel impulso. Comienza desde una situación particular: un grupo de amigos y amigas de origen campesino y ligados al campo chileno, creyentes en las posibilidades de transformación, de emancipación y de justicia social, decidieron, hace más de veinte años, seguir uniendo sus vidas a través de una corporación, a la que llamaron, de forma poética, pero realista: Amigos de Siempre.

Los Amigos de Siempre se conocieron, en su mayoría, al alero del Instituto de Educación Rural, una instancia parte de la Iglesia católica que creyó en la justicia social y en la necesidad de estar junto a los más necesitados. El Instituto de Educación Rural nació con el objetivo de promover, entre las y los jóvenes campesinos, la fe, a la par de capacitarlos para mejorar sus condiciones de vida y prepararlos para las transformaciones sociales y culturales que necesariamente acompañarían al cambio en la propiedad de la tierra. Por lo mismo, no sorprende que una parte de esta Iglesia haya estado de acuerdo en ser los primeros en realizar una reforma agraria y convertir a esos campesinos sin tierra, en parceleros.

Desde el papel de delegados y delegadas (también llamados promotores), cuyo compromiso con el mejoramiento del mundo campesino los llevó a recorrer campos y fundos invitando a otros y otras campesinas a tomar esta oportunidad única de educación que se les presentaba, hasta la transformación de algunos de ellos en parcele-

ros, trabajadores del campo, esposos y esposas, padres y madres, y en amigos, es lo que encontraremos en estas vidas compartidas cuyo relato se nos regala en las páginas que siguen.

Dividimos el libro en dos partes. En la primera, para dar contexto a las historias de vida presentadas, realizamos un pequeño estudio de corte histórico sobre el funcionamiento del Instituto de Educación Rural durante sus primeras décadas, más una reseña de la Corporación Amigos de Siempre. En la segunda parte están las historias de vida de aquellos y aquellas amigas de siempre que quisieron participar de esta publicación. Los relatos tienen un origen diverso. Algunos fueron escritos de puño y letra por sus protagonistas, otros están contruidos por las editoras a partir de entrevistas realizadas durante los años 2022 y 2023, en los que se intentó respetar, de la manera más fiel posible, el estilo del relato, su orden y las expresiones de quien compartió su historia. Por último, contamos con el testimonio de don Manuel Olate, quien falleció en el transcurso de la realización de este libro, obtenido de una presentación grupal realizada en una de las primeras reuniones sostenidas con la corporación.

La edición y escritura de este texto ha sido realizada por la Dra. Vanessa Tessada Sepúlveda gracias al Proyecto FONDECYT Posdoctorado N.º 3210358 *“Aprender es bonito, da gusto ver a la mujer hablando”. Experiencias y memorias de niñas y mujeres en la educación rural y agrícola. Valle Central, Chile (1938-1973)* financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID). También participó Beida Fuentes Rain, profesora de Historia, Geografía y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chile y ayudante de investigación a través del Fondo de Iniciación Científica 2023. La investigación se hizo a partir de entrevistas y de documentación publicada por el Instituto de Educación Rural, complementada con documentos encontrados en el Fondo del Ministerio de Educación Pública y Ministerio de Agricultura resguardados en el Archivo Nacional de la Administración.

Agradecemos a Liliana Barría Iroume, por su generosidad para llevar adelante esta investigación; a don Emiliano Ortega, quien fuera ministro de Agricultura durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y presidente del Instituto de Educación Rural por varios años, por la entrevista que nos concedió y por sus aportes entre-

gados en un libro en elaboración denominado *El dilema del IER*, y a Cristián Valdivieso, profesional destacado de la institución, por regalarnos tiempo para una entrevista.

EL INSTITUTO DE EDUCACIÓN RURAL Y LA PROMOCIÓN CATÓLICA DEL CAMPESINADO

Vanessa Tessada Sepúlveda

El Instituto de Educación Rural (IER) se fundó en 1954 como parte de los proyectos desarrollados al alero de la Acción Católica Rural en Chile. Su objetivo, si bien fue desplazándose a lo largo de sus años de ejercicio, tuvo como principales ejes la preparación de la juventud campesina para mejorar la calidad de vida en el mundo rural, impartir enseñanzas centradas en la fe respecto de la organización social y dialogar con los cambios que se estaban sucediendo en el campo chileno. Desde la institución han reconocido cinco ideas esenciales sobre las que se levantó el trabajo del instituto:

- 1) el IER es una institución de inspiración cristiana,
- 2) el IER es una institución privada,
- 3) el IER es una institución de educación y servicio a la promoción integral del campesino,
- 4) el IER es una institución no partidista en política y
- 5) el IER es una institución sin fines de lucro.¹

El escenario en que el IER comenzó a funcionar permite entender su origen. Hacia mediados del siglo xx, un tercio de la población del país vivía en sectores catalogados como rurales, es decir, en zonas que carecían de servicios públicos o municipales suficientes y cuya población dependía de la producción primaria.² En el denominado Valle Central (que corresponde al territorio comprendido entre Aconcagua y Ñuble), la zona agrícola más productiva del país, se concentraba la mayor cantidad de población rural. Esta realidad estaba marcada por una distribución de la tierra caracterizada por el gran latifundio. De acuerdo con el Censo Nacional Agrícola y

1 Correa del Río, Blanca. *El Instituto de Educación Rural de Chile. Estudio monográfico sobre una experiencia de educación de adultos en zonas rurales*. Documento. Oficina Regional de Educación de la Unesco, 1981.

2 República de Chile, XII Censo General de Población y I de Vivienda, Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1952, p. 67.

Ganadero de 1955, mientras el 81,25% de la superficie censada estaba ocupada por diez mil latifundios, el 7,4% de la tierra estaba ocupada por quince mil predios de explotación familiar. Es decir, existía una gran concentración de la tierra, lo que generaba, por un lado, su subutilización en las grandes haciendas y, por otro, una agricultura de subsistencia en las pequeñas parcelas.

Este modelo de distribución de la propiedad de la tierra se correspondió con relaciones económicas y socioculturales que la investigación ha clasificado como «tradicionales» y que se mantuvieron hasta mediados de la década de los sesenta. La fuerza de trabajo se componía por inquilinos, voluntarios, afuerinos, medieros, comuneros, indígenas y trabajadores sin tierra.³ Sin embargo, el inquilinaje era la fuerza más importante en el latifundio. Este:

consistía en una relación de trabajo entre un campesino y su patrón, según la cual el primero se comprometía a permanecer en la explotación durante todo o gran parte del año agrícola, proporcionando su fuerza de trabajo a cambio de remuneraciones mixtas en dinero efectivo y en «regalías», o bien, de una pequeña porción de tierra (cerco o ración), para la producción de sus alimentos.⁴

Dicho modelo de explotación de la tierra generó relaciones de trabajo que muchos autores han denominado como preindustriales y que explicarían, por un lado, la precariedad económica, social y cultural en que vivía el campesinado (bajos o inexistentes salarios en dinero, viviendas en mal estado, mala alimentación y, en general, malas condiciones de vida) y, por otro, su sumisión y retraimiento característicos. A lo anterior se debe sumar la imposibilidad de organización (recién en 1967 se aprueba la Ley de Sindicalización

3 Cereceda, Luz y Dhase, Fernando, *Dos décadas de cambios en el agro chileno*, Cuadernos del Instituto de Sociología N.º 2, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1980. Los «voluntarios» eran trabajadores estacionales y constituían una mano de obra complementaria al inquilino. El «afuerino» también era un trabajador temporal con relación de trabajo no permanente; su remuneración era en comida y dinero efectivo. Muchos de ellos eran vecinos a los latifundios o habitantes de villorrios o aldeas rurales sin tierra propia. La «mediería» se entendía como la relación en que el propietario de la tierra cedía parte de la producción (la mitad, usualmente) a cambio de trabajo y, a veces, de capital.

4 Cereceda y Dahse, *Dos décadas de cambio*, p. 15.

Campesina) y el bajo acceso a servicios de salud y educación, muchas veces intermediados por el propio patrón del fundo.

Así, pese a que desde la crisis económica de 1929 los gobiernos levantaron discursos sobre la modernización del campo, tanto a nivel educativo como técnico-económico, lo cierto es que la resistencia de los grandes terratenientes, con el objeto de conservar su poder económico y político, impidió o ralentizó una parte importante de las transformaciones propuestas y, con ello, profundizó la crisis en el mundo rural. Esto fue desafiante para los diversos gobiernos, especialmente para los del Frente Popular y para el presidente Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), pues una de sus promesas había sido la sindicalización campesina. Como han investigado Roble y Kay, durante ese periodo el Estado invirtió menos en el mundo rural que en el urbano y no logró la reforma de la tenencia de la tierra ni la legalización de la sindicalización.⁵

El primer paso en esa dirección tuvo que esperar cerca de veinte años. En 1962 se dictó la primera reforma a la tenencia de la tierra, la Ley N.º 15.020, promulgada por Jorge Alessandri. Esta ley tuvo un efecto acotado (por eso fue denominada coloquialmente como la «reforma del macetero»), pero dio paso a la creación de la Corporación de Reforma Agraria (CORA) y al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP). Con la llegada del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva al gobierno en 1964, comenzó un nuevo proceso de discusión de una ley de reforma agraria. Finalmente, el año 67 se promulgó la Ley N.º 16.640, cuyos objetivos eran:

incorporar a los campesinos a la propiedad de la tierra, redistribuir patrimonio e ingreso, producir una asignación más eficiente de recursos mediante un uso más racional de la tierra y la promoción humana del campesino con el fin de lograr su más plena integración a la vida del país.⁶

Esta ley se sumaba a la reforma de la Ley Electoral de 1958 (cédula única) que, en la práctica, dio libertad de sufragio en el mundo

5 Robles, C. y Kay, C. «La transición del sistema de hacienda al capitalismo agrario en Chile Central», Jaksic, I., Estefane, A. y Robles, C. (Eds.), *Historia política de Chile 1810-2010. Tomo III. Problemas económicos, Santiago de Chile*, FCE-UAI, 2018 (107-139), p. 117.

6 Ortega, Hugo (Ed.), *La economía campesina chilena*, Chile, Editorial Aconcagua, 1981, p. 14.

rural, hasta entonces dominado por el cohecho. En 1967 se dicta la Ley de Sindicalización Campesina, que legalizó la organización del mundo campesino en sindicatos, cambiando por completo las relaciones socioeconómicas en el espacio rural.

Con la aplicación de la Ley de Reforma Agraria se logró la expropiación de grandes predios agrícolas y la puesta en marcha de un plan de inversión en la agricultura. Además, se estimuló la organización de los trabajadores en sindicatos y cooperativas, se subieron los salarios y se consolidó el pago en dinero. La Reforma Agraria chilena llegó a expropiar un 35% del suelo agrícola, siendo un de las más amplias a nivel internacional realizada bajo un marco institucional y legal.⁷ Se han cuantificado en ochenta mil las familias campesinas beneficiadas durante el proceso de reforma, ya sea a través de asentamientos, cooperativas de reforma agraria, centros de reforma agraria y otras formas de organización colectiva.⁸

En este escenario, la Iglesia católica tuvo una importante participación. En primer lugar, la Iglesia era consciente del destino trazado para el campesinado, pues la institución había formado parte, desde tiempos coloniales, en la legitimación del poder hacendal a partir de la triada de poder económico-político-religioso que había perpetuado el orden tradicional en el medio rural. Sin embargo, el siglo xx ponía en cuestión esas formas de dominación, crítica que impregnó el trabajo de algunos sacerdotes, entre ellos, el gran inspirador del IER: monseñor Rafael Larraín (director de la Acción Católica Rural y asesor del instituto). Larraín estuvo acompañado en estas ideas de transformación de la relación hacendal por el cardenal José María Caro, monseñor Raúl Silva Henríquez, el padre Alberto Hurtado, el obispo Manuel Larraín y otros sacerdotes. Por ello, Rafael Larraín,

7 Vasconcelos, Joana, «Tierra y derechos humanos en Chile: la contrarreforma agraria de la dictadura de Pinochet y las políticas de reparación campesina». *Historia Agraria: Revista de agricultura e historia rural*, N.º 80 (2020): 209-242.

8 Ortega, *La economía campesina chilena*. Es importante indicar que, tras el Golpe de Estado, la dictadura militar comenzó un proceso que ha sido denominado «contrarreforma agraria», a través del cual fue restituido, mediante la represión hacia el campesinado, el 28% de los terrenos legalmente expropiados a los antiguos propietarios. Entre el 20 y el 30% restante fue rematado a muy bajo precio y entre el 26 y el 41% fueron parcelados en pequeñas propiedades productivas. Los campesinos identificados como dirigentes, mediante el Decreto 208 fueron excluidos de la repartición de tierras.

aparte de estimular el apostolado laico a través de la Acción Católica, planteó la creación de un espacio formativo en conocimientos agrícolas y en la fe para los campesinos: el futuro Instituto de Educación Rural.

El ambiente de la década de los sesenta llevó a la Iglesia, incluso, algo más allá, al ser inspirados por la nueva posición doctrinaria respecto de la vida en el campo: la doctrina social de la Iglesia. La publicación de la encíclica *Mater et Magistra* por el papa Juan XXIII en 1961 y la carta pastoral *La Iglesia y el problema del campesinado chileno* del mismo año, conmovieron y movieron a parte de la Iglesia católica en un proceso inédito de transformación de la tenencia de la tierra y de mejoramiento del medio de vida campesina. Se impuso la idea de la acción social con justicia, haciéndose parte activa de la lucha contra la cuestión social en el campo. En Chile, la carta pastoral aterrizó los postulados papales presentes en la encíclica, proponiendo una reforma de inspiración cristiana para las necesidades del mundo rural que pasara por la mejor utilización de la tierra (una reforma agraria), la formación del campesinado, el mejoramiento de las condiciones económicas y el alejamiento de las ideologías políticas extremistas. En 1962, antes de la dictación de la reforma de Jorge Alessandri, la Iglesia, impulsada por el obispo Manuel Larraín y el cardenal Raúl Silva Henríquez, comenzó el proceso de reforma agraria al ceder a sus trabajadores cinco de sus fundos. Los predios entregados fueron Los Silos, Patagua Cerro, Alto Las Cruces, San Dionisio y Altos de Melipilla.⁹ Tras ello, a través del Instituto de Promoción Agraria (INPROA), se asesoró y apoyó a los campesinos en la mantención y explotación de esas tierras. Así, si bien se trató de una entrega limitada, fue importante tanto a nivel simbólico como práctico, al implementarse un modelo cooperativo de trabajo que se esperaba poner en práctica en la política de reforma agraria nacional.¹⁰

Así, movidos por esta realidad económica y social del campo y los influjos internacionales de cambio en la Iglesia, nació el

9 Ver Faltin, Kurt, *Historia de la Reforma Agraria chilena. Relato de José Carreño pionero e impulsor de la parcelación de Pataguas Cerro*, Chile, Cahuil Ediciones, 2023.

10 Gómez Echenique, Sergio, 50 años de la Reforma Agraria. *Anales de la Universidad de Chile*, 12, Article 12, 2017, pp.21-36 <https://doi.org/10.5354/0717-8883.2017.47173>

Instituto de Educación Rural. Sin embargo, como han propuesto autores como Emiliano Ortega¹¹ y Víctor Calisto Cárcamo¹², el devenir del IER estuvo determinado por el proceso político cambiante que se vivió durante el periodo 1954-1973. Para ambos autores, existen dos etapas en el funcionamiento de la institución, marcadas por los fines y métodos puestos en práctica para la formación campesina. El primer periodo, que va desde su fundación en 1954 hasta mediados de los años sesenta, estaría marcado por la impronta cristiana del instituto, determinada por su trabajo en conjunto con la Juventud Agrícola Católica (JAC) y la Acción Católica. Además, como ha remarcado Ortega, en esta primera etapa existió un encuentro de intereses entre el instituto y la parte patronal agrícola, que apoyó las distintas iniciativas llevadas adelante tanto por la JAC como por el IER. Un segundo momento está marcado por un cambio en la concepción de la capacitación centrada en el carácter práctico y alejada de la religión, también por la llegada de la idea de *promoción campesina* (siguiendo la política de promoción popular del gobierno del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva), con lo que mutó, por ejemplo, el papel de *delegado* a *promotor*. También influyó en esta etapa el acceso a ayudas económicas extranjeras, las nuevas ideas acerca del papel de la Iglesia en el mejoramiento de la vida campesina, la oleada de politización que se vivió en la Acción Católica —ligándose a la Democracia Cristiana— y un choque de intereses con la patronal, antes apoyo del instituto.

Lo que propone Emiliano Ortega es que fue el alejamiento de la Acción Católica, alrededor del año 1961, lo que transformó definitivamente al IER, pues la separación significó un cambio de rumbo al acentuar las prácticas de desarrollo comunitario, sindicalización y política, dejando de lado la labor apostólica desarrollada hasta ese momento. En cuanto a los delegados que trabajaban para el IER y militaban en la JAC, fueron destinados por Rafael Larraín a integrar una u otra organización. Así, algunos se mantuvieron en el IER y otros pasaron completamente a la Acción Católica Rural (ACR).

11 Ortega, Emiliano, *El dilema del IER* (manuscrito).

12 Calisto, V. *Instituto de Educación Rural, 1954-1970: en la trayectoria de un proyecto modernizador social cristiano*. Tesis Licenciatura en Historia, Universidad Católica, 1996.

Este proceso de separación resintió a la ACR, de acuerdo con Ortega, puesto que dejó de recibir suficientes militantes, cuya consecuencia fue una disminución en el trabajo de base.

Las tensiones que llevaron a esta separación no están claras. Para Ortega, la decisión se tomó en el contexto del inicio de la reforma agraria, cuando comenzaron a llegar las ayudas internacionales y la Iglesia esperaba cumplir un rol. En este sentido, la apuesta era independizar el culto y las misiones de la órbita patronal para que la Iglesia se construyera desde las comunidades. Este es el postulado defendido por monseñor Manuel Larraín (impulsor también de la reforma agraria de la Iglesia), contrapuesto a las ideas de don Rafael Larraín, quien había construido el IER con apoyo de los patrones. Asimismo, esta separación centraba al IER en la educación y promoción y lo independizaba de las decisiones eclesiásticas, cuyos intereses podían ir en sentidos divergentes. A eso habría que sumar el espíritu político que inundó a la ACR una vez que Eduardo Frei Montalva llegó a la presidencia.¹³ Mucha militancia, sobre todo dirigencia, pasó a la política. A ello se le ha denominado «crisis del año 1965». Asimismo, en el propio IER se comienzan a manifestar luces de acercamiento a la política. La primera señal evidente fue en 1963, cuando se otorgó un «licenciamiento» de seis meses para que los y las delegados, que así lo decidieran, realizaran campaña en favor de la candidatura presidencial de Eduardo Frei Montalva en los campos, contradiciendo el carácter apolítico que se le había impreso a la institución desde sus inicios.

Pese al tránsito que se produce en los objetivos del IER, la forma de funcionamiento de la institución se mantuvo más o menos similar entre la época de su fundación y el comienzo del gobierno de la Unidad Popular. Fue durante los sesenta, especialmente en sus últimos años, cuando el IER alcanzó su máxima extensión. Hacia 1964 mantuvo quinientos ocho centros campesinos y para 1969 contaba con treinta y dos centrales campesinas que tenían la capacidad para atender a cuatro mil personas. Entre 1956 y 1968 se publicó la

13 Botto, Andrea, *Catolicismo chileno: controversias y divisiones (1930-1962)*. Facultad de Humanidades y Comunicaciones, Centro de Investigación y Documentación, Ediciones Universidad Finis Terrae, Chile, 2018.

revista *Surco y Semilla*, que llegó a tener tirajes de diez mil ejemplares e incluso tuvo varios programas radiales, incluyendo una radio escuela. Esta ingente labor fue apoyada económicamente tanto por aportes del Ministerio de Agricultura, del Ministerio de Educación Pública y de los patrones de fundos, como también por fondos internacionales, especialmente de la Alianza para el Progreso desde 1962 y de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Con estos dineros se lograron construir y equipar cinco centrales del IER. La cooperación internacional también se tradujo en la llegada de voluntarios. En 1961 arribaron cuarenta y cinco miembros de los Cuerpos de Paz de Estados Unidos;¹⁴ en 1962 hicieron lo propio siete voluntarios españoles del Instituto Secular Católico, más cuatro alemanes. Posteriormente llegaron diecisiete cooperantes del Servicio Voluntario de la Alemania Federal.

Por último, es necesario recalcar que una parte del funcionamiento estaba constituido por los patrones de fundo que participaban en el instituto, ya sea a través de ayudas monetarias para el funcionamiento de los centros y estipendios de los delegados, así como con las autorizaciones correspondientes para que los delegados trabajaran en sus fundos. Los patrones también ayudaban en la distribución de la revista *Surco y Semilla* y en la incorporación de escuelas rurales a la radio escuela. Sin embargo, el giro progresista de la Iglesia también tensionó el apoyo patronal, el que se fue diluyendo a medida que la Iglesia secundaba las transformaciones de la tenencia de la tierra (y realizaba su propia reforma agraria).

Funcionamiento del Instituto de Educación Rural

Hasta antes del Golpe de Estado, hay dos etapas bien marcadas en el IER: una que correspondería aproximadamente a sus primeros diez años de funcionamiento, caracterizada por una «alta densidad apostólica», como indica Ortega; y una segunda etapa, más ligada a las transformaciones socioeconómicas nacionales y al papel del campesinado, como un nuevo sujeto político, en ellas.

14 Purcell, Fernando, *Una guerra contra la pobreza: voluntarios del Cuerpo de Paz, interacciones y desarrollo comunitario en Sudamérica en los años sesenta*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2023.

La forma de funcionamiento del IER fue inédita pues, más allá de existir el ejemplo de la JOC, como señala Ortega, la conformación de la labor del IER constituyó un esfuerzo creativo, ya que se tuvo que diseñar un sistema de formación de la juventud campesina y de trabajo territorial que, hasta el momento, la Iglesia chilena no había realizado con seglares.

El instituto funcionó a partir de un entramado de acción territorial de varios niveles articulados a través del trabajo de campesinos y campesinas denominados delegados (luego, promotores), que recorrían los campos, invitando a la participación. Estos delegados y delegadas, escogidos por su carácter de líderes y lideresas campesinos, debían formarse para cumplir una labor apostólica y desarrollar herramientas suficientes para realizar capacitación en técnicas agrícolas e industrias caseras, entre otros, a las comunidades.

A los delegados, en parejas mixtas, les era asignado un territorio que debían recorrer. Pasaban por fundos y visitaban a pequeños propietarios, estimulándolos a constituirse en «centros campesinos». Las parejas de delegados realizaban actividades de capacitación de acuerdo con las necesidades de los campesinos y sus familias. Los centros campesinos, por su parte, eran espacios físicos de reunión donde se procuraba realizar actividades de interés para los campesinos, como deportes, capacitaciones y centros femeninos. Fueron, entonces, el germen de la Asociación Nacional de Organizaciones Campesinas (ANOC), que nació en 1962 al alero del IER, para independizarse en 1963. A continuación, una fotografía de un festival campesino, organizado a impulso de delegados y centros. Estas actividades se sumaban a concursos de mejora en la calidad de vida y vivienda campesina, tal como se encuentra plasmado en las páginas de la revista *Surco y Semilla*.



Festival campesino, Santa Bárbara, 1962.
(Fotografía gentileza de Julia Aguilera y Agenor Salazar)

Junto con estas tareas, delegados y párrocos de las zonas cercanas identificaban a los campesinos y campesinas jóvenes con liderazgo, quienes eran enviados a capacitarse a las Centrales Campesinas, lugares de estudio, muchas veces con internado, de carácter gratuito, donde especialistas dictaban cursos de temáticas relacionadas al mundo agrario y al mejoramiento de la familia campesina. Los cursos podían durar desde semanas hasta meses y, sobre todo aquellos más largos, constituyeron experiencias transformadoras para quienes los vivieron. En las centrales no solo se capacitaban, sino que se daba la oportunidad de que los y las campesinas comenzaran a relacionarse con pares, con quienes compartían inquietudes, experiencias y anhelos.

Junto con separarse por género, las centrales fueron de tres tipos. En primer lugar, las Centrales de Orientación, donde llegaban por primera vez los campesinos para, por lo general, desarrollar cursos de cuatro meses y medio durante los cuales se capacitaban en rudimentos de algún oficio, además de recibir educación general (incluso alfabetización, de ser necesario). Existieron también las Centrales de Capacitación donde llegaban campesinos y campesinas que hubieran demostrado tener aptitudes para realizar algún oficio. En estas centrales, los cursos duraban entre seis meses y un año, y podían tratar, entre otros, de mecánica agrícola, administración, carpintería rural, crianza de animales, telar, costura o modas. Allí también se

promovía la organización en cooperativas. Por último, estaban las Centrales de Promotores, donde eran enviados aquellos campesinos y campesinas que habían presentado aptitudes de liderazgo y se les preparaba para el trabajo como delegados.

En su momento de máxima extensión, el instituto llegó a tener treinta y dos centrales. Entre ellas: Salamanca, Vallenar, Longotoma, Nogales, Lo Vásquez, Las Condes, Santa Ana, Malloco, Hospital, Graneros, Sanchina, Yáquil, Vista Hermosa, Talca, Bellavista, Quechereguas, Chillán, Chiñigüe, Santa Elena, Ñuble, Los Álamos, Lautaro, Huiscapi, Puerto Saavedra, Loncoche, Los Lagos, Osorno, Puerto Octay, Ancud, Castro y Cochrane.



Desayuno en la Central Campesina de Malloco, 1957.

(Fotografías gentileza de Julia Aguilera y Agenor Salazar)

Para ejemplificar las capacitaciones, recogemos aquí los programas de los cursos impartidos en las centrales campesinas de Santa Ana y Malloco hacia final de los cincuenta. Primero, tenían una parte de Cultura Base, la que dependía de la preparación de los estudiantes y afrontaba la diversidad de niveles educativos con los que llegaban, desde analfabetos hasta primaria completa. Seguía un curso de Educación Social centrado en la familia, la comunidad y la orientación social. Se continuaba con Preparación Práctica Agrícola donde se enseñaba horticultura, arboricultura frutal, crianza de animales, cunicultura, apicultura, vacunos y porcinos; Industrias Caseras (cestería); Formación Social (educación cívica y legislación social) y Formación Religiosa y Moral. Los cursos específicos por género eran: para mujeres, Educación para el Hogar, Industrias Caseras y Modas, y para hombres, Oficios e Industrias Caseras.¹⁵

Las centrales campesinas funcionaron de manera plena hasta finales de los sesenta. En adelante fueron devueltas a sus propietarios, vendidas o dejaron de funcionar debido a que se fue abandonando la formación de promotores y porque bajó el interés, por parte de la juventud campesina, en formarse a través de capacitaciones en favor de obtener titulaciones técnicas. Pese a ello, los resultados fueron evidentes: las memorias del Instituto de Educación Rural indican que entre 1955 y 1971 habían egresado de sus centrales campesinas 31.511 estudiantes que habían estado en cursos largos, es decir, que conllevaban quedarse en los internados.



Retiro de Verano, El Quisco, 1962 (delegados Zona Norte).
(Fotografía gentileza de Silvia Céspedes Ortiz)

15 «Cursos de capacitación campesina», Fondo Ministerio de Educación Pública, Tomo 14224, 1958, Archivo General de la Administración.

En este afán de capacitar y con el objetivo de alcanzar un mayor número de campesinos y llegar a aquellos lugares donde no había centrales, entre 1963 y 1970 se desplegó un programa de equipos móviles que funcionaron como centrales ambulantes. Las memorias de la institución indican que entre 1965 y 1971, 42.277 campesinos y campesinas habían participado en cursos dictados por los equipos móviles o en jornadas organizadas en provincias.¹⁶

Asimismo, no podemos dejar de mencionar que las y los delegados impulsaron la creación de cooperativas, partiendo con cooperativas de consumo y de ahorro para convertirse, luego, en cooperativas de trabajo y venta de productos. Además de otro tipo de organizaciones, entre los que encontramos asociaciones femeninas, como centros de madres. Este aprendizaje permitió que muchos de ellos participaran en los planes cooperativos y asociaciones de cooperativas creados durante la Reforma Agraria.

El IER también buscó incidir en la educación formal a través de la realización de programas de radio escuela. En 1958, por decreto del Ministerio de Educación Pública N.º 1020, se autorizó a las escuelas rurales (fiscales y particulares) a seguir las clases de los programas radioeducativos del IER que trataban de educación manual, educación agropecuaria y de educación moral. La radio escuela funcionó entre los años 1958 y 1965. Sus programas duraban quince minutos y se transmitían todos los días de la semana. Esta iniciativa alcanzó mil trescientas escuelas rurales, por lo que fue recibida aproximadamente por ochenta y dos mil estudiantes. También en 1970 se inauguró la Escuela Agrícola de Adultos Princesa Paola de Bélgica, con capacidad para doscientos internos; se crearon centros de práctica agropecuaria y funcionó la Escuela Básica de Poza Verde (en Longotoma), la única escuela básica dependiente del instituto. Por último, pero no menos importante, en 1971 el IER logró que el Ministerio de Educación aprobara los planes y programas de la Escuela Agrícola de Adultos (Decreto N.º 1909 del 11 de agosto de 1971), los que rigieron en adelante para todas las escuelas de enseñanza media agrícola de adultos del país.

16 Instituto de Educación Rural, *Memorias 1971-1972*, Santiago, IER, 1972.

En esta misma línea, en 1966 la Central Santa Ana, dedicada a formar delegadas, se convirtió en una escuela de «instructores rurales», cursos dirigidos a profesores-campesinos que se querían desenvolver en educación de adultos. Los estudios duraban cuatro años: tres años dedicados a conocimientos agrícolas y un cuarto año de preparación pedagógica.¹⁷

Hasta el Golpe de Estado, el IER se posicionó como un importante espacio de educación no formal para el mundo campesino, haciendo suya una responsabilidad de educación de la que el Estado, hasta la Reforma Agraria, no había asumido. Ese espacio de vacancia, más una doctrina transformadora de parte de la Iglesia, permitieron que miles de campesinos y campesinas pasaran por sus centrales o se organizaran en torno a esas ideas. El Instituto de Educación Rural formó parte, por lo tanto, del proceso del «despertar campesino» que se vivió durante los años sesenta.

Referencias

- Aedo-Richmond, R. *La educación privada en Chile: un estudio histórico-analítico desde el período colonial hasta 1990*. Santiago, RIL editores, 2000.
- Bengoá, J. (2016). *Historia rural de Chile central. Tomo II: Crisis y ruptura del poder hacendal*. Santiago, Lom ediciones, 2016.
- Botto, A. *Catolicismo chileno: controversias y divisiones (1930-1962)*. Santiago, Facultad de Humanidades y Comunicaciones, Centro de Investigación y Documentación, Ediciones Universidad Finis Terrae 2018.
- Calisto, V. *Instituto de Educación Rural, 1954-1970: en la trayectoria de un proyecto modernizador social cristiano*. Tesis Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996.
- Cereceda, L. y Dhase, F., *Dos décadas de cambios en el agro chileno*, Cuadernos del Instituto de Sociología N.º2, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1980.

17 «Recordando nuestro IER», *Surco y Semilla*, febrero-marzo N.º 119-120, 1966, p. 40.

- Correa del Río, B. *El Instituto de Educación Rural de Chile. Estudio monográfico sobre una experiencia de educación de adultos en zonas rurales*. Documento. Oficina Regional de Educación de la Unesco, 1981.
- Faltin, K. *Historia de la Reforma Agraria chilena. Relato de José Carrreño, pionero e impulsor de la parcelación de Pataguas Cerro*. Santiago, Cáhul Ediciones, 2023.
- Gómez Echenique, S. G. 50 años de la Reforma Agraria. *Anales de la Universidad de Chile*, 12, Article 12, 2017, pp. 21-36. <https://doi.org/10.5354/0717-8883.2017.47173>
- Illanes, M. A. *Movimiento en la tierra: luchas campesinas, resistencia patronal y política social agraria. Chile 1927-1947*. Santiago, Lom ediciones, 2019.
- Instituto de Educación Rural, *Memorias 1971-1972*. Santiago, IER, 1972.
- Ortega, E. *El dilema del IER*. Manuscrito.
- Ortega, H. (Ed.). *La economía campesina chilena*. Santiago, Editorial Aconcagua, 1981.
- Purcell, F. *Una guerra contra la pobreza: voluntarios del Cuerpo de Paz, interacciones y desarrollo comunitario en Sudamérica en los años sesenta*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2023.
- República de Chile, XII Censo General de Población y I de Vivienda, Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1952.
- Robles, C. y Kay, C. «La transición del sistema de hacienda al capitalismo agrario en Chile Central» (pp. 107-139), en Jaksic, I., Estefane, A. y Robles, C. (Eds.), *Historia política de Chile 1810-2010*. Tomo III: Problemas económicos. Santiago, FCE-UAI, 2018.
- Tessada, V. «La educación rural en Chile en el contexto de la reforma agraria: el papel de la Iglesia católica a través del Instituto de Educación Rural (1954-1970)», ponencia presentada en CI-HELA, 2021.
- Vasconcelos, J. S. «Tierra y derechos humanos en Chile: la contrarreforma agraria de la dictadura de Pinochet y las políticas de reparación campesina». *Historia Agraria: Revista de agricultura e historia rural*, N.º 80, (2020), 209-242.

CORPORACIÓN AMIGOS DE SIEMPRE: LA ORGANIZACIÓN FORMAL DE UN GRUPO DE AMIGOS

Beida Fuentes Rain

La Corporación Amigos de Siempre nació del esfuerzo y la cooperación de hombres y mujeres campesinos, radicados en la región del Maule, quienes, en su mayoría, entrelazaron sus vidas por medio del Instituto de Educación Rural, en cuyo seno se empararon de las ideas de justicia social y de la doctrina cristiana, hasta convertirse en parte importante del proceso de Reforma Agraria.

Casi todos los veintitrés integrantes originales de la corporación se conocieron durante su juventud, cuando fueron formados y trabajaron en el Instituto de Educación Rural (IER), entre los años 1954 y 1970. Ellos y ellas pasaron por las principales centrales campesinas: Malloco y Santa Ana, ubicadas en la región Metropolitana. Allí se formaron como delegados y delegadas, listos para recorrer los campos del país promoviendo al campesinado nacional.

Estos veintitrés amigos se propusieron, transcurridos muchos años del momento en que se conocieron, volver a organizarse de manera formal, pensando en sus propias familias y en su vejez. Así, en 2003 se constituyeron como una corporación sin fines de lucro y en 2005 obtuvieron su personalidad jurídica. La corporación tiene como domicilio San Valentín de las Rastras, en la comuna de Talca. En este espacio, han continuado cultivando sus ideales, manteniendo viva la fuerza de la organización, que ha permitido que mantengan una amistad de más de sesenta años y a la corporación, que ya cumple veinte años.

Los socios fundadores de la corporación fueron: Manuel Olate Urra, Nelly Novoa Sanhueza, Eliecer de Jesús Rebolledo Ayala, Blanca Rosa Herrera Gallardo, Germán Alberto Vergara Rojas, Manuel Jesús Bravo Fuentes, Celia Berta Mena Saá, Alejandro del Tránsito Paredes Romero, Adriana de las Mercedes Navarro Castro, Amulio del Carmen Avendaño Aguilar, Julia Eliana Aranda Cárdenas, Juan Segundo Díaz Sobarzo, Pablina del Carmen Rivas Riveros, Hilda del Carmen Rodríguez Armijo, Juan Antonio Ramírez Rojas, Judith

del Carmen Valenzuela Muñoz, Gilberto Alejandro Rojas Lineros, Silvia Isabel Céspedes Ortiz, María Encarnación Bascur Melo, Ana Ester Hernández Jara, Julia del Carmen Aguilera Aguilera, Agenor Alberto Salazar Villablanca, Margarita Inés Huencho Díaz y Ruth Magaly Guerra Guerra.



Miembros actuales de la Corporación Amigos de Siempre, 2024.
Fotografía gentileza de Vanessa Tessada S.

En 2004 organizaron una gran celebración para conmemorar los cincuenta años del Instituto de Educación Rural, donde también celebraron al padre Federico Hegarty y al padre Mario Molina. Esta reunión fue un hito para la corporación, pues reunieron a antiguos institutanos y a sus familias. Allí, uno de los presentes recitó unas palabras que reproduciremos a continuación, pues representan muy bien lo que significó el instituto para este grupo de campesinos y campesinas:

Recuerdos del Instituto

Exalumnos, compañeros
del Instituto Rural,
aquí me pongo a cantar
evocando los recuerdos.
Quizás ya mucho los pierdo,
pero el tiempo que es lejano.
¡Si pasaron cuarenta años
que compartimos sus aulas!
Ojalá tenga palabras
pa' relatar el pasado.

Antes de empezar la rima,
gracias por la invitación
a esa gran celebración
que culminó con la misa.
Tan loable iniciativa
pa' celebrar el cumpleaños
del cincuenta aniversario
de la institución querida.
La que marcó nuestras vidas,
la que nos tendió la mano.

Estos recuerdos del IER,
son mi historia personal,
pueden ellos reflejar
otras historias también.
La de mi hermano Eliecer,
Manuel Olate o Ventura,
si mi memoria se apura,
Andulfo, Blanca y Silvia,
Ana Hernández, Margarita,
a la Huencho me refiero,
Son algunas que recuerdo
como Agenor y Juan Díaz.

Eran los años sesenta
del siglo que ya es pasado,
cuando un día fui invitado
a vivir otra experiencia.
«Para que tomes conciencia»,
me decía el delegado,
que nuestro campesinado
así no puede quedar.
Si es que quiere progresar,
debe ser capacitado.

Debes irte a preparar,
palabra muy elocuente,
me indicaba claramente
qué camino hay que tomar.
Ante esta oportunidad
quise ser de la partida,
me dijo el padre Molina
que ayudó mi decisión,
en Rancagua al interior
está la central Sanchina.

Como eran mis sueños mozos
recién cumplidos los veinte,
muy pronto me hice presente
ante el Sr. José Soto.
Hombre con amable rostro,
a la central dirigía,
con mucha pedagogía
hablaba del Instituto.
El IER dará mucho fruto
y ustedes son las semillas.

Curso de noventa días
con intenso trajinar,
con internado total
muchas clases se impartían.
La mañana, teoría
de formación general,
gran acento en lo social
y en el cooperativismo
que enseña al campesino
progreso en comunidad.

A las prácticas se ha dicho,
estas eran por las tardes,
las llamaban con alarde
«El rendimiento de oficio».
A poner en ejercicio
eso escrito en el papel:
la platabanda, el taller,
el injerto o mueblería.
Y otros oficios había
pa'l que quería aprender.

Así fueron mis inicios,
fue este mi primer curso,
no pa' todos, pero a muchos
este era como el bautizo.
Después Malloco el que quiso
y las damas a Santa Ana,
las centrales diseñadas
a preparar profesores,
delegados, promotores
que siguieron la enseñanza.

Solo fuimos unos pocos
del curso de la Sanchina
que por cosas de la vida
llegamos hasta Malloco.
No fue por méritos propios,

lo digo en lo personal,
fue ese querer progresar
o el deseo de aprender,
que influyó en aquel plantel
que nos fue a seleccionar.

Allí en Malloco encontré
muy distinto contingente,
era una mezcla de gentes
desde Arica a Chiloé.
Era grato conocer
cómo era el joven de Ancud,
con sus costumbres del sur
distinto a los nortinos.
Si habían hasta argentinos
y otros también del Perú

Este rango universal
me mostraba todo Chile.
Mi mundito que era Vilches
murió en el mapa global.
Conocer la realidad
de todo el campo chileno,
me entregaba un mundo nuevo
aunque no en lo general,
porque el campo estaba mal,
marginado hasta los huesos.

Para salir de este estado,
postulaba el instituto,
hay que encauzar los estudios
hacia el agro organizado.
El campesino aislado
de sus demás compañeros,
estará siempre en el suelo
sin poderse levantar.
Si se logra organizar
podrá cumplir sus anhelos.

Ya llegó el amanecer,
de pie está el campesino,
decía el himno inspirado
por el padre Rafael.
Porque como han de saber,
fue el curita fundador,
él fue llamado por Dios
a servir al campesino,
a decirles que era digno,
como el hijo del patrón.

Esta era la cuestión,
esto había que estudiar,
llegarse a concientizar
lo que es la organización.
Para enseñar tal razón
nos llamaban a terreno,
visitamos al menor,
el vasto sector costino,
Melipilla fue testigo
del trabajo semanal.
Logramos organizar
buenos centros campesinos.

Este plan de acción social
se hacía el fin de semana,
entre Malloco y Santa Ana
en forma mixta y grupal.
El tejido y el telar
en labores femeninas,
en cambio las masculinas
en la siembra y en el huerto.
Y en las noches, en su centro,
la reunión general.

Entre todo este quehacer
hay nombres muy emblemáticos,

también otros muy simpáticos
como el «Abuelo» Rosel.
Está el padre Rafael,
el padre Pancho «Follón»,
Raquel Barros en el folklore,
doña Waldina en la dieta.
En el pan, José Cisternas,
Sr. Puga, el director.

Recordado a los famosos
surge en la memoria mía,
el querido Ulises Díaz
y también Carlos Troncoso.
Son recuerdos muy penosos
porque ellos ya no están.
pero siempre vivirán
en los anales del IER,
en el hombre y la mujer,
en familiares y amigos
que un día fueron testigos
de ese espíritu altruista.
Que Dios los tenga en la lista,
con Él en el paraíso.

Mi adhesión muy personal
a ese nuevo movimiento
que quiere vivir momentos
de armonía y de hermandad.
Sigan al mismo compás
que marcó nuestro instituto,
cada uno con lo suyo,
atizar los tizones.
Convivencias, reuniones,
les darán sabrosos frutos.

Esta es ya la despedida,
«Recuerdos del Instituto»,

que en mi tierra abrió los surcos
y que fue un hito en mi vida.
Quizás fui buena semilla,
quizás habré dado frutos,
pero ese material bruto
que se quiso refinar,
da gracias al Celestial
por mí, por otros, por muchos.
Por el cristiano instituto,
el de Educación Rural.

Raúl Rebolledo Ayala

EX-IER



Conmemoración de los cincuenta años del IER.
Fotografías gentileza de la Corporación Amigos de Siempre



Conmemoración de los cincuenta años del IER.
Fotografías gentileza de la Corporación Amigos de Siempre

Hitos relevantes en la historia de la Corporación Amigos de Siempre

Cuando se oficializa la Corporación Amigos de Siempre, sus integrantes se proponen una serie de objetivos a los que llegar trabajando en conjunto. Entre ellos:

- a) mejorar el desarrollo y la calidad de vida de los asociados;
- b) gestionar, mantener y administrar un sistema de residencia destinado a los adultos mayores asociados, adquiriendo una casa de acogida con capital propio de los y las integrantes;
- c) incorporar a las generaciones descendientes de quienes trabajaron en el IER, a actividades conjuntas tendientes al desarrollo personal y humano de sus participantes;
- d) apoyar toda actividad que promueva el desarrollo rural en el marco de los principios de promoción social y humana;
- e) fomentar la educación no formal, la educación formal y la capacitación laboral en el ámbito del desarrollo rural y humano en general, y
- f) fomentar el desarrollo de actividades culturales que induzcan la solidaridad entre sus asociados e integrantes.

Pese a que no todos estos objetivos han sido alcanzados, los más de veinte años de organización han constituido, para las y los socios, momentos de fomentar y compartir su amistad.

En 2003 decidieron comenzar a reunir el capital para comprar una casa donde instalar una casa de acogida. Si bien la idea de pasar sus últimos años juntos se ha desvanecido, la casa ubicada en San Valentín de las Rastras, comuna de Talca, es utilizada para realizar las reuniones mensuales de la agrupación y otras actividades. Para adquirirla generaron diversas actividades, como la recolección de cuotas mensuales e inscripción para cada socio y la realización de kermeses, feria de las pulgas y venta de alimentos. En 2008, tras la búsqueda de diferentes alternativas, se opta por comprar una casa ofrecida por el socio Manuel Olate.



Inauguración de la Casa Corporación Amigos de Siempre.
Fotografía gentileza de la Corporación Amigos de Siempre

Ya con la casa en funcionamiento, las y los socios comienzan un trabajo de integración con la comunidad de San Valentín. Para ello realizan, por ejemplo, talleres de crochet con las mujeres de la comunidad. También se organizan para hacer mermeladas, talleres de manualidades y talleres de desarrollo personal, entre otros.

Asimismo, comienzan a celebrar sus aniversarios, instancias a las que invitan a los socios y sus familias, directivos del Instituto de Educación Rural y autoridades comunales y locales. Como es su tradición, los aniversarios se celebraban con una misa y un almuerzo. Luego, comienzan a organizar paseos. La mayoría a Paso Nevado, donde han vivido experiencias que han sido calificadas como muy

positivas por parte de los participantes. De la misma forma han organizado otros viajes: a Punta de Tralca en 2013 y a Chiloé en 2017. En este último viaje, realizado entre los días 23 y 29 de enero, desarrollaron diversas actividades como jornadas de paseo y la visita a la Escuela Popular Campesina de Curaco de Vélez, lugar donde se forman jóvenes rurales como actores sociales para el desarrollo de sus localidades.



Paseos de la corporación.
Fotografía gentileza de la Corporación Amigos de Siempre



Paseos de la corporación.
Fotografía gentileza de la Corporación Amigos de Siempre

Como parte de la amistad que comparten, han celebrado sus bodas de oro los matrimonios de Eliecer y Blanca (2016), de Manuel y Silvia (2016), y de José Ventura y Carmen (2017). También han desarrollado o actividades muy significativas, como la visita de don Rogelio Correa, exinstitutano del IER entre 1960 y 1970, instancia en la que analizaron y reflexionaron en torno a sus historias de vida. En aquella oportunidad se tomó conocimiento de compañeros y compañeras que fueron parte del instituto y víctimas de la dictadura militar (1973-1990).

Hacia el 2007, los socios y las socias, que consideraban a su descendencia para continuar con el legado de la corporación, evaluaron que este deseo no sería tan fácil de cumplir. Sin embargo, la corporación se ha comprometido con el apoyo a la escuela campesina liderada por una de las hijas de Manuel Olate y Silvia Céspedes, que funciona en el sector El Corazón del municipio de Rauco.

Muchos y muchas de los socios han pasado por la directiva de la organización, entre ellos, Juan Díaz Sobarzo y Margarita Huencho, quienes han ocupado, por varios años, la presidencia. También han participado Silvia Céspedes, Juan Ramírez, Celia Mena, Germán Vergara, Pablina Rivas, Manuel Olate, Eliecer Rebolledo, María Bascur, Alberto Vergara, Blanca Herrera, Adriana Navarro, Ruth Guerra y Juan Carlos Labra.

HISTORIAS DE VIDA

JOSÉ VENTURA ÁVILA IBÁÑEZ
TIEMPOS FELICES



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es José Ventura Ávila Ibáñez. Tengo ochenta y seis años. Nací en Longaví y me crié en la comuna de Pelarco. He sido, toda mi vida, campesino. Tengo muy poca educación, solo tengo año y medio estudiado en una escuela rural, donde tenía que caminar aproximadamente dos kilómetros y medio para llegar. En ese tiempo, a pura patita nomás, con chalitas. A esa escuela iban pocos niños, eran los del sector y había un solo profesor. No alcancé a aprender a leer, pero después le hice empeño. No pude seguir asistiendo a la escuela porque en segundo año debía atravesar un estero para poder llegar a la escuela y un año hubo muchas lluvias y el estero se cubrió de agua y no podía pasar, así que no fui más...

Nosotros éramos siete hermanos, pero mi madre murió cuando éramos todos chicos. Mi padre nos fue a botar a la casa de nuestra

* (Entrevista realizada en San Valentín de las Rastras, 2023)

abuela materna, chicos. Después él hizo otra familia y tuvo una cachada de hijitos. No se acordó nunca más de nosotros, nos criamos desparramados. Así, yo me crié con unos tíos que me llevaron cuando tenía unos cuatro años. Ellos eran inquilinos, trabajadores del campo en Pelarco, en el mismo fundo donde me crié. Ellos me dieron la educación. Yo tuve más suerte que mis hermanos, porque estos tíos que me criaron no tuvieron hijos, entonces yo lo fui. Siempre mantuvimos el contacto con mis hermanos, porque los tíos de la parte materna se hicieron cargo de nosotros. Mi padre, creo que tuvo seis hijos más. En un funeral, una persona me dijo que sabía dónde vivía él junto a sus hijos. Y le dije que yo quería conocer a mis hermanos y a mi padre. Anduvimos buscando y encontré a un hermano. Yo viví toda mi vida en el fundo, tuve que haber llegado a los cuatro años y estuve ahí hasta los veintitrés.

He trabajado toda mi vida. Fui inquilino en el fundo y ahí quise hacer el servicio militar, a los dieciocho años. Después de eso, siempre quise salir del fundo, siempre quise ser otra persona, porque mis padres y mis familiares vivieron condiciones de trabajo muy duro y sacrificado. Dentro del servicio militar, pensé «¿cómo salgo de aquí?». Pensé en ser carabinero, pero me rechazaron por estado físico y porque no sabía leer. No me aceptaron ni de «paco» ni de guardia, porque no tenía estudios, apurado sabía firmar mi nombre. Después volví a trabajar al fundo como inquilino. Siempre tuve ganas de ver otras cosas.

Cuando tenía como veinte años llegó un cura a hacer una misión general, las misiones se hacían por quince días.¹⁸ Ahí llegó un cura, el padre Mario Molina, que es ocho años mayor que mí —tiene noventa años ahora—, él fue el cura de mi pueblo. Y él me convidó un día a una misión. Ahí hacía reuniones con los jóvenes y cuando terminó la misa, llegó este cura al fundo (en una moto y con sota-na, en esos años...) y me dice «oye, ¿querí' estudiar?». Y yo le dije «me gustaría, pero ¿cómo?». Yo tendría que trabajar porque los tíos no tuvieron familia y yo tenía que trabajar para vivir en la casa, yo pagaba la «obligación». Así que le dije que no, tengo que pagar la

18 Las misiones de la Iglesia eran visitas (muchas veces anuales) a fundos con inquilinos. Llegaba un sacerdote que entregaba los sacramentos y celebraba misas, entre otros. Así se estimulaba la religiosidad católica entre los campesinos.

habitación. Me dijo «no, eso se soluciona». Así que ya, le dije «¡me gustaría!». Me invitó a una reunión en la Casa de Ejercicios de Talca y nos explicó lo que era el Instituto de Educación Rural, que educaba a jóvenes para que estudiaran, y de ahí salimos como tres jóvenes con ganas de ir. Yo le dije al padre que le debía al fundo, al patrón, porque en esos años él trajo unas bicicletas (porque como el camino era muy lejos para ir a trabajar) y él me entregó una y yo debía pagarle mensualmente. El cura me dijo «no te preocupes, yo hablo con él». Y ahí salí del fundo. Estuve tres meses en el IER y después me dijeron que podía volver, si quería. Ese primer curso lo hice en Malloco, por ahí por el año 53 si no me equivoco, cuando el IER estaba comenzando.¹⁹ Ahí aprendí a leer. Después volví al fundo y el padre Molina me dijo que podía volver por seis meses más. Ahí eran palabras más fuertes. El problema eran mis «viejos», porque no tenían más hijos y me criaron. Entonces, el padre Molina me dijo que de alguna manera se iba a arreglar. Salí del primer curso como a mediados de diciembre y tenía que volver en marzo. Ahí me fui a trabajar dos meses. En ese tiempo, el campesino debía tener un buen caballo. Yo tenía una yegüita y una vaca, las vendí, me eché la plata a los bolsillos y me fui. Mis tíos se sintieron alegres y tristes, no me pusieron problemas. Me fui, pero nunca perdí el contacto con ellos. Ellos después se fueron a vivir a San Rafael. Yo me convertí en delegado y promotor y en eso consistía nuestro trabajo, en guiar a otros campesinos. No había plata de por medio, pero nos sentíamos felices. Nos vestíamos con ropa de Cáritas en esos años. Había mucha ropa de Caritas, nos llevaban a las bodegas para buscar ropa para vestirnos.

Dependiendo del entusiasmo, el empeño y el estudio que uno hiciera, el instituto a uno lo elegía para que saliera a trabajar al campo y organizara a los campesinos. Yo creo que lo que aprendí fue a relacionarme más con la gente, tener otra visión de la vida, podemos ver más allá de las murallas. Eso aprendí: a ver la vida de otra forma y ver que había otra posibilidad. Yo creo que muchos aprendieron eso. El cura me mostró eso: había otro mundo que uno podía con-

19 Debe haber sido el año 1954, cuando el Instituto de Educación Rural comenzó su funcionamiento.

quistar. Toda mi vida he sido católico, desde antes de entrar al IER, ayudar en lo que se pueda sin ser fanático. El instituto compartía la misma visión. Nos permitió ver el mundo de otra manera, tratar de encontrar la igualdad entre las personas.

Ser delegado consistía en que, en parejas, un hombre y una mujer salíamos a trabajar. Nosotros, en ese tiempo, andábamos días enteros en los cerros o donde nos tocara y ninguna chiquilla se quejaba de que intentáramos sobrepasarnos con ellas. Las respetábamos, las mirábamos como una hermana, una compañera, y eso era algo maravilloso. Estuve en la zona de Curepto y andábamos cerros y cerros y con mi compañera —que se casó antes que mí— llegamos un día a la casa de un campesino que criaba cabras y él, un día conversando, me dice «ustedes se aprovechan de ellas cuando andan en el cerro». Le expliqué, pero él, muy porfiado de mente, le costó entender. Antes el hombre era completamente machista, sobre todo en el campo.

Estuve todo el tiempo en Curepto, nunca me destinaron a otra parte. Yo feliz y contento. Ahí estuve trabajando como delegado, después hubo elecciones con Frei Montalva y traía dos leyes: la Reforma Agraria y la Sindicalización Campesina y a muchos de nosotros nos ofrecieron si queríamos continuar trabajando como delegados. De forma paralela se formaron cooperativas, la asociación de organizaciones campesinas,²⁰ después el MCI, Movimiento Campesino Independiente. Este era muy político, porque buscaban trabajar por la campaña de Frei y organizar al campesino en sindicatos, naciendo por su campaña.²¹ En ese momento eran tres candidatos: Eduardo Frei, Salvador Allende y Jorge Alessandri. Yo pienso que la campaña que hicimos nosotros para Frei fue para seguir formando a los campesinos en comités, para pedir la expropiación de los fundos. Yo nunca he militado en ningún partido político.

Entonces ahí me fui a trabajar por el Movimiento Campesino Independiente y yo, como era de la zona de Pelarco, me pusieron como jefe del grupo para trabajar por la campaña de Eduardo Frei. Cuando Frei salió presidente, me puse a trabajar en transformar

20 Se refiere a la ANOC.

21 Se refiere a la campaña presidencial de 1963.

los comités en sindicatos y en ese tiempo se me ocurre casarme. La chiquilla con la que me casé... Con mi compañera duramos cincuenta y cuatro años casados... Ya se me fue.²² Cuando comenzamos a pololear quería casarme y postular a la Reforma Agraria y tener parcela. Ella perteneció a la Acción Católica Rural y cuando pololeábamos la enviaron a Perú. Nos casamos y yo renuncié a ser dirigente del MCI, porque yo quería trabajar y eso era muy en el aire y en cuanto a futuro, no había futuro. Así que yo me fui a trabajar a unos gallineros. Y ya estaban comenzando los asentamientos. Había vacantes para postular como asentados y recibir una parcela. Postulé y llegué a un asentamiento en Pelarco. A los dirigentes del asentamiento les dije que quería irme para allá y si acaso me recibían, y me dijeron «vente po', tú tenís que estar aquí». Así que ahí toqué parcela. Cuando llegué, era cajero, luego me convertí en presidente, dirigente de base. Con mi vieja participamos siempre de la Iglesia y cuando repartieron las parcelas sacábamos leche, ella esperando guagua, metida en las gallinas, trabajamos como chinos, trabajamos mucho con Carmen, y ahora me quedan recuerdos de que fuimos felices en nuestro matrimonio.

Siempre fui crítico de la CORA²³ porque nunca pusieron orden dentro del asentamiento, porque se farreó mucho la oportunidad y yo culpo a la CORA y a la Democracia Cristiana. El presidente Frei, si bien hizo la ley sindical y entregó tierras, no puso orden. Donde nosotros llegamos, la gente estaba acostumbrada a vivir con diez mil pesos el mes. Cuando llegó el tiempo de los asentamientos, ganábamos veinticinco mil pesos y con veinte mil pesos uno vivía bien. Y ¿qué hacían con los otros cinco mil pesos que les sobraban? Se lo tomaban²⁴ los campesinos, porque sabían que al otro mes iban a recibir la misma cantidad de plata, trabajaran o no. Yo exigía que ordenaran. Los funcionarios de CORA me acusaron de que yo me

22 La esposa de don Ventura es la sra. Carmen Morales Letelier.

23 Como ya se había mencionado en un capítulo anterior, la Corporación de Reforma Agraria — CORA— fue creada en 1962 para la primera Ley de Reforma Agraria. La cora tenía bajo su mando lo relacionado con la división de los predios posibles de someter al proceso de reforma. Fue la institución del Ministerio de Agricultura encargada de hacer desde la expropiación de los fundos hasta dar la asistencia y el crédito a los asentamientos, que eran la organización transitoria de los beneficiarios campesinos con el Estado.

24 Se refiere al alcoholismo.

portaba mal con la gente y este cura del que he hablado —el padre Molina— habló con los jefes. Después nos entregaron las parcelas para el tiempo de Allende y permitió que algunos se equiparan. Después, cuando llegó Pinocho,²⁵ entregaron todas las parcelas, pero fue como este ejemplo: si yo tengo un hijo y lo quiero harto y le regalo algo maravilloso, precioso, pero no le explico ni le doy los medios para que él pueda usar ese regalo, el hijo lo va a romper, lo venderá, lo regalará o no le dará importancia... Y eso es lo que pasó. Desgraciadamente culpan al campesino irresponsable, pero había que enseñarle, como en una escuela. Le entregaban una parcela a un campesino, que no sabe pedir crédito y todas esas cosas. Otra de las injusticias que vi era que el campesino pedía expropiaciones y arrasaba con todo. Entonces, si nosotros queríamos que nos respetaran, nosotros también debíamos respetar. En ese momento, los dirigentes de Allende llegaban y se tomaban las cosas, no había un proceso. En ese tiempo, yo me arrinconé en mi parcela. También llegaron partidos políticos. Una vez fue Radomiro Tomic, candidato de la DC, a hacer una concentración en Pelarco y se pidió que todos los presidentes de asentamiento debían enviar a los campesinos a las concentraciones. Yo, que era presidente de un asentamiento, dije ¡no!, ustedes pueden ir a la concentración pero irán con sus propios medios, y aquí hay libertad, pero de acuerdo con los medios de cada uno, los medios comunitarios son para trabajar. Así que ahí me gritaban, hubo bolina y todo, ahí me querían expulsar del asentamiento Los Gómeros porque yo no presté el tractor.

Después, con el Golpe, a mí también me llevaron. Estuve detenido solo cinco horas porque mi mujer altirol se comunicó con el cura y le avisó que me habían tomado. Este cura fue al retén y les dijo «me lo entregan, yo me lo llevo». Así que ahí estuve en la parroquia dos días. El cura me dijo «quédate tranquilo, no te muevas de tu casa». Esto fue inmediatamente después del Golpe. Yo, en ese tiempo era presidente y estábamos sembrando papas y un campesino de los nuestros viene temprano a pedirme el tractor para ir a comprar gas. Va y me acusa, quizás cuánta cosa les habrá dicho a los carabineros, y a las once de la mañana llegan a buscarme. Me subieron a la

25 Habla de Augusto Pinochet, dictador entre 1973 y 1989.

camioneta y me llevaron. Al llegar a una bajada, se para la camioneta y empiezan a interrogarme. Y así pasaron muchísimos casos más, pero no se llevaron a nadie más del asentamiento.

La mayor enseñanza del instituto fue que me entregó la llave para abrir la puerta hacia otras cosas. El IER entregaba orientación a todos los campesinos y abrió ese horizonte que algunos supieron aprovechar. Nos prestó la energía, la humildad para seguir siendo campesinos, estar hasta última hora arando con chalas. Y gracias al IER yo tengo mi familia y todo lo que tengo. Ayer celebramos el aniversario de uno de los nuestros, con cincuenta y nueve años de matrimonio. Se casaron en el instituto. Y así, casados con chiquillos y chiquillas que compartían la misma visión... Cuesta mucho que las personas comprendan nuestro grupo, la Corporación Amigos de Siempre. Y esto lo comenzamos con Avendaño, Manuel Olate, Alberto Vergara, Eliecer Rebolledo, Manuel Bravo y yo. Estos seis matrimonios comenzamos a salir en verano, con carpas y todos los chiquillos a la playa, a Vilches, a Iloca, sin recursos. Y así éramos felices, porque veíamos al grupo de chiquillos, que hoy son muy amigos entre ellos, y compartíamos todo. Ahí partió este pequeño grupo, anduvimos unos ocho años programándonos. ¿Por qué los nombro a ellos? Porque los demás integrantes se fueron uniendo después. Un requisito era que fueran del instituto porque había una amistad, nos conocimos así, era una familia grande. Y el otro, que fuéramos amigos, ahí nació esto. Los primeros paseos eran sacrificados. Yo tuve una camioneta de tres cuartos y le poníamos una carpa arriba, que cayera pa' todos lados. A un lado dormía un matrimonio, a otro lado, otro. Otros llevaban frazadas y hacían su carpita, pero lo pasábamos muy bien, llevábamos sandías, de todo. Después se fueron integrando más personas, entregando también otra visión.

Manuel Olate hizo mucho por esta Corporación. Teníamos la esperanza de vivir todos juntos nuestra vejez, pero nuestros hijos no quisieron y, con el dolor en el corazón, esa casa la entregamos nuevamente a la familia de Manuel. Con él compartíamos varias cosas, tenemos un parecer en cuanto a la crianza. A él lo crio su mamá con mucho sacrificio; fue muy trabajador cuando joven, al igual que yo. Ahora, de los antiguos quedamos Eliecer y yo. La corporación para mí ha sido como una familia y la familia es importante que se reúna

y comparta, porque aquí no hay ganancias de por medio, acá cada uno aporta con una cuota, hay un orden. Las familias se cuentan sus penas y alegrías y una vez al mes nos reunimos y conversamos. No tengo nada que criticar al IER, todo lo que tengo es por eso, me entregó la llave.

Yo siento que por culpa de los políticos el campesino ha vuelto a ser «inquilino», pero de otra forma. Antes no teníamos aspiraciones a nada, solo a sobrevivir. Se perdieron esas ganas de ser propietarios, entonces ahora hemos retrocedido en cuanto a la libertad de trabajar y la libertad de pensar de los campesinos. ¿Por qué hemos vuelto atrás? Hemos vuelto a sistemas asalariados y mal remunerados. Antigüamente, veía con mis propios ojos que se sembraba mucho arroz. Venía gente del sur, de todos lados, a cortar arroz, y hoy vemos cómo llega la gente de afuera a cosechar la fruta y toda esa cosa, y luego esa gente queda parada. Ya no hay cupos para que todos trabajen, porque los patrones y las empresas se han vuelto a tomar el campo, porque han ido recuperando los fundos antiguos. Estamos volviendo a ese sistema y la persona asalariada se acostumbra a un sueldo, no hay un deseo de tener tierras propias, y quienes las tienen están bajo un sistema capitalista tan grande, que si uno siembra maíz, al final la utilidad que uno recibe es mínima. Porque estos préstamos que le hacen al campesino, ellos ponen precio, no nosotros.

Me gustaría que me recordaran como una persona que ha querido mucho al campo y gracias al instituto me convertí en otra persona. ¿Qué más le va a pedir uno a la vida? Los hijos de uno están agradecidos de la educación que sus padres les entregan, les permite descubrir la vida y yo me comparo con lo siguiente: si el Instituto de Educación Rural me entregó una visión y ese conocimiento es el que tiene la corporación, por eso yo quiero más a la corporación que al instituto. Aquí nuestros chiquillos jugaron, aprendieron. Y nosotros somos felices.

MARGARITA HUENCHO DÍAZ

AGRADECIDA DE LA VIDA



© Vanessa Tessada S.

Nací en Talagante, en el fundo Santa Victoria, el 21 de febrero de 1942. Soy la mayor de cuatro hermanos: Juan, Silvia y Rosa Herminda. Mi papá se llamaba Alberto Huencho Acevedo y trabajaba en el fundo Santa Victoria, encargado del establo y de la producción de leche. Él era originario de Melipilla, del sector Lo Gallardo. Su trabajo era duro, debía levantarse a las cuatro de la mañana todos los días del año. Mi mamá, Raquel Inés Díaz Núñez, mujer muy trabajadora y progresista, nacida en el fundo Ochagavía en Talagante.

En 1948, a la edad de seis años, fui matriculada en la Escuela de Monjas Adoratrices en Talagante. Ese mismo año, en el mes de mayo, mis padres, por trabajo, debieron trasladarse a vivir al fundo La Floresta de Mallarauco. Mi padre comenzó un trabajo como administrador de fundo. Una madrina de confirmación se hizo res-

* (Escrito realizado en Alto Las Cruces, Talca, 2023)

ponsable de mí. Luego viví con una tía hasta terminar el sexto año de preparatoria. A la edad de trece años volví a estar con mi familia en el fundo La Floresta, ya que no pude seguir estudiando porque no tenía beca. Desde esa edad, la dueña del fundo me dejó a cargo del catecismo para preparar a los niños para la primera comunión, las que se hacían terminadas las misiones, en el verano.

En la parroquia de Mallarauco, en el fundo Santa Clara, se inició una academia de corte y confección en la cual fui matriculada a los catorce años y ahí estudié tres años. Esta educación era complementada con ramos de humanidades.

Al año siguiente, llegaron a mi casa dos delegados del Instituto de Educación Rural, Hortensia Silva y Augusto Aliaga, quienes fueron muy bien recibidos por mis papás. La delegada se encargaba de invitar a las mujeres jóvenes a organizarse. En cada reunión, lo primero que se hacía era leer un trozo del Evangelio, el cual lo analizábamos entre todas, sacando un aprendizaje para la vida real. El delegado trabajaba con los jóvenes y hombres que se interesaban en aprender algún oficio como, por ejemplo, podar árboles frutales, realizar algunos cultivos y la importancia de la organización.

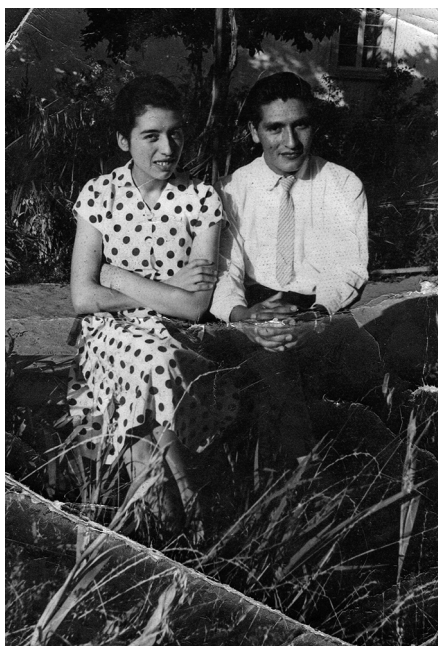
Debido a este trabajo se organizó un centro campesino con hombres y mujeres de cuatro fundos: Betania, Santa Elisa, California y La Floresta. Mi papá fue el presidente de este centro, es el que estaba más motivado con la presencia de los delegados. Mi mamá ponía inyecciones, daba consejos a las otras mamás, juntaba ropa (la que repartíamos a la gente de la comunidad), organizaba el Mes de María, luego rezaba la novena del Niño Dios. Ella, además, cultivaba hortalizas y flores. Todos trabajamos, en conjunto, las chacras.

En el centro campesino se realizaban reuniones generales mensuales y se planificaban actividades para el sector como, por ejemplo, celebrar el Primero de Mayo, Día del Trabajador, Fiestas Patrias el 18 de septiembre y la Navidad. Además se trabajaban algunos temas de organización y se invitaba a jóvenes campesinos a los cursos que se realizaban en las centrales de capacitación del IER.

Cuando tenía dieciséis años, los delegados me invitaron a un curso de capacitación en la Central Femenina de Santa Ana en Talagante, durante el verano. Al término de este curso fui llamada por monseñor Larraín para proponerme que me quedara a trabajar

como delegada del IER. Lo pensé mucho, varios días, y, analizando toda mi trayectoria, me di cuenta que en el trabajo realizado anteriormente, leyendo el Evangelio con la delegada, encontré realmente lo que llenaba mi vida, mi vocación social, mi gran deseo de servir a los demás.

Entre los años 1958 y 1962 participé del IER. En los veranos se realizaban capacitaciones, en donde aprendimos sobre organización, liderazgo, cooperativismo y sindicalismo, entre otras cosas. También otras ideas que se trabajaban se referían a la reforma agraria que a futuro se implementó.



Capacitación, verano de 1962 (Margarita Huencho y Guido Avilés).

Fotografía gentileza de Margarita Huencho

Estuve en varios lugares como delegada del IER, entre ellos: Las Palmas de Melipilla, en Hacienda Las Palmas y en El Convento. Luego en cinco sectores de Curacaví y María Pinto. También en 1962 estuve encargada regional de las delegadas del IER en Los Ángeles, Chillán y Arauco hasta 1963, fecha en la que me casé y me retiré del IER para trasladarnos a iniciar el proceso de Reforma

Agraria de la Iglesia en Alto Las Cruces, Talca.²⁶ Junto con Guido Avilés, mi entonces esposo, formamos la Cooperativa Campesina en el sector Alto Las Cruces, uno de los programas campesinos de la CORA. En 1973 fui responsable de la CAR (Central de Abastecimiento Rural, Talca). La Iglesia formó una institución llamada INPROA (Instituto de Promoción Agraria), la cual estaba a cargo de la administración de los cinco fundos de la Iglesia: San Dionisio de Linares, Alto Las Cruces, Talca, Patagua Cerro de Pichidegua, Altos de Melipilla y Los Silos, que se entregaron a los campesinos.

Entre 1971 y 1973 fui presidenta comunal de las Mujeres Campesinas de la comuna de Talca, siempre colaborando con la reforma agraria del gobierno. En el periodo del gobierno de Salvador Allende estuve organizando a las mujeres en talleres de alimentación, conservería, huertos caseros y de educación de los hijos, informando y capacitando a las personas de las comunidades de la reforma agraria, sobre la responsabilidad de la obtención de la tierra propia y sus beneficios. Para ello se les entregaba fortalecimiento en administración de empresas, para hacer conciencia de la importancia de hacer producir la tierra.

Respecto a la experiencia de trabajo en cooperativismo en Alto Las Cruces, puedo decir que no fue un trabajo bien compartido por todos los socios, ya que muchos de ellos se iban a comprar pan a un clandestino de Puertas Negras y no regresaban a trabajar. Por lo tanto, después de cinco años monseñor Rafael Larraín e INPROA tomaron la decisión de parcelar y entregar la tierra a cada familia. Guido volvió a trabajar en el IER en Molina a cargo de la escuela González Correa. Dado que Guido tenía trabajo, decidimos entregar la parcela, ya que para nosotros, por valores y principios de la Izquierda Cristiana, no debíamos tener sueldo y además parcela. Nosotros entregamos nuestra parcela de Alto Las Cruces, que nos correspondía, a don Elías González.

La mejor escuela que tuve en mi vida fueron las capacitaciones y todo el aprendizaje del IER, lo que permitió desarrollarme como persona, dirigente y trabajadora. Con estos conocimientos continué

26 Como ya habíamos mencionado, la Iglesia católica puso en marcha un proceso de reforma agraria en cinco de sus predios, entre los que se encontraba el fundo de Alto Las Cruces en Talca.

la mayor parte de mi vida trabajando, capacitando principalmente a las mujeres a través de diferentes cursos y talleres impartidos en sectores rurales, con distintas instituciones del agro y poblacionales de Talca, entre las que se cuentan ICECOOP, CATEV, SERPAJ e INDAP-PRODEMU.²⁷ En este último fui coordinadora campesina de la provincia de Talca por varios años.

En 1972 me integré en el inicio de la Izquierda Cristiana, en la cual participé activamente, de acuerdo a los programas que se iban realizando en beneficio de la gente. Los valores de la IC fueron muy importantes para mí.²⁸

Mi vida durante la Dictadura fue dolorosa porque se terminó un proyecto de vida social y política en beneficio de todos, especialmente del sector rural, quedando con un proyecto inconcluso de la Reforma Agraria. Se acabaron todas las organizaciones sociales, campesinas, con muchos dirigentes apresados y, además, se creó un decreto ley para que dichos dirigentes no tuvieran derecho a las tierras.

Desde siempre hemos tenido contacto los excompañeros del IER, visitándonos de vez en cuando y apoyándonos en los problemas que fuimos teniendo a lo largo del tiempo. Más menos en el año 2000 empezamos a reunirnos mensualmente, compartiendo nuestras experiencias de vida y analizando la situación del país. Luego decidimos legalizarnos en una corporación sin fines de lucro, ya que dos hijas de los socios eran abogadas y ellas nos ayudaron a iniciar los trámites. De esta forma creamos nuestra Corporación Amigos de Siempre, desde el año 2005.

Actualmente seguimos juntándonos, cada mes, un día entero. De esta forma seguimos compartiéndonos las inquietudes y fortalecién-

27 ICECOOP: Instituto Chileno de Educación Cooperativa, CATEV: Centro Humanista para el Desarrollo Campesino, CRATE: Centro Regional de Asistencia Técnica y Empresarial, SERPAJ: Servicio Paz y Justicia, e INDAP-PRODEMU: convenio entre Instituto de Desarrollo Agropecuario y Fundación para el Desarrollo y Promoción de la Mujer.

28 La Izquierda Cristiana fue un partido político fundado en 1971 por un grupo de exmilitantes de la Democracia Cristiana más cercanos a las corrientes de izquierda, a los que se les unieron militantes del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria). Su ideología era origen cristiana y humanista y creían en la compatibilidad de esos postulados con el marxismo. La Izquierda Cristiana se incorporó al gobierno de Salvador Allende. Ver: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Izquierda Cristiana, https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Izquierda_Cristiana

donos para seguir funcionando en los sectores donde vivimos, ya que todos participamos en distintas organizaciones, como juntas de vecinos, grupo de folclore, comunidad cristiana, club adulto mayor y otras.

Nuestra asistencia al grupo es muy buena, solo se ausenta un socio por motivos de enfermedad. Entre nosotros, la comunicación y la solidaridad son permanentes. Me interesa mencionar que hemos sido invitados por otras organizaciones, en otras ciudades, a contar nuestra experiencia de vida y la importancia de nuestro paso por el IER. También organizamos viajes de recreación una o dos veces al año a distintos lugares de nuestro país y/o de la región.

Estar legalizados como corporación nos obliga a entregar una memoria anual al Ministerio de Justicia y cada tres años hacemos cambio de directiva, entregando toda la documentación al Departamento de Organizaciones Comunitarias del municipio de Talca.

Debo dar las gracias a todas las personas que me ayudaron a ser quien soy. En primer lugar, a mis padres; al Instituto de Educación Rural; a don Rafael Larraín, que me dio la oportunidad y el primer impulso para desarrollarme en el ámbito social, y a todas las mujeres que me formaron, tales como Juanita Carrasco, Liliana Pérez, Edilia Valenzuela y Dalila Pacheco, primeras delegadas del IER. No puedo dejar de dar los agradecimientos a las instituciones que me dieron trabajo a lo largo de mi vida y que pusieron su confianza en mí. Y no puedo dejar de mencionar al Dios Padre, quien me ha guiado siempre.

NELLY NOVOA SANHUEZA
MI ALEGRE DESPERTAR



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Nelly Novoa Sanhueza. Nací en un lugar que se llama Huiscapi, en la novena región, a once kilómetros de Villarrica. Nací el año 1941. Mi padre fue uno de los colonos cuando entregaron las tierras para el sur, entonces viví siempre en el campo. Tenían una escuelita ahí, así que siempre viví en el campo. Estudié hasta sexto año ahí, en Huiscapi. Mi papá falleció cuando yo tenía doce años, así es que me quedé con mi madre y un hermano, los tres nomás. Mi hermano era mayor que yo, diez años, por lo que yo me crié más sola, porque mi hermano después era un hombre.

A los diecisiete años hice los cursos de tres meses que daba el IER en Loncoche. Escuchamos con unas amiguitas que se abrió un colegio en Loncoche y que tenía que ver con la parroquia y nos entusiasamos y fuimos a hablar con el cura, entonces dijo

* (Entrevista realizada en San Valentín de las Rastras, 2023)

«¡ya!, yo las voy a inscribir, son cursos de tres meses». Nos inscribió y nos aceptaron. Me gustó y fui tomando más cursos. Me gustó mucho porque nos enseñaban de todo un poco: lencería, puericultura, primeros auxilios, de todo. Íbamos a práctica al hospital, porque el instituto tenía convenio con el hospital, y con dos compañeras fuimos. Estuvimos un año. De ahí nos iban a mandar a Temuco, pero por falta de medios económicos no pudimos ir. De todas maneras fuimos a distintas comunidades, entre Villarrica, Pitrufulquén, para hacer prácticas. Después, a las mejores las eligieron para mandarlas a Santiago, a Santa Ana.

A mí me mandaron como promotora a distintos lugares. Me destinaron a Loncoche, por lo que iba poco a la casa. Nos pasábamos la semana entera en el campo. Nosotros parábamos en la parroquia de Villarrica, éramos seis compañeros: tres mujeres y tres hombres, tres parejas. A mí me tocó con Juan Ramírez, con él fui compañera de zona.²⁹ En esa labor formábamos centros campesinos y el trabajo lo hacían las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. Ahí les enseñábamos todo lo que sabíamos. Como en esa zona no había grandes fundos, nosotros llegábamos a comunidades como escuelas, a pueblitos chicos, cosas así.

En esa zona de la novena región, el IER llegó a zona de comunidades mapuche y se armaron algunos centros campesinos. Ahí nosotros convivíamos con la gente, alojábamos en las comunidades donde nos ofrecían alojamiento, comíamos y comíamos lo que nos sirvieran. Teníamos que hacerlo porque, si no, después no nos ofrecían más.

Después de un par de años, no me acuerdo bien, me trasladaron a Galvarino y estuve como dos años más. Ahí las comunidades nos quedaban muy lejos, andábamos a pie. Llegamos a una parroquia con un cura norteamericano que, de primeras, no quería nada con el IER, no lo entendía... Pero después nos tomó tanto cariño que nos facilitó todo.

Ahí trabajábamos en una escuela con un galpón grande. El sacerdote nos compró de todo, camarotes, para que nosotros lleváramos a los jóvenes a jornadas de una semana interna. Nos hacían

29 Juan Ramírez también es parte de la Corporación Amigos de Siempre.

la comida y nosotros hacíamos las clases a la juventud mapuche: una semana a las mujeres, otra a los hombres. Ahí, en Galvarino, nosotros llegábamos a una parte que se llamaba Ailincó y había que atravesar el río donde una familia Peleo. Tenían puras hijas mujeres y después tuvieron hijitos hombres. Tenían de todo, yo creo que eran los más pudientes de por ahí. Nosotros ahí les enseñábamos. De ellos aprendimos muy poco porque no querían enseñar el mapuche. Tuvimos compañeros mapuche y tampoco nos quisieron enseñar nada. Hubo mujeres y hombres mapuche promotores campesinos del lado de Cholchol, Imperial. Ahí en Galvarino tuvimos muy buena acogida con todos los mapuche.

Después de esto me trasladaron a San Felipe... Un cambio tremendo. Me trasladaron porque me puse a pololear con el que era jefe de Galvarino [se refiere a Germán Alberto Vergara]. Y no nos dejaban pololear en el IER. Mantuvimos la relación a puras cartas y él estaba allá, después lo trasladaron a Chillán.

En San Felipe estuve trabajando con Eliecer Rebolledo.³⁰ Íbamos de fundo en fundo, ahí enseñábamos conservar a las mujeres, así que en el fundo nos regalaban la fruta que no exportaban y tempranito a trabajar. Ahí nos llegó una mujer del Cuerpo de Paz, parece que se llamaba Ramona. Hacíamos mermelada y las íbamos a vender al Hotel O'Higgins. Todas esas ganancias eran para las comunidades. Ahí trabajábamos con inquilinos. Estuve como un año en San Felipe.

Después me casé. El matrimonio fue en Lautaro, en la hacienda que tenía el IER, una central a catorce kilómetros de Lautaro, una parte linda. Después de eso yo me convertí en dueña de casa, tuvimos cinco hijos. Alberto siguió trabajando para el IER. Después nos trasladaron a Angol, ahí él era jefe del grupo que vivía ahí. El IER arrendó una casa y ahí vivíamos nosotros. Después de Angol, lo trasladaron a Malloco, allá estuvo en la central donde preparaban a los promotores. Después nos trasladamos a Ancud. Estuvimos como tres años, él tenía que ver con las centrales de Ancud y Castro.

Después Alberto dejó el IER porque nos vinimos a San Diego (San Clemente) a un asentamiento que tenía bodegas vitivinícolas,

30 Hoy Eliecer Rebolledo forma parte de la Corporación Amigos de Siempre.

ya era el tiempo de la reforma agraria. Él estaba a cargo de dos bodegas vitivinícolas que eran de los campesinos. También comenzó a participar en la cooperativa ORIENCOOP.³¹ Después de eso se salió de la cooperativa y volvió al IER. Pero para el Golpe todavía estaba en la cooperativa, de hecho el día 11 de septiembre justo andaba en Santiago buscando chuicos³² para envasar los vinos y venderlos. Andaba con otro dirigente. Se fueron a esconder a Santa Ana y estuvieron varios días. Como después se reintegró al IER, empezó a hacer cursos de capacitación en Curicó, cursos de alfabetización, y se coordinó con los milicos, con los jefes, las señoras de ellos y hacían cursos, así que tampoco tuvo problemas para seguir con la capacitación. Fue director del IER en Molina.

Cuando hicieron la repartición de parcelas, un amigo de la CORA y Agenor Salazar³³ nos decían que reuniéramos los papeles para postular a una parcela y tocamos en Camarico. Nos fuimos a vivir ahí. En la parcela sembraba de todo un poquito, la parcela no tenía casa. Con la venta de una chancha que teníamos en Alto Las Cruces y la venta de un sitio en Peñaflores compramos un caballo y una casa prefabricada. Después mi esposo trabajó un poco más en el IER y cuando se jubiló, se dedicó más a la parcela.

Yo me uní a la Corporación Amigos de Siempre porque todos nos conocíamos. Yo venía a visitar a Manuel, a Agenor, a Margarita y empezamos a conversar y se nos ocurrió de hacer un grupo con la finalidad de vivir juntos hasta última hora. Nosotros, como matrimonio, queríamos eso, pero después fue cambiando todo: a mi marido le dio diabetes y al final falleció de un infarto. Estuvo enfermo como dos años, pero igual hasta el último salimos a los paseos, a todo. Lo que me gusta de la corporación es nuestro compañerismo y que nosotros nos vemos como hermanos, todos nos queremos mucho. Nos une la amistad y nuestra mirada cristiana. Pero el sueño de vivir juntos ya no va. Nuestros hijos no van, no se interesaron en seguir nuestros pasos, cada uno en su lugar. Aunque a todos les gusta el campo.

31 ORIENCOOP es una cooperativa de ahorro y crédito fundada en Talca, en la década de los sesenta.

32 Un chuico es una botella de vidrio de más de cinco litros, envuelta en una malla y con mango de mimbre. Se utilizaba para conservar bebidas alcohólicas.

33 Agenor Salazar fue miembro de la Corporación Amigos de Siempre en sus inicios, también trabajó como delegado del IER.

GILBERTO ALEJANDRO ROJAS LINEROS

UNA HISTORIA DE LUCES Y SOMBRAS



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Gilberto Alejandro Rojas Lineros. Mi familia era de San Clemente y mi abuelo fue llavero en el fundo El Colorado, que estaba en la precordillera. Cuando él jubiló, compró una casa en un sector que no era de los mejores, porque había mucho clandestino³⁴ y en ese tiempo no había mucho que hacer en el campo, la entretencción era tomar. Mi papá, que era el hijo mayor, cayó en ese vicio. Después él se casó con mi mamá y, según mi memoria, íbamos en una carreta hacia el fundo donde vivimos y me crie, el fundo La Esperanza, de la familia Hurtado Ruiz-Tagle. Ahí éramos inquilinos. Uno llegaba y tenía que trabajar para el patrón, hacer lo que ellos decían, si no, había que irse. Yo no sé si se hacía contrato, creo que era de palabra.

* (Entrevista realizada en Alto las Cruces, Talca, 2023)

34 Se refiere a locales de venta ilegal de alcohol.

Mi papá sabía leer y escribir porque mi abuelo siempre se preocupó de eso. Además, tenía paraplejía, había perdido el movimiento de un brazo y una pierna, por lo que mi abuelo se preocupó de que aprendiera a leer y a escribir, para así tener otro tipo de trabajo. Pero esto del trago lo complicó. Él se llamaba Félix. Por lo que he escuchado de las historias sobre mi abuelo, él hizo muy bien su trabajo, era respetable, eso le dio oportunidades a mi papá.

Éramos seis hermanos, yo soy el quinto. En ese tiempo, mis hermanos mayores ya podían trabajar y como no había colegio... Eso era con diez o doce años, partíamos con trabajos más livianos, de acuerdo con la edad. Después, cuando hubo colegio, junto a mi hermana menor alcanzamos a ir, eso en el fundo La Esperanza, ahí el patrón hizo la escuela, al parecer hubo un apoyo del gobierno. Eso creo que fue entre el año 50 y 52, y como yo nací en 1940, tenía unos diez o doce años. En ese tiempo no había radio, no había nada, entonces no había cómo informarse. En el colegio pasé el primer año e hice los cuatro primeros en un solo curso, porque sabía leer, escribir y un poco de matemáticas, porque en ese tiempo se decía que, sabiendo eso, estabas alfabetizado. En la escuela rural del fundo teníamos dos profesoras, una que venía saliendo de la Escuela Normal, Marta es su nombre, ella fue muy buena y de origen campesino, excelente profesora.

Salí de la escuela y al fundo llegaban misiones, que era la Iglesia católica que iba una semana y se hacía presente con los misioneros: sacerdotes que evangelizaban un poco y administraban los sacramentos. Entonces ahí, tal vez, me distinguí un poco, porque sabía responder cuando hacían las preguntas. Los misioneros estaban a cargo de una escuela agrícola en Doñihue. Me dijeron que sería bueno que fuera a estudiar allá, por mis capacidades. Éramos tres los que íbamos a ir del fundo. Finalmente, solo fui yo. Así que estudié cuatro años en esa escuela agrícola, que era internado. Esa escuela era de curas. Al comienzo fue súper complicado porque yo era inquilino y ahí muchos de los jóvenes eran hijos de patrones... Había de todo. Por supuesto, uno veía la superioridad material que tenían; yo sentía que mi condición era menor, más disminuida, pero bien. Otra cosa es que yo traía el bicho de la vocación, lo traía de la casa gracias a mi mamá. Ella era muy valiente y le daba la fuerza de vivir

y de sufrir, ella se llamaba Rosa. Ella no alcanzó a tener ningún tipo de alivio o comodidad. Cuando había que lavar en la artesa, cuando había que calentar el agua con fuego, cuando había que hacer el pan, todo, vivió una vida de campo muy dura, con harta pobreza y limitaciones. Además, mi papá tenía sus dificultades y, cuando tenía plata, la gastaba en trago... Todo eso se juntaba.

Después, cuando salí de la escuela agrícola, me volví a trabajar al fundo porque, en realidad, fue el patrón quien me ayudó para que yo pudiera ir a estudiar, me compraba las cosas que necesitaba. Eso sí, después él cobró. La verdad es que no trabajé tanto tiempo ahí, unos cuatro años. Salí del colegio en 1959 y trabajé hasta 1964. Ahí le dije al patrón que encontré otro lugar para trabajar, uno mejor, era una parcela que estaba en la comuna de Maule, se llamaba El Fuerte, y a mí me pareció bien. En el fundo realmente no había mayores posibilidades de progresar. A don Guillermo, el nuevo patrón, le gustaba el campo. Él se había criado en el sur y su mamá era profesora allá, y quería tener gallinas, cerdos, y me tenía que encargar de eso, y me daba el 10% de la producción de los frutales. Además, había una parte del terreno sin plantación y yo tenía autorización para cultivar mis cosas. Ahí estuve seis años, pero después él vendió, porque estaba con esa cosa de que a lo mejor le iban a quitar el terreno, por ahí, en los años setenta. Durante ese tiempo yo hice muy buenas «migas» con el fundo de al lado, que era casi industrial.

Cuando estaba en el fundo La Esperanza conocí el Instituto de Educación Rural y me entusiasmé. Lo que alcanzamos a hacer ahí fue una cooperativa de consumo y yo era el encargado. Ahí participaron cincuenta socios, todos los trabajadores. El patrón no quería que me fuera de ahí, pero la señora era más orgullosa. Él pensaba en una mejora, pero ella decía «si se quiere ir, que se vaya nomás». En ese tiempo, antes de irme del fundo, fui a un curso en Malloco que impartía el IER, como por quince días. Después me llamaron para ofrecermelo si quería ser promotor por el instituto, pero yo no podía porque en La Esperanza éramos inquilinos, yo estaba amarrado acá y no podía dejar sola a mi familia. El curso me gustó porque conocí gente similar, con las mismas aspiraciones y sueños. Aún no salía elegido Eduardo Frei Montalva, pero ya estaba la campaña y estaba todo ese ambiente de esperanza y sueños. Estábamos todos felices y

me habría quedado, pero las condiciones no me lo permitían. Recuerdo que el curso era más técnico que religioso, pero estaba toda esta cosa de la libertad, la justicia, que también tienen que ver con la religión. En ese curso conocí a Carmen Morales, esposa de Ventura Ávila, quien fue el primer promotor que llegó a promover nuestra organización.

Por estímulo del IER creamos la cooperativa y siempre había un acompañamiento, pero eso después murió, porque tiene que haber alguien y la mayoría del personal del fundo no tenía estudios. Yo tuve la suerte de ir a la escuela agrícola, aprender y saber organizar.

En Maule tenía la libertad de abrir la casa y hacer más de alguna reunión —clandestina— para hablar de la organización de los sindicatos. Ahí venía gente más conocida. Uno de los dirigentes era hermano de la profesora que tuve en la escuela agrícola, él después fue diácono. Por lo tanto, tuve buenas relaciones con los dirigentes del fundo. Luego, cuando se expropió me llamaron para que me fuera con ellos como encargado de las finanzas. Me lo confiaron porque nunca hice nada indebido. Ellos vieron que era responsable y me capacité en un curso de contabilidad, porque el fundo tenía lechería y viñas, era muy productivo. Ese curso lo dio la CORA, aunque siempre teníamos apoyo y encuentros con la gente del IER.

Ya en el año 72 expropiaron el fundo El Fuerte. Ahí se dividieron los trabajadores en dos sindicatos, ambos de federaciones distintas, pero de la misma línea: una era la Federación Campesina y la otra no recuerdo, pero ambas tenían el mismo origen en la Democracia Cristiana, así que nunca hubo violencia. La expropiación fue legal, salió en el Diario Oficial. Cuando se hizo la expropiación citaron al dueño del fundo, los representantes de las federaciones, el representante de la CORA y el teniente de Carabineros del Maule. Ahí el patrón firmó y cada uno se quedó con un acta. Después [para la contrarreforma] inventaron que el fundo había sido tomado de manera ilegal, para que fuera devuelto y los dirigentes no tuvieran derecho a postular a las parcelas. A los dirigentes se les aplicaba lo que se llamaba el Decreto 208, lo recuerdo muy bien. Ese decreto impedía que pudieran postular a las parcelas y nosotros quedamos fuera, los dirigentes. Recuerdo que llegaron unos señores muy elegantes y me preguntan si yo era del sector, cómo llegué ahí, etc. Entonces ahí me

empezaron a considerar peligroso, quedé marcado por ser dirigente.

En el tiempo de la expropiación, 1972, fue muy intenso y, bueno, teníamos dificultades. Algunos se las farrearón, pero nosotros, los dirigentes, no. Nosotros queríamos hacer las cosas bien, teníamos los pagos al día, los créditos, todo. Nos prestaban créditos para pagar maquinarias, para seguir con la lechería. Teníamos cinco años para pagar y a los tres años ya teníamos todo pagado. Cuando había que ir a buscar semillas, comida, abonos, yo iba encargado de los gastos del viaje. También tuvimos el apoyo de la Iglesia, como siempre, y la Universidad Católica creó algo así como una escuela agrícola y los profesores nos venían a apoyar. Una vez hubo un conflicto entre los dirigentes y el obispo, don Carlos, medió. Él les dijo: «si ustedes se dividen, ustedes pierden la fuerza». En ese momento veíamos que el futuro sería mejor, pero todo dependía de la responsabilidad de todos. Se nos daban posibilidades, se nos abrían puertas, pero había que ser responsable. Por eso, cuando se terminó el asentamiento, todos tocamos algo: tierra, dinero, animales. Había orden y nos apoyamos.

Después se endureció todo, vino lo que don Carlos decía que era la Contrarreforma, porque los campesinos no recibieron asistencia técnica y habían sido inquilinos toda su vida, con la idea de que se supone que el patrón sabe todo, gente obediente y sin iniciativa. Los patrones les decían a los inquilinos: «estas tierras nunca serán de ustedes, es mejor que vendan». Ahí ocurrieron muchos abusos. A algunos les dieron vehículos que ni servían, muchos se aprovecharon de esto. El obispo de Talca, don Carlos, decía: «ellos saben robar legal y elegantemente, lo saben hacer, y la gente pobre no sabe y tampoco tiene defensa».

Entonces no toqué parcela en el asentamiento por ser dirigente, pero igual con mi familia tuvimos un terrenito. Al final, cuando se nos levantó este castigo, yo toqué la última parcela del proyecto y no era la mejor, no era un terreno parejo y no era fácil de trabajar. Esto en la comuna de San Clemente, hacia el norte. Estuve como cinco años en esa parcela. Yo habría seguido y la habría tirado para arriba: una parte era para la siembra y en la pendiente, pastos para criar animales. Además, como había trabajado en el fundo El Fuerte, sabía algo de veterinaria, lechería. Uno de mis hermanos fue dirigente

del fundo La Esperanza, el otro trabajaba en construcciones, y una de mis hermanas se casó con un dirigente, al que le compramos una parcela. Luego yo me fui retirando de a poco.

En Alto Las Cruces comenzó a funcionar el Seminario Campesino y don Carlos sabía que había campesinos que podían surgir. Ahí trabajábamos con los campesinos, yo iba a visitar a mi familia y les ayudaba. Me preocupaba que no tuvieran dificultades. Éramos seis seminaristas en Alto Las Cruces, todos de origen campesino. Eran más jóvenes que yo, quizás por eso fui el primero en salir de ahí. Yo nunca me desligué de la Iglesia y la gente del IER tampoco.

En Alto Las Cruces estuve como dos o tres años. Ahí conocí a Agenor, a la señora Margarita y a varias familias en realidad. Salí en 1985 y me ordené sacerdote en el mes de mayo. La idea de ese seminario era que nosotros trabajáramos y ejerciéramos nuestro ministerio, quitar esa idea de que el cura no hace nada. Recuerdo que cuando comencé como sacerdote existía la idea de que fuéramos a trabajar también. Por ejemplo, un día fuimos a una viña y me fueron a buscar porque había una persona que se estaba muriendo. ¿Qué hice yo? Dejé el trabajo y fui a ver a la persona. Y eso me ocurrió en varias ocasiones. Ahí me di cuenta de que yo no podía tener un trabajo estable, tenía que ser algo más libre. Allá en la parcelita siembro hortalizas, zapallos, me gusta sembrar. Acá en la parroquia tengo un criadero de gallinas. Entonces yo afano en esas cosas también, porque no soy de oficina, en el escritorio sí, para leer, para meditar, rezar, preparar el Evangelio.

Hoy es distinto, ha cambiado la forma de evangelizar. Lo que tiene que hacer la Iglesia es hacerlo tal cual como lo dice el Evangelio y Jesucristo, y ahí está el esfuerzo y las contradicciones que puede haber, porque hay personas que lo quieren hacer más espiritual, pero es más social, porque el Señor enseñó a los discípulos, pero él también se compadeció de toda la gente que no tenía nada para comer y dijo a los discípulos que les dieran de comer. Entonces estoy con esa Iglesia solidaria que lucha por la verdad, por la justicia y por la paz, porque donde hay injusticia, no puede haber paz, no los pueden obligar a pensar de cierta manera. Un día el dueño del asentamiento se acercó a mí y me dice «oye, ¿tú crees que esta gente te va a pagar muy bien lo que haces por ellos?», porque él quería que me fuera

a trabajar con él. Y yo le dije: «mire, yo creo que me van a tratar bien, también van a existir problemas y hay que saberlos superar». Una vez una señora se paró frente a la parroquia para el plebiscito.³⁵ Ahí la Iglesia se involucró para hacer lo que se llamó educación cívica, porque había mucha gente que no sabía votar, nunca lo había hecho, y la idea era que votaran por el NO. Entonces esta señora fue a alegar al fundo, que no me fuera a meter para allá y que la Iglesia estaba en contra del gobierno que, según ella, había sido tan bueno. Y yo le dije que no se preocupara entonces, si era tan bueno...

Mi unión con la Corporación Amigos de Siempre fue creciendo mediante encuentros, estando en asentamientos, después el vínculo de la Iglesia con el campo. Después de la Reforma Agraria y el reparto de las parcelas, estuve en proyectos que buscaban apoyar a quienes no pudieron acceder a las parcelas, así que ahí estuve colaborando con la gente del sector, con alimentos, porque había mucha necesidad y pobreza. Así que ahí nos encontrábamos siempre y, luego, cuando se formó la Corporación, me invitaron. Ahí nos dimos cuenta de que era necesario que nos siguiéramos encontrando y apoyando, porque mucha gente se paralizó una vez que tuvo su parcela y se les olvidó lo comunitario. Se pusieron más individualistas, eso suele suceder. Si ellos están bien, asumen que todos lo están. Entonces se pierde ese espíritu de comunidad y fraternidad. Hay familias que permanecieron más unidas, vacacionaron juntas y, en alguna ocasión, nos encontramos por ahí. Conocí a don Manuel, la señora Celia, muchos que ya no están, que ya partieron y he tenido que despedirlos. Yo siempre he estado ligado al campo y a la Iglesia.

En la corporación hemos tenido paseos que han sido bonitos y muy buenos. Eso me gusta, que existan también espacios para escucharnos y conocer la historia de todos. Yo creo que lo que nos une en la corporación es ese espíritu comunitario, de ser el uno para el otro, esa hermandad y que solos no seremos felices, sino con los demás, porque en la medida que uno hace algo por los demás, crece como persona, uno recibe el beneficio sin darse cuenta. Yo estuve muchos años en una parroquia y cuando me despedí hubo llanto y

35 Está hablando del plebiscito de 1988 en que se votó la continuidad de la dictadura. La posición NO era para terminar con el régimen de Pinochet y dar paso a elecciones presidenciales democráticas.

todo eso, y yo tuve una camioneta y cuando me fui la llevaba llena de cosas que me regalaron y en el camino yo decía que por qué llevaba tantas cosas, por qué... Entonces ahí uno dice «¿qué hice yo para que me regalaran todo esto?». Y a veces no es mucho lo que podemos hacer. Uno escucha, comparte con las personas, las acompaña en sus dolores y, al final, todo eso se junta.

Cuando San Pedro habla de Jesucristo, dice: «pasó por el mundo haciendo el bien». Entonces yo digo, ojalá que cuando partamos de este mundo puedan decir lo mismo: pasó por este mundo haciendo el bien. Y claro, uno no se va a comparar con lo que hizo Jesucristo, pero uno intentó hacer el mayor bien posible. También conocí tantos rostros, como dice la Carta a los Hebreos, cuando el autor, se dice que es San Pablo, dice: «Hay una nube de testigos que nos acompañan». Y yo digo: hay tantas personas buenas, luchadoras, que me acompañan con lo que hicieron, lo que fue su vida, esa nube de testigos que a uno lo iluminaron, lo fortalecieron, y uno siente aún esa compañía. Y también por tantas personas que siguen luchando por que este mundo sea mejor para todos.

JUDITH VALENZUELA MUÑOZ

SERVIR A LOS DEMÁS



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Judith Valenzuela Muñoz. Nací en Antofagasta el 17 de enero de 1940, pero soy hija de dos campesinos. Mi madre nació en el valle del Elqui, en Ovalle, y mi padre en Talca, comuna de Péncahue. Cuando se terminó el trabajo de las salitreras, hubo una crisis. Mi papá dijo que fuéramos al sur. Mi papá sabía de todo, mi mamá tuvo que seguirlo. Compraron una tierra. El campo es mi adoración.

Asistí al colegio en la escuelita del lugar, estudié hasta el tercero de preparatoria de ese tiempo y después les teníamos que enseñar a los más chicos. Luego seguí en la escuela como oyente-ayudante de la profesora. Ayudé también al sacerdote que misionaba en el lugar, el padre Enrique Quiroz, quien me orientó para llegar al IER. El padre Quiroz le dijo a mi mamá: «usted va a perder a su hija acá

* (Escrito y entrevista realizada en San Valentín de las Rastras, 2023)

en el campo, por qué no le da permiso para que vaya al Instituto de Educación Rural». Ahí empezó a llegar la señorita Olga Díaz, una promotora del instituto, y todos felices con ella. La atendíamos, nos enseñaba cosas... Feliz, conocí a mucha gente, campesinos muy cariñosos, entonces entre todas las amigas éramos una sola. Eso fue lo principal para mí, la bondad. Más que educarnos, nos dejó una vida maravillosa.

Estudí tres meses en Vista Hermosa, Curicó, y de ahí pasé a la central del IER en Santa Ana en el año 1958. Mi colaboración al IER fue ayudando a enviar alumnos y guardar alimentos y lavar la ropa a los delegados que estaban asignados en el lugar. Debido a que mi mamá era viuda —yo tenía nueve años cuando murió mi papá— y porque mi hermana chica ya había hecho este curso antes que yo, del instituto me dijeron: «no te preocupes, tú vas a trabajar acá, vas a ser institutana dentro del pueblo». Así que fui enfermera, matrona, todo lo que había que hacer, campesina, y ahí seguí haciendo cursos, pero ninguno reconocido por el gobierno: cursos de repostería, costura, montones de cursos, pero ninguno nos servía, pero nos sirvió para entregarlo a los demás. En el tiempo, por ejemplo, del presidente Frei Montalva, entregaron cocinas. Nosotros nos organizamos y antes se cocinaba en ollas de greda, hay gente que no conocía los fideos. Yo me acuerdo que cuando era chica, preguntaba «¿por qué le echan paja a la olla?». Eso hizo el instituto, abrió un gran camino a los campesinos.

Ingresé a la corporación Amigos de Siempre después de conversar con Manuel Olate y Silvia y comencé a participar en todos los aspectos. Soy feliz porque soy valorizada por lo que soy y no por lo que tengo.

¡Gracias, Amigos de Siempre!

SILVIA CÉSPEDES ORTIZ
MIS RECUERDOS



© Vanessa Tessada S.

Mis abuelos y mis padres eran gente de campo. Vivían en el fundo Los Coipos, a unos treinta kilómetros de Hualañé. Mi padre era llavero y chofer del patrón. Había nacido ahí en 1912. Se casó con Ismenia Ortiz el 24 de abril de 1935. Él se llamaba Florencio Céspedes. Tuvieron cuatro hijos, eran cercanos a la Iglesia. El abuelo leía mucho la Biblia y nos contaba pasajes de ella. Mi mamá nos enseñaba el catecismo y a los ocho años hacíamos la primera comunión en las misiones que iban una vez al año al fundo.

En 1956 nos cambiamos de lugar, al fundo El Corazón, en Palquibudi, comuna de Rauco. A principios de los años sesenta llegó a mi casa una delegada del Instituto de Educación Rural: Teresa Carrillo. Empezó a hacer reuniones, nos habló de los cursos del IER. Mi hermana fue al de capacitación por tres meses en la Central Vista

* (Escrito realizado en San Valentín de las Rastras, 2023)

Hermosa, entre Teno y Curicó. A mí me dijo que debía ir al curso de líderes en Santa Ana (camino a Talagante) y fui. El primero de julio llegué a un curso de seis meses que duró hasta diciembre. Lo más lindos de mi vida. Había cincuenta alumnas desde Ovalle a Chiloé, más cinco peruanas.

Ahí conocí a don Rafael Larraín, sacerdote extraordinario, fundador del IER. También al padre Jaime Infante, padre Óscar Domínguez, padre Federico Hegarty, padre Pancho, padre Andrés Lacalle, padre Mario Molina y padre Luis Barbiero, a quien conocía de antes, cuando era mi párroco y me animó a ir al curso.

Desde marzo de 1962 trabajé como delegada junto a Mariano Lizama en Curepto, en Rapilermo, Deuca y Placilla. En nuestras visitas dábamos a conocer el IER, encontrábamos alumnos para los cursos. Se trataba de organizar a la gente en centros campesinos —que eran como ahora son las juntas de vecinos— para solucionar problemas más urgentes. Recuerdo que en Rapilermo había una quebrada que en invierno traía mucha agua. La escuela estaba en un sector y los niños del otro lado, no podían asistir a clases. Los vecinos de ambos lados se pusieron de acuerdo para hacer un pequeño puente. Las señoras se organizaron para hacerles el almuerzo y se solucionó el problema.

En el Ramal a Licantén, trabajé en Peralillo, Parronal, Palquibudi, Orilla de Navarro y Constantué.

En varios lugares se celebraban las Fiestas Patrias con veladas en que actuaban las mismas personas del centro campesino. También las navidades, con representaciones en vivo. En Parronal, el patrón donó un terreno y los materiales y los trabajadores construyeron una sede para tener un lugar para reuniones. A principio del año 65 me presenté en Vista Hermosa para empezar a trabajar y me encuentro con la sorpresa de que mi nombre no estaba en la lista de los que trabajarían. Con pena volví a mi casa a atender un pequeño negocio que tenía mi papá y al año siguiente me casé con un exdelegado del IER, Manuel Olate Urrea (QEPD).

Lo que aprendí sí me sirvió, porque sabía coser, hacer conservas... Creció en mí el interés por participar en grupos como Cruz Roja, centros de madres y otros.

Reencuentro con los amigos del IER

Con Ventura Ávila y Alberto Vergara siempre tuvimos contacto. Con Ventura y su familia éramos muy cercanos, muchos veranos íbamos a acampar a distintos lugares. Después se nos unió la familia Avendaño y Alberto Vergara. Después decidimos reunirnos una vez al mes en cada casa. A veces nos acompañaba el padre Mario Molina. Después se nos propuso hacer algo para celebrar los cincuenta años del IER (año 2004). También los cincuenta años de sacerdocio del padre Molina, Federico Hegarty y Luis Barbiero. Desde ahí empezamos a reunirnos con más exdelegados.

El 26 de octubre de 2002, en San Valentín, se crea la directiva del grupo ex-IER. Asume como presidente Juan Díaz (Linares); como secretario, Juan Ramírez (Curicó); tesorera, Silvia Céspedes (Talca), y directores: Rolando González (Pelarco) y Blanca Herrera (Talca).

Se hizo la gran fiesta para celebrar los cincuenta años del IER con gente de muchos lugares. Una misa muy participada, aquí en San Valentín. La corporación nació con dos objetivos principales:

1° El objetivo de la corporación fue tener una casa en que pudiéramos, al final de nuestros años, terminar juntos. Nadie quiere ser carga para sus hijos (ya que todos trabajan). Sería muy bueno tener una casa de reposo para nosotros, con nuestra pensión y la ayuda de los hijos. Sería ideal contratar personal competente y tener un buen trato al final de nuestros días.

2° Tener la posibilidad de vernos cada mes, ya que el día de reunión es para mí un día especial, que sabe a fiesta.

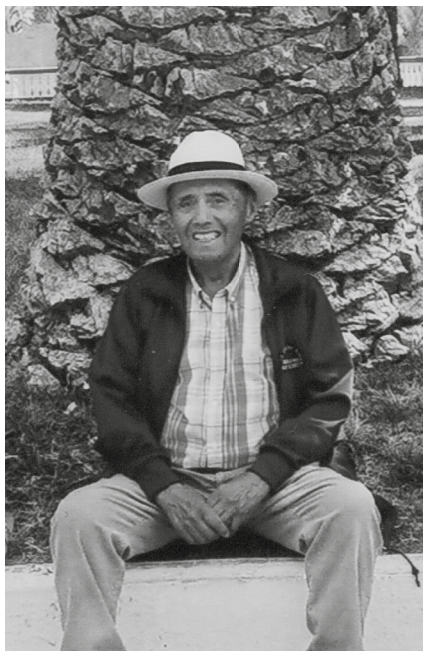
Yo tenía sesenta y dos años y era dueña de casa. Las ventajas de estar organizados es que hemos podido viajar juntos a diferentes lugares. Por ejemplo, la corporación ha realizado aportes a la comunidad. Para el terremoto de 2010 la sede sirvió de albergue y el Club del Adulto Mayor se reunió siempre en nuestra casa de la corporación.

Lo que más me gusta son los paseos.

Sí que ha cambiado el mundo rural, hay más posibilidades de educación. Da gusto ver que hijos de campesinos como nosotros hoy sean profesionales. Sin duda que el IER nos ayudó a desarrollarnos como persona, nos cambió la vida, más personalidad, valores, el cariño que nos unió y nos sigue uniendo hasta el término de nuestras vidas.

MANUEL OLATE URRA

LOS RECUERDOS DE MANUEL



© Silvia Céspedes Ortiz

Me llamo Manuel Olate. Casado con Silvia Céspedes, con tres hijos. Nací el 15 de noviembre de 1937. Nací en la comuna de Colbún. Mi padre murió cuando yo tenía dos años; éramos cuatro hermanos y nos criamos con la mamá. En ese tiempo éramos demasiado pobres. Cuando yo tenía como tres años, nos cambiamos de lugar porque mi mamá encontró pega en un fundito, cerca de la comuna de San Javier. Ahí estuvimos unos pocos años y nos trasladamos a San Clemente, cuando yo tenía trece años. Ahí entramos a trabajar y ya no fuimos más a la escuela. O sea, antes habíamos trabajado esporádicamente para parar la olla.

Después conocí el Instituto de Educación Rural, por intermedio del padre Molina y una patrona que tuve. Ellos me pegaron el primer empujón para que yo conociera el instituto. Hice un curso

* (Entrevista realizada en San Valentín de las Rastras, 2022)

de cuatro meses en San Juan, comuna de Yerbas Buenas, y de ahí me llevaron a Malloco al curso de líder... Porque para ser semianalfabeto, era bien avisado. Se lo digo, porque en ese tiempo se pasaba hambre y se andaba medio desnudo y no se anda como hoy, con zapatitos, era a patita pelá y así trabajábamos. En Malloco me mandaron a trabajar. Me contrataron para ser promotor, me mandaron a Los Lagos, Valdivia. Estuve como cuatro o cinco meses y me vine porque tuve una enfermedad bastante aguda. Justo estaba el dueño del instituto, don Rafael, acá en Talca, y me dio a elegir tres posibilidades, pero me dijo que no me retirara, porque yo me iba a retirar del IER. Aunque, la verdad, yo tengo que agradecer mucho porque fue una manera de cambiar el sistema de vida que teníamos nosotros en el campo. Don Rafael me dio la posibilidad de Santiago, Curicó o Linares, para que yo siguiera trabajando, y yo conocía a uno de los delegados de Curicó y me fui a Curicó a trabajar.

Ahí me tocó la buena suerte de encontrar una compañera en Curicó. Trabajé junto a mi señora Silvia en la comuna de Hualañé y ahí estuve un tiempo. Después me mandaron a Linares a trabajar como delegado en jefe, ahí tiré pa' arriba. En Linares, hice mi vida en Villa Alegre, de donde me echaron por no ser tan religioso. Hay muchas cosas que no les he contado. Y ahí me fui a trabajar al fundo donde yo me crié, prácticamente. Salí como el año 63 del instituto. Y ahí me fui a administrar un fundo pa' la costa. Tampoco duré mucho, porque el patrón era muy malo. Trabajé en INDAP tres años, también me retiré, porque tampoco me gustó el trabajo en que me querían meter, querían que yo trabajara en política y yo no quise hacer eso y renuncié. Ahí ya estábamos casados con la Silvia y quedé cesante con un chiquillo.

Es que resulta que los primeros tres años del gobierno de Frei Montalva —que fue el mejor que he conocido yo—, a pesar de no ser yo demócratacristiano, trabajamos los primeros tres años y llegó un jefe de Santiago, hizo una reunión y dijo: «se trabaja políticamente porque tenemos que sacar de presidente al señor Tomic». Y yo le dije: «pero si estamos trabajando casi políticamente, pero sin nombrarlo». Porque teníamos nosotros, teníamos todo arreglado el campo. Yo trabajé en la cuestión de los sindicatos, en la Reforma Agraria, que tengo algunos títulos que me dieron, que me recono-

cieron después. Yo le dije al jefe: «no voy a trabajar políticamente, voy a seguir trabajando con la gente y, si no le gusta, yo me retiro». Me dijo: «si el jefe dice que el gato es negro, negro es, aunque sea blanco». Entonces yo le dije: «entonces nosotros andamos puro *hueviando*. Ya po', yo me retiro», y le entregué al tiro mi renuncia. Tenía el mejor sueldo de todos los promotores, eso significaba que hacía bien el trabajo.

Después llegamos a Santa Helena. Ahí estuve dos años y medio y a mí me habían llevado para administrar el predio, pero yo no acepté ese trabajo, porque yo iba a trabajar, no a estar en oficina. Así que yo mismo le busqué un administrativo y me fui al campo a trabajar. Pero mis compañeros, desgraciadamente, la gente en el campo era muy buena para tomar, estábamos encalillándonos todos los años y por ahí de repente se formó la cooperativa MULTIRRECCOP.³⁶ Ahí fui elegido presidente. También me retiré, porque también metieron la política. Entonces yo no quería que se confundiera la política con la organización. Me fui a San Valentín, que era una cooperativa de reforma agraria, que entregó el señor Frei. Para entregar la parcelas dejaban un pedazo en comunidad y ese pedazo, que nunca lo explotaron los parceleros, me lo dieron. En ese entonces yo tenía amigos aquí.

Me entregaron una parcela de diez hectáreas y yo —con mala suerte y como había sido dirigente tantos años—, para los milicos yo era comunista, y acá [se refiere a San Valentín] había gente mala clase y después de que me habían entregado ese pedazo de tierra comenzaron a vender las parcelas. La primera parcela que se vendió fue en doscientos veinte mil pesos. El que la compró, ahora la vendió en mil quinientos millones a las empresas constructoras y así sucesivamente se empezaron a vender. Por eso me querían quitar lo que me habían entregado. Ellos me trajeron y me querían echar, para tomar más. Entonces yo les compré seis hectáreas y con eso me quedé aquí. Compré la parcela en el año 87. Había un cierto

36 Las MULTIRRECCOP, Cooperativas Multiactivas Regionales, se crearon desde la mitad de la década del sesenta en adelante. Aunaban asentamientos y cooperativas de reforma agraria, entre otras. El objetivo de las cooperativas multiactivas era ser la instancia abastecedora y comercializadora a nivel regional de los sectores reformados. Ver: Barría, Liliana, Cereceda, Luz, Ortega, Hugo y Aliaga, Hamilton, *El campesinado chileno: sus organizaciones productivas*, Santiago, Instituto Chileno de Educación Cooperativas, Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, 1988.

sector de los vecinos que me defendía y el otro que me hundiera. Pero cuando llegué yo —ellos me trajeron—, hicieron una reunión, con un acta que firmaron todos que estaban de acuerdo que yo me viniera aquí a hacerme cargo de esto. Me trajeron porque en esos tiempos estaban las tomas de fundos y tenían miedo que les tomaran el terreno. Y después, cuando vinieron los milicos a disolver la cooperativa, la MULTIRRECOOP, se la llevaron toda los milicos, vendieron todo lo que teníamos.

Y aquí, cuando vinieron a disolver la cooperativa, algunos dijeron que había que recuperar esas tierras, las que me habían dado. Pero yo me había robado el acta, le había sacado una foto (que aún la tengo guardada). Entonces, cuando llegaron los compadres, yo les entregué el acta y, además, habían dos o tres actas en Santiago que me pedían para que yo legalizara como socio aquí. Incluso yo había pagado nueve cuotas de la parcela e igual me querían echar. Al final les compré esas hectáreas y con eso trabajábamos. Nos iba harto mal, porque en el tiempo de los señores militares los créditos eran muy, sumamente altos. ¡Y los intereses! No podíamos pedir créditos porque después no los podíamos pagar. Ese era el plan del señor Pinochet para que los campesinos terminaran vendiendo las parcelas a los mismo patrones. Así que aquí nos quedamos, en San Valentín, pero igual a la larga tuvimos que vender, porque después llegó la población. Vendimos con la patrona, con la autorización de los hijos. Como me pagaron bien a mí, en ese tiempo vendimos más o menos y juntamos todo lo que invertimos. Tenemos la plata todavía de cuando vendimos la parcela, porque tenemos algunos bienes que compramos y con eso estamos viviendo. Los chiquillos, nuestros hijos, todos estudiaron, dos en la universidad y un técnico. Ahora poco es lo que tenemos que gozar, nos queda poco, y gracias a la señora, que administra bien los bienes. Ella se hizo cargo de lo que vendimos.

PABLINA RIVAS RIVEROS
NADAR CONTRA LA CORRIENTE



© Vanessa Tessada S.

Mi familia era campesina del pueblo de Quirihue, hoy séptima región. Nací en enero de 1942. Fui muy feliz en mi vida de familia de campo. Mis padres eran pequeños propietarios. En este punto doy gracias porque cuando uno es hijo o hija de inquilino, fabrica en su vida una mentalidad de obedecer y ser guiados o mandados (yo no viví así). Éramos cuatro hermanos. Ahí, donde crecimos, era muy difícil ir a la escuela, pero yo quería aprender y llegábamos a la escuela, obviamente a pata pelá,³⁷ Mi papá, en esos tiempos, nos hacía unas suelas y yo las dejaba escondidas en unos cerros. Invierno y verano era muy difícil, pero yo era feliz yendo a la escuela. Nos daban almuerzo. Me acuerdo de la harina tostada con miel. En ese tiempo yo nunca sentí la comparación entre riqueza y pobreza, yo

37 Expresión coloquial que se utiliza para indicar que andaban sin zapatos.

* (Escrito realizado en Linares, mayo de 2023)

era muy feliz, mis viejos nos daban cariño, como en el campo, pero yo era muy feliz. Nadie mandaba a los niños a la escuela en ese tiempo, yo le ayudaba a mi papá a hacer el carbón, a sembrar el trigo, los cerros, que era muy poca la producción, pero daba para todo el año. Después un tío, hermano de mi madre, me llevó a Concepción para ir a la escuela. Estuve como dos años y después mis papás me dijeron que me volviera a la casa. Yo igual quería ir a la escuela y tenía como doce años y dos hermanos chicos. Entonces mi papá arrendó una piececita en Quirihue para que yo fuera a la escuela, pero tenía que ir con mis hermanos porque eran más chicos que yo. Entonces, yo hacía desayuno, yo cocinaba, lavaba la ropa, y bueno, como sea, pasé tres años con mis hermanos menores, siempre yo a cargo de mis hermanos. Los fines de semana cuando ya no nos quedaba nada, nos veníamos al campo. Finalmente yo me quedé en el campo, porque ya después, grande, yo empecé a pololear y a mis papás no les gustó.

Mis padres participaban en la Iglesia católica: misiones, novenas y sacramentos, en realidad, en todas las actividades que se podía, teniendo en cuenta las distancias en el campo. Mi papá era muy devoto de la Virgen del Carmen. En mi lugar no existían organizaciones campesinas, solo se hacía la «minga», que se juntaban para sembrar o cosechar, los lugareños, juntos.

Llegué al Instituto de Educación Rural por el cura que iba ocasionalmente al campo y les habló a mis padres de los cursos para líderes en Chillán Viejo. Fui a tres diferentes cursos en la década de 1960. Tenía dieciocho años. Los cursos eran de capacitación integral y manualidades, costura, hortalizas, crianzas de aves, puericultura, primeros auxilios y, sobre todo, evangelización según la doctrina social de la Iglesia.

La doctrina social de la Iglesia tenía que ver con el papa Juan XXIII que sacó una encíclica relacionada con la evangelización para que los jóvenes transformaran sus ambientes de vida cristiana, como sal del mundo, y organizarse por ambientes. Lo que se expandió en ese momento fue:

JOC: Juventud Obrera Cristiana

JEC: Juventud Estudiantil Católica

AUC: Acción Universitaria Católica

MOAC: Mujeres Obreras Adultas Cristianas

JAC: Juventudes Agrícolas Católicas

Nosotros éramos jóvenes, hombres y mujeres, salidas del campo y capacitados para volver al campo a transmitir conocimientos y organizarnos para mejorar nuestra manera de vivir y, ojalá, organizarnos en cooperativas para producir de mejor calidad y comprar insumos y vender sin intermediarios.

En el IER de Chillán conocí a la directora, señorita Helia Camus (hermana del obispo Camus), al padre asesor Jorge Navarrete, a la profesora señorita Marina Herrera, y delegadas y promotores de terreno, que yo también fui durante dos años. Luego fui coordinadora regional de Acción Católica Rural desde Curicó a los Ángeles y dirigente nacional del ACR en el año 1970, por tres años.

Aprendí fuera de mi nido (mi casa). El mundo era muy distinto, especialmente la vida en los fundos. En Cabrero y en Bulnes, parece chiste, ¡¡¡pero no!!! Cuando había algún robo o pérdida en el fundo hacían misiones los patrones... Confesaban a todos y, luego, despedían al supuesto ladrón. Tampoco tenían sueldo, menos contrato, solo comida al que trabajaba y una «rancha» para la familia, pero sí les enterraban a los muertos los patrones buenos.

El IER acercó la fe a la vida cotidiana en el quehacer con los demás a vivir en solidaridad y al bien común. Era la fe en lo «social», no tanto en lo eclesial o litúrgico ni vocacional-religioso. Las enseñanzas del IER tenían que ver con la espiritualidad de ser consecuente con lo que Jesús predicó: ser auténticos cristianos de fe, es decir, sal de la tierra, levadura de la masa con valores y honradez, liderazgos positivos, cuidar y proteger y amar la tierra y la naturaleza. Asimismo, promovíamos la organización para tener mejor producción y vender juntos. También enseñábamos folclor.

Como promotores organizábamos festivales campesinos, con toda la comunidad, colegios, Iglesia, etc. Yo hice uno muy grande, con toda la comuna de Quirihue.

Creo que estuve en el instituto trabajando como promotora durante dos años. El Instituto de Educación Rural empezó primero como Juventud Agrícola Católica, como un programa de la Iglesia para los obreros, estudiantes, campesinos. Pero el instituto después fue agarrando harto auge, algunos obispos, curas, como don Ma-

nuel Larraín en Talca, en Chillán, no sé. Yo llegué cuando el instituto ya tenía centrales. Entonces cuando yo trabajé como promotora, en Chillán tuvieron la mala ocurrencia de sacarme como promotora y llevarme como dirigente de Acción Católica Rural. Con esa decisión a mí me embarraron un poco la onda y ahí me dejaron, de dirigente regional desde Vista Hermosa a Los Ángeles. Y uno era como allegada, aunque era reconfortante el trabajo en Acción Católica. Después, en la ACR, teníamos una organización paralela al instituto. Nosotros teníamos nuestros promotores, dirigentes nacionales, y ahí me escogieron como presidenta nacional, que entre todos los compañeros nos elegían. En ese espacio conocí a Juan.³⁸ Éramos grandes amigos, íbamos a encuentros nacionales e internacionales y ahí como que tuvimos afinidad en lo que nosotros pensábamos y los encuentros después a nivel latinoamericano. En la Acción Católica Rural, donde fui dirigente, el ejemplo de Chile, de nosotros, de la capacitación de la juventud campesina fue muy importante para los latinoamericanos. La Iglesia me pagó un curso en ILADES³⁹ que era para profesionales. Yo en ese momento aproveché de sacar mi cuarto medio, porque yo solo había llegado hasta sexto básico. Bueno, a mí me escogieron para que me fuera al secretariado americano de la JAC (Juventud Agrícola Católica). Yo ahí tenía esta responsabilidad y habían otros dirigentes de Argentina, Brasil, Paraguay. Fue muy interesante para mí, porque ellos seguían con la onda de la JAC en América Latina y nosotros, en Chile, teníamos más que aportar, que era la capacitación de los jóvenes en el IER.

Eso me sirvió de trayectoria. Yo valoro que el instituto siempre buscó la capacitación de los jóvenes y trajeron muchos líderes. Cuando terminé mi periodo de tres años en el secretariado latinoamericano, yo ya estaba comprometida con Juan para casarnos. Yo quería ser madre, entonces yo decidí venirme a mi país porque yo

38 Se refiere a Juan Díaz, con quien después contrajo matrimonio.

39 ILADES, el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, fue fundado en 1965 con el objetivo de generar un diálogo entre las ciencias sociales y la doctrina social de la Iglesia, pensando en el contexto latinoamericano. En este sentido, tuvo un área académica de formación en ciencias sociales y, otra, centrada en el campo sindical y gremial que colaborasen a la Iglesia en la presencia de cristianos en distintas organizaciones. Ver: López Fernández, F. *ILADES: testimonio de una historia (1965-1998)*. Santiago, Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, 2013.

estaba con veintiocho años y necesitaba una familia. Y ahí, bueno, yo me vine para casarme, dejando el secretariado mundial de MIJARC (Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural). En ese momento llevaba tres años viviendo en Montevideo. Ahí volví a vivir en una pensión donde vivía con Juan mientras él trabajaba en INDAP. Yo llegué justamente en el tiempo de Allende y era una situación electoral muy compleja, muy interesante. Y yo entré ahí a tomar bando, no me quedé mirando desde afuera. Normalmente, desde chica fui aperrando lo que había que hacer y me invitaron a trabajar en CORA, me contrataron como experta en desarrollo campesino y ahí trabajamos hasta el Golpe militar, que fue muy trágico, terrible y aún tengo... Espero que no se repita por nada del mundo.

Creo que el aporte del IER fue, sobre todo, crear conciencia y hacernos sentir responsables del mundo campesino y entender el valor de la sociedad y el mundo rural en la vida del país. Luego, de allí surgieron los sindicatos en los fundos, también las cooperativas campesinas...

El IER fue un sembrador de esperanzas. Preparó líderes. Despertó cualidades y conciencias sociales. Muchos promotores formaron otras agrupaciones políticas y sindicatos, fuera del IER.

Organización de la Corporación Amigos de Siempre

Todos ya salidos del IER, casados, con hijos. Cada uno, sobreviviente de los problemas del país. Unos mejores, otros en regular situación, pero conocidos excompañeros del instituto, promotores nos reunimos para contar cómo nos cambió el campo y también la vida familiar. ¿Cómo se formó la corporación? Juntarnos porque nos conocíamos, algunos éramos más amigos que otros. Luego de unos años reuniéndonos a almorzar juntos, ya sea en una casa o en el mercado, comenzamos a decidir reunirnos de manera más seguida. El único problema que tenemos es que, de veintiséis socios, casi todos casados, se nos han ido yendo al cielo y quedamos cada vez menos de los que comenzaron. Lo que más compartimos son los sueños y anhelos frustrados, porque los campesinos ya no existen, no son vistos. Lo que más hemos disfrutado son los almuerzos juntos, algunos aniversarios y cumpleaños, también paseos.

Cuando empezó la corporación, el gran sueño era formar una gran casa de acogida para adultos mayores. Tuvimos el plano por un arquitecto, pariente de la señora Adriana y Emilio Avendaño.

También Manuel Olate y la señora Silvia Céspedes nos donaron el terreno para dicho proyecto, que fue vendido, con los años, para comprar la casa que hasta la actualidad nos acoge por un tiempo más. Sin embargo, ese proyecto se frustró.

El cambio más radical que hay entre el mundo rural en el que nosotros crecimos y el actual es que los campesinos emigran a la ciudad o al pueblo. La vida dura se cambió por trabajos temporales. La tierra ya no produce como antes. No hay estudio para jóvenes que le apoye para producir más o de mejor calidad. También critico la venta de tierras fértiles para viviendas. También para las forestales.

Lo que critico al IER es que, a mi parecer, no se comprometió con el campesino, solo con un programa y con la jerarquía. Los campesinos emigraron. Los profesionales y líderes entraron en los partidos políticos para apoyarse y todo se desvaneció.

Los maridos se formaron con la imagen del patrón y los mejores como buenos proveedores.

Mi legado

Formar una familia ejemplar, ser buena amiga, vecina y cooperar y siempre pertenecer a algunas organizaciones y ayudar a otros a pertenecer a algún grupo que nos anime y acompañemos. Me gustaría ser recordada por ser coherente —lo que hago y pienso—, ser positiva y acogedora, soñadora de un planeta mejor para todos.

Que mi fe en Dios es real, más allá de las religiones. Agradezco a los Amigos de Siempre por tener un lugar físico para nosotros y el gran cariño que hay entre nosotros por siempre.

JUAN DÍAZ SOBARZO
*CÓMO APRENDÍ A AMAR LA TIERRA, SU GENTE
Y SU CULTURA*



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Juan Segundo Díaz Sobarzo. Nací el 20 de abril de 1943. En esa época, casi todos éramos de origen campesino. Mi madre, Benilde Sobarzo Godoy, era casada con un campesino. No tenían tierras, sembraban a medias y poco, porque estaban en un sector de costa y no había muchos fundos cercanos. Por lo que fundamental era el trabajo a medias, donde uno ponía el trabajo y el otro ponía las semillas o el abono, si es que había. Mi madre era originaria de la provincia de Chillán; mi padre era de Colchagua, de entre Pichilemu y Santa Cruz. Se llamaba Juan Díaz Lorca. Mis padres se conocieron porque mi padre fue a ver a un amigo a un local cerca de Chillán, en el ramal que iba hacia la costa. En Portezuelo conoció a mi madre, no conversaron, y mi padre fue a pedirle la mano tiempo después.

* (Entrevista realizada en San Valentín de Las Rastras, 2023)

Mi madre era la última de once hermanos y vivía con su mamá. No era tan joven, estaba cerca de los veinte años. El hecho es que se casaron. Vivíamos en ese sector de Portezuelo, en un fundo. La verdad es que yo no sé dónde vivía antes mi madre. Mi abuelo murió cuando nació mi madre. Yo no sé si era empleado o puede haber sido capataz, porque no era un obrero normal ya que tenía un poco más: tenía yunta de bueyes y caballo. Y mi madre, cuando yo nací —yo fui el hijo mayor—, era empleada doméstica en las casas patronales. Entonces cuando yo nací, ella salía muy temprano y volvía en la noche. Nosotros vivíamos en una casa del fundo, pero no sé cómo llegamos ahí.

De ese fundo salimos cuando yo tenía seis años, nos fuimos a Santa Cruz. Mi padre comenzó a trabajar como mayordomo, a cargo de cuadrillas de trabajo. La estructura del fundo era que a las seis de la mañana sonaba la campana, se juntaba la gente y ahí distribuían el trabajo: un grupo iba a preparar tierra, a arar, otros iban (depende de la época) a hacer cultivos, otros limpiaban con azadones, otros limpiaban canales, vacunaban animales. Cada grupo tenía uno que estaba a cargo y otro a cargo del campo. El administrador llevaba la administración y las ventas.

Cuando nos vinimos a Santa Cruz, mi padre tenía bastantes animales y trigo. Nos vinimos a una casa que era de los papás de mi padre. Ahí vivimos unos tres años y de ahí mi padre era administrador de fundo. Luego pasamos a otro fundo cerca de Santa Cruz y, además, mi padre tenía tierras en mediería y arrendaba tierras. Ahí pasamos a trabajar en dos fundos como administrador. Después llegamos a Auquinco, un pueblo entre Chépica y Santa Cruz, y ahí mi padre arrendó una casa. Fue la primera vez que, me acuerdo, una casa tenía terreno que cultivaba y sembraba a medias y ahí yo ya estaba con catorce o quince años. Entonces yo ya estaba trabajando. Yo solo estuve cuatro años en la escuela, entré a los nueve años. Estuve el primer año en Santa Cruz y el mismo año me pasaron a segundo, luego estuve dos años más. Yo trabajaba, buscaba las vacas para sacar leche y después tenía que ir a dejarlas; y en las tierras que trabajaba mi padre, yo también trabajaba.

Mi madre trabajaba en la casa, hacía costura. Era muy hábil en hacer cosas, de cualquier cosa hacía ropa de niño, también hacía

camisas o trajes de huasos que le mandaban a hacer. Ella las vendía o las cambiaba por productos.

Mi padre tenía educación, leía, escribía y administraba a los trabajadores de los fundos. Lo que yo le conocía eran las libretas de trabajo, donde hacía las anotaciones de quienes faltaban para el pago, eso le conocí yo de la escritura. Mi madre también sabía leer y escribir. No sé cuánto tiempo estuvo en la escuela, pero de su escritura que yo conocí eran las medidas para la ropa: cuello, hombro, cintura, talle.

Cuando nos vinimos, ya tenía dos hermanas más: Laura e Isabel. La Isabel venía muy chica, tenía como tres o cuatro años, y la otra no andaba todavía. Y, después, en 1952 nació mi última hermana. De los cuatro solo estudió una, la menor; mis otras dos hermanas llegaron a secundaria y yo me dediqué a trabajar. Y el resto de los estudios los hice cuando quise postular a algunas cosas del Ejército, ahí hice el cuarto de primaria. Yo quería hacer el servicio militar porque era requisito para postular a algunos trabajos. Yo me preparé un año porque no tenía el cuarto primario. Un señor de un almacén me ayudó. Estudiamos hartos, yo llegaba más o menos a las seis o siete de la tarde y estaba más o menos hasta las once o doce de la noche, yo tenía dieciséis o diecisiete años. En ese tiempo postulé, pero no quedé. Fue un momento muy triste para mí. Volví fracasado completo. Y seguía trabajando. Y era muy complicado porque mi padre —siempre que yo tuve conocimiento— tenía otra señora. Entonces algunas veces estábamos bien económicamente, pero aparecía otra dama y se iban todos los recursos para la otra dama y quedábamos nosotros con el mínimo. Y eso sucedió muchas veces...

En ese último tiempo, no. Tuvimos un restaurante en que yo le ayudaba y para la celebración de los 18 de Septiembre hacíamos una ramada muy grande. Por años lo hicimos. Esos eran los recursos de la familia, más la siembra a medias. Además, trabajé seis años plantando tabaco. Trabajábamos todo el día de seis am a nueve pm. Con esa plata arrendábamos y, al final, nos quedaba algo de recurso. Pero yo nunca tuve un salario, por lo mismo, yo después empecé a buscar la forma de salir, pero tampoco tenía educación.

Mi abuela materna, Cenobia Godoy, cuando mi madre se casó, se vino con nosotros. Mi abuelita me crio a mí, ella me cuidaba. Com-

partíamos pieza con mi abuela hasta que ella murió el año 1956. Ella era muy allegada a la Iglesia católica, iba a misa cada vez que podía y yo la acompañaba. Ella hacía los rezos y yo la acompañaba. La primera comunión la hice ayudado por mi abuelita en una misión que hubo en Auquingo, yo tenía unos catorce años, mis papás no supieron. En esa época había un párroco de apellido Tomasín, él era belga me parece. Yo con él empecé a trabajar, él llegó por ahí por el año 59, entonces había un programa de Caritas⁴⁰ en el que se ubicaba a la gente de menos recursos y se les compartía un tipo de canasta, que traía leche, un queso y ropa y otras cosas. Después de que hice la primera comunión me integré a un grupo en la parroquia que hacía actividades: para la Navidad hicieron una obra de teatro y ahí yo participé. Esa obra de teatro la pasamos en varias partes, de ahí yo me vinculé a la Iglesia.

En el año 60 hicimos un club de fútbol donde jugábamos los que no estaban en los otros clubes de fútbol. Tres «cabros» nos juntamos y empezamos a hacer el club, era de jóvenes y tuvimos mucho éxito. Es un equipo que todavía existe: el Independiente de Auquingo. Esto fue muy importante para mí, porque fui dirigente, lideramos eso.

Hasta el 62 yo trabajé más fuerte en la Iglesia, creamos una cooperativa de consumo. Auquingo es una calle, una parte va a Cunaco y la otra a Chépica, más un sector de cuatro o cinco casas, entonces hicimos esta cooperativa para comprar cosas en común, impulsados por las ideas del Concilio Vaticano II. Entonces traíamos lo que más comúnmente consumía la gente: harina, arroz, tallarines, yerba mate, azúcar. Estuvimos casi dos años trabajando en eso, teníamos mucha gente.

Eso después se acabó, cambió el párroco. Yo no sé cómo terminó porque yo me fui de ahí el año 64. Me fui a un lugar cerca de Melipilla. Salí, contra la voluntad de mi papá, porque tenía algunos problemas. Estaba desesperado porque no contaba con dinero, ya era hombre y lo que producíamos con mi padre era para pagar cuentas y era muy poco lo que quedaba. Yo salí a un curso que me

40 Caritas Chile es una corporación de beneficencia fundada en 1956 por el cardenal Raúl Silva Henríquez. Es un organismo de la Conferencia Episcopal de Chile cuyo objetivo es desarrollar los lineamientos de la doctrina social de la Iglesia católica. Ver: <https://radio.uchile.cl/2016/04/24/caritas-chile-60-anos-de-solidaridad-derechos-y-justicia-social/>

mandaron de la Acción Católica. Antes de eso hicimos una encuesta que era empujada por la Iglesia y el IER. Esa encuesta se hizo y mi padre nos colaboró. Era preguntar el tipo de familia y el número de personas, el tipo de educación, trabajo y si tenían tierra, eran datos fundamentales. Creo que después sirvió a la Democracia Cristiana. Yo trabajé en eso.

Ahí yo conocí al IER como tal. Antes conocí a algunos de los delegados. Manuel [Olate] fue a mi casa cuando yo trabajaba en esa encuesta. Nos impulsaron a formar la Acción Católica Rural. Nosotros llegamos para hacer una rama especializada de la Acción Católica Rural cobijada al alero del IER, o sea, se abrió el IER para personas que estuvieran con la misión no tanto de buscar alumnos ni con el trabajo de capacitar. Nosotros formábamos grupos de jóvenes al alero de la parroquia, pero también la preocupación era la colaboración con la comunidad. Los promotores trabajaban en muchas partes en que estábamos nosotros también. El IER empujó algunas fiestas en la comuna y nosotros ayudábamos en esa organización y lo hacíamos a través del grupo de jóvenes que organizábamos en la parroquia. Se colaboraba. Nuestras casas eran el alojamiento que las familias nos daban en terreno, en las parroquias a veces, y nuestros puntos de llegada eran las centrales que tenía el IER en todo Chile, ahí nos daban alojamiento y comida. Nuestro trabajo era poder mantener viva la acción de evangelización de los promotores, de los profesores, de los alumnos.

Teníamos un sueldo mínimo de empleado agrícola. La imposición la pagaba el IER, éramos empleados del IER. Nosotros éramos «encargados diocesanos» y había uno o dos por diócesis, éramos hombres y mujeres. Llegamos a tener cuatrocientos grupos de Acción Católica Rural (ACR) en el país. La ACR tenía una estructura, funcionaba en comunidades de parroquia, la mayoría estaba en capillas, en el campo. También animábamos las organizaciones que estaban en el sector. Muy importantes fueron los clubes deportivos. Entonces nosotros logramos tener en la base lo que no tenía el IER; el IER tenía contacto y personas ubicadas, pero nosotros logramos tener jóvenes. Nosotros teníamos que ubicar a un líder, eso lo hacíamos en conjunto con los párrocos, con ese ubicábamos a otros jóvenes, con ellos conversábamos un poco del Evangelio, un

poco de la situación que había, sobre todo de esta Iglesia que quería abrirse y entregar herramientas para que cada uno de nosotros construyéramos Iglesia. Entonces, los grupos funcionaban con un poco de capacitación, con un poco de material que conseguíamos. Las reuniones tenían un poco de oración, de ver los problemas de la comunidad, de ver la fiesta de la Iglesia que venía, eso.

Nosotros hablábamos del aporte a la familia, no estábamos capacitados para enfrentar algunos problemas del campo como el alcoholismo o el abandono de las familias, pero una de las banderas nuestras fue el alcohol. El alcohol impide que uno sea persona. Los jóvenes tienen que respetarse y respetar al otro. En la Acción Católica nos preocupábamos del espíritu. Para mí, este fue un tiempo muy bonito.

Yo trabajé en la AC con sede Rancagua y tenía toda la diócesis de Rancagua, desde el Maipo hasta Chimbarongo por el sur, de mar a cordillera. Trabajé ahí casi dos años. Después pasé al equipo nacional y después fui el presidente de la Acción Católica, entre el año 64 y el 69. Cuando fui dirigente nacional, una vez al mes iba al Seminario Mayor de Santiago y tenía una conversación con los seminaristas. Como dirigente nacional tenía la responsabilidad de animar, apoyar a los encargados de diócesis, y había que buscar y ayudar con soluciones en terreno con párrocos, con obispos, y organizar algún tipo de capacitación para los que trabajábamos en las diócesis. Nosotros teníamos un curso al año, de una semana, nos capacitábamos y nos programábamos. El equipo nacional de la ACR tenía reunión una vez al mes. El cardenal Raúl Silva Henríquez fue un gran apoyo para nosotros. Teníamos un día completo de reunión con él, lo que era importante porque, de todos los obispos, menos de un tercio estaban en esta onda del trabajo, los otros permanecían en esta idea de la Iglesia hacia dentro con misas, liturgias, bautizos, comuniones. Incluso en las capillas había sacerdotes que dificultaban o no apoyaban, eso era lo más común.

El año 69 dejé la presidencia, quedó otro presidente y comencé a buscar trabajo. Tenía muchos contactos, tenía experiencia, pero no preparación. En ese tiempo yo no estudié. Cuando salí fui a un curso de líderes que estaba armando la Democracia Cristiana (DC) en la preparación del gobierno de cuando fue candidato Tomic. Todos

estábamos metidos en política, incluso los obispos estaban divididos en partidos políticos, eso es parte de la vida. Incluso el IER se quebró un poco porque de ahí salieron unos dirigentes que formaron un movimiento, el MCI (Movimiento Campesino Independiente).

Ahí hubo quiebres y los quiebres fueron muchos más en la campaña Tomic / Allende, pero yo ya estaba fuera. Yo, honestamente, trabajé por Allende con toda una dirección y un grupo DC. Ahí éramos dos que no éramos DC, yo no era militante de ningún grupo, pero en esta trayectoria de diez años trabajando con gente iba encontrando de todo y va sobresaliendo alguna gente con la que coincide más con lo que se piensa. Entonces el trabajo era repartir propaganda (lo hacíamos clandestinamente un poco) y hacer el trabajo relacionado a INDAP y la Reforma Agraria. En la última parte de la campaña de Allende yo pertenezco al MAPU. Hasta ese momento yo nunca había participado en ningún grupo político. En el MAPU porque, en ese tiempo, era el que tenía menos poder. Y teníamos una postura que a mí me gustaba, teníamos la oportunidad de fortalecer lo que éramos y, con eso, buscar formas de diálogo. Entonces, ahí se tomó un fundo en que la gente estaba muy bien y tenía su sindicato y el sindicato trabajaba. Ahora, el trabajo sindical es tan lindo...

En INDAP yo trabajé en la parte sindical, que era parte del programa de Reforma Agraria. Porque la Reforma Agraria tuvo muchos partidarios al principio, luego se fueron restando. Porque no se puede hacer una Reforma Agraria sin participación. El fracaso de la Reforma Agraria, según yo, es porque no se alcanzaron a organizar. Si se hubiese alcanzado a organizar... El periodo de tiempo real fue muy poco, empezó a la mitad del periodo de Frei Montalva, porque la ley sindical apuró el proceso. En INDAP yo trabajaba en terreno en relación con la búsqueda de usuarios de crédito, que era una parte de la acción de INDAP. INDAP nació para apoyar a los campesinos, porque, en el fondo, nunca se les había apoyado. Nunca. Esta idea de crédito a la gente acompañado de capacitación fue lo máximo. Y quedó la idea de que la tierra es para el que la trabaja. Ahí trabajé hasta el 11 de septiembre de 1973.

Antes de casarnos con la Pauli⁴¹ arrendamos una casa en Linares. Ella se fue a Uruguay y cuando volvió, nos casamos. Teníamos todas las cosas compradas, refrigerador, todas las cosas. Yo empecé a trabajar en Linares como INDAP y empecé a hacer alfabetización, primero como CORA. Estuve tres meses trabajando ahí. Fue una experiencia lindísima, puros viejos. Yo trabajé con los niños chicos, el niño era, para mí como «profe», mi punto de permanente ayuda para el que quería aprender a leer. El método que usábamos era en relación con lo que conoce, que es un método bien simple pero efectivo, entonces los «cabros chicos» eran unos aliados estupendos, acompañaban a los viejos cuando salían del trabajo. Yo lo hice en Parral. Yo trabajaba en los asentamientos y es increíble, la gente aprendía a juntar letras rápidamente y su nombre que había que escribirlo. En el fondo trabajábamos, a veces, con las letras del nombre, más que con el abecedario. De ahí, yo ingresé a INDAP.

La gran mayoría de la gente de izquierda que trabajó no teníamos viáticos, era más compromiso, y en la noche seguíamos trabajando, apoyando a los líderes, que era lo que yo había hecho por hartos años.

Yo estaba como jefe de área para el Golpe de Estado, en San Javier. Como a las once y media de la mañana llegan militares: «ahora usted se va con arresto domiciliario a su casa a esperar qué es lo que pasa». Yo tomé mis cositas y me fui. Ese día supimos, como a las siete de la mañana, que era el Golpe, pero fui igual a mi puesto de trabajo. Desde ese día no volví a mi trabajo. El 30 de noviembre me enviaron el finiquito y me descontaron un neumático que había mandado a arreglar. Yo estuve en mi casa todos esos meses. Trabajé en la feria, vendí cuestiones, mi padre, que también estaba separado, estaba enfermo, entonces se fue a mi casa que arrendábamos. La Pauli seguía trabajando en CORA porque estaba esperando a nuestro tercer hijo y ella siempre trabajando. Yo ahí trabajé con mi padre, empezamos a vender gallinas faenadas de criadero, después, como se acabó la industria, yo vendí zapatos y algunas cuestiones de Calaf también. Estuve también tomando quilaca⁴² en Curicó y las traía en el tren y las vendía después en la calle.

41 Habla de Pablina Rivas Riveros.

42 Quilaca es el tallo leñoso de la quila.

En febrero del 74 me vine a Talca a trabajar a la MULTIRRECOP, que seguía funcionando y tenía un interventor militar. Yo trabajé en terreno, haciendo contratos de siembra. La cooperativa funcionó hasta el año 76. Vendíamos todo lo que producían los asentamientos porque todavía no habían entregado las tierras al gobierno militar, porque la contrarreforma fue bien simple: vendieron la maquinaria, se les quitaron los derechos de talaje, todo.

Después salí de MULTIRRECOP y me cambié a la Indus, donde se hacen los productos Miraflores. Ahí trabajé de bodeguero con un sueldo bastante bueno. Yo ganaba muy poco en la MULTIRRECOP, pero estaba contento. La Pauli estuvo trabajando hasta el año 75 en CORA y, después, a través de una cooperativa de vivienda y una plata que sacó la Pauli, más unas vacaciones que me debían en INDAP (yo postulé muchas veces a exonerados, pero nunca me aceptaron), pudimos acceder a una casa.

El año 80 estuve preso. Yo era dirigente, porque ingresé a una cooperativa de vivienda, ahí en la 12 Norte (Talca). Había cinco cooperativas, trescientas cincuenta familias, y fui dirigente de las cinco cooperativas. En ese tiempo, en los ochenta, todas las provincias tenían dirigentes que habían sido condenados. Los cargos eran de subversión, asociación ilícita y hacer propaganda y otras cosas. Ahí caí preso yo. Estuve preso diez meses en Talca y Curicó. Después Pinochet me dio un indulto. Aunque fui muy privilegiado en la cárcel, siempre tuvimos un espacio, trabajábamos, estudiábamos. Yo tenía muy claro que si tenía trabajo podía mantenerme en pie y me hice cargo de la cocina del grupo de quince, éramos quince pero fueron condenados catorce, todos por política. Y nos pasearon por todos lados, con esposas por la plaza dando vueltas, para que la gente supiera.

Cinco años de mi vida estuve firmando todos los meses. Lo pasamos mal como familia, muy mal.

Después, el año 84, ese mismo jefe de Indus me invitó a trabajar a Linares a una empresa que antes, durante Allende, funcionaba como procesadora de semillas de trigo. Allí también me desempeñé como bodeguero. Empecé a trabajar allá el 14 de octubre de 1984, con casa. Ahí trabajé nueve años. De ahí salí y empecé a dedicarme a un negocio de venta de rodamientos, que tenía de antes de salir de

ahí. Una cooperativa me solicitó ser gerente de ahí y cuando salí de ahí seguí con mi negocio, que es de lo que vivo hasta ahora.

Con los amigos del IER perdimos el contacto, con algunos, con el pasar de los años. Cuando estuve preso tuve contacto con Manuel Olate y con la Margarita. Y aquí había un grupo que se juntaba, que salían de vacaciones juntos, en familia. Estaba Amulio, que era el presidente de la cooperativa de San Dionisio (donde él me invitó a trabajar allá), Ventura Ávila, Carlos Troncoso (que había sido dirigente de la cooperativa MULTIRRECOP). Y ese grupo que se juntaba organizó un encuentro de familias en Curanipe y a nosotros nos invitaron. Después nos juntamos dos o tres veces en San Valentín y decidimos armar este grupo: los Amigos de Siempre. Siempre hubo cierto contacto, siempre estuvo esa idea de colaborar. Todos nos acordábamos de los festivales campesinos y organizamos algo parecido. Celebramos los cincuenta años de los sacerdotes que fueron los impulsores del IER. Al padre —uno norteamericano—, Federico Hegarty, que se quedó a cargo de la Acción Católica. Y se invitó a las comunidades en esta celebración.

Y pensamos un proyecto de hacer un hogar. Pero eso se empezó a desarmar un poco porque cada vez son menos los que pueden vivir juntos. Es decir, tenemos un sueño que no se pudo cumplir, pero sí nos juntamos mes a mes, casi siempre, y se facilita que vengan aquellos que les cuesta más venir. Hemos paseado, en viajes turísticos y por cuenta propia. Fuimos al sur, estuvimos una semana. Hemos hecho actividades por el día.

Es un grupo lindo.

MAGALY GUERRA GUERRA
MI VIDA HACIENDO LO QUE ME GUSTA



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Ruth Magaly de Lourdes Guerra Guerra. Yo nací en Curepto en el año 1950, pero era de Lora, comuna de Licantén. Mi padre era campesino, trabajaba la tierra. Los abuelos tenían tierras para sembrar. Mis papás eran pequeños propietarios; mi padre era agricultor y era comprador de animales, que los llevaba a vender a Curicó, en la feria de agricultores. Viajaba con los vacunos en el tren desde Licantén.

Yo estudié en la escuela de Lora, en la escuela N.º15. Ahí estuve hasta sexto de primaria. Mis papás sabían leer y escribir, pero solo se quedaron en Lora a hacer la preparatoria, no había más estudios allá. Pero a nosotras nos dieron más educación. Mi mamá siempre impulsó eso. Después, en el Liceo de Curicó, en el Liceo de Niñas como interna, hice desde el primero a sexto de humanidades. Des-

* (Entrevista realizada en Talca, 2023)

pués nos llevaron a Talca, a estudiar en la universidad. Lloré harto, porque soy llorona, pero me gustó mucho, tengo muy buenos recuerdos del internado. No había otra parte donde estudiar. Para mis padres fue un esfuerzo económico que siguiéramos estudiando, pero nos dieron educación a todos, a los seis hermanos.

Nos venían a dejar en tren desde Licantén, en el ramal que había en ese tiempo. Y nos veníamos a estudiar los días domingo y nos pagaban pensión afuera, además del internado, y las señoras de la pensión eran nuestras apoderadas. Como mi papá vendía animales en la feria, pasaba todos los miércoles a visitarnos al liceo. Yo me fui primero sola y después llegó una de mis hermanas, la Ximena. Después de salir del liceo me vine a Talca, a estudiar en la universidad, la Universidad de Chile, sede Talca, en el Departamento de Agricultura junto con los técnicos agrícolas, estudié orientadora del hogar por cuatro años. Era para poder trabajar con la familia campesina, para su mejoramiento. Pero, trabajábamos más con las mujeres del campo, organizándolas y capacitándolas en las labores agrícolas y del hogar. Estudié eso para después poder trabajar en el agro. Trabajé en la CORA, la Corporación de la Reforma Agraria, y en INDAP, en la parte de capacitaciones en educación para el hogar.

En la CORA, me gustaba mucho ese trabajo, porque además de trabajar para los campos, lo hacíamos a nivel regional. Trabajamos en un equipo de profesionales: un agrónomo, un técnico agrícola y la orientadora del hogar, en conjunto con las familias. Yo trabajaba con las mujeres e íbamos creando cursos de lo que las mujeres necesitaran, respondiendo a las evaluaciones de las necesidades que tenían ellos para mejorar su calidad de vida. Hacíamos cursos de comida, conservas, mermelada... Algo que les ayudara a otorgarle valor a las cosas que ellos producían en el campo. Además, se hacían cursos de higiene, educativos y de alfabetización. O sea, se programaba el trabajo de acuerdo con las necesidades de la gente, no se imponían los cursos desde CORA. Así, si había que alfabetizar, se alfabetizaba. Nosotras trabajamos con las mujeres, los técnicos trabajaban con los hombres. Trabajé en Cauquenes, Parral, Linares, Talca. Nosotros trabajábamos con pequeños agricultores, propietarios o arrendatarios, pero debían tener una tierra para ser atendidos por la CORA.

Cuando yo trabajé en CORA estaba a favor de la Reforma Agraria. Por ejemplo, los fundos que no se trabajaban, esos eran los que se expropiaban. No se expropiaban los buenos; los bien trabajados, no.

Cuando trabajé en Cauquenes me quedaba en una pensión, yo ya estaba casada. Yo partía nomás para donde me daban trabajo, aunque estuve un tiempo sin trabajar, cuando los chiquillos, que eran dos... Cuando estuvieron más grandes, yo salí de nuevo a trabajar. Los cuidaba la nanita María, los chiquillos la adoraban. Es duro estar lejos de la casa, es fregado dejar a la familia en la casa con otra persona, pero si me salía trabajo, yo me iba, para donde fuera. Pero me iba porque la «nanita» era buena persona y los chiquillos la adoraban, la querían más que a mí. Don Roberto Moreira, que era un democratacristiano que era jefe de área de Cauquenes que me tenía muy buena a mí y me decía «¡vieja comunista!». No sé por qué pensaba que yo era comunista, porque yo nunca milité en nada.

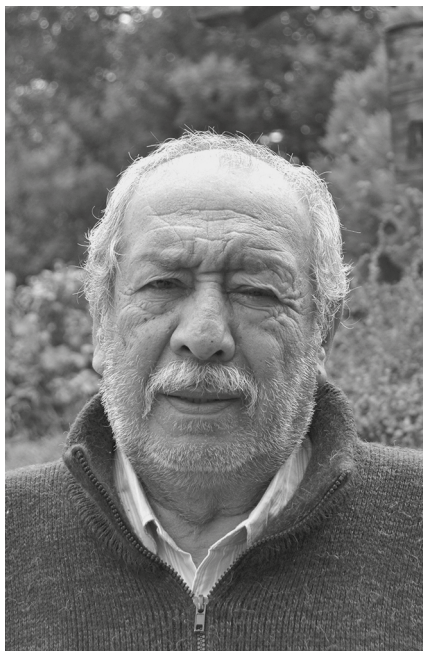
Cuando la CORA se terminó, pasé al INDAP y ahí conocí a la Margarita Huencho y empecé a tener más relaciones con ella, cuando ella trabajaba en el programa INDAP-PRODEMU. La Margarita es muy trabajadora. Yo la he admirado toda mi vida porque no hay nada que no haga, no va a dejar de trabajar nunca. Es cosa seria la Margarita.

En el INDAP-PRODEMU también trabajábamos con mujeres campesinas. Era para preparar a las mujeres en trabajos que ellas hacían separadas de los maridos. En estos trabajos, al igual que en la CORA, lo que queríamos era que las mujeres crecieran más, que ellas fueran mejores en lo que sabían hacer, que se volvieran empresarias y se desligaran del trabajo más esforzado del campo. Porque la mayoría se daba vueltas en las cosas de la tierra, pero la idea era que trabajaran en derivados del campo, como conservas, mermeladas, hortalizas, florerías, fruticultura y todo lo que produce la tierra. Y si no sabían leer, se les enseñaba y se les capacitaba. Se les ayudaba en lo que ellas aspiraban. Y ahí había transformación. Aparecían más líderes campesinas y trabajadoras.

Con los Amigos de Siempre, los conozco hace muchos años. Llegué a ellos a través de la Margarita [Huencho], que es y sigue siendo una mujer trabajadora. Yo la admiro por todo lo que ha logrado. Con los Amigos de Siempre hacemos paseos, viajes, nos reunimos una vez al mes para ver cómo estamos, para fomentar nuestra amis-

tad y conversar. Cuando no estamos juntos, nos echamos de menos. Estamos muy contentos de pertenecer al grupo de Amigos de Siempre.

JUAN CARLOS LABRA AHUMADA
DE LORA AL PARAÍSO



© Vanessa Tessada S.

Nací en Santiago el año 1947. Cuando crecí, mi papá trabajaba en la Empresa de Transporte Colectivo del Estado (ETCE) y mi mamá en la tienda Gath & Chaves, era costurera. Vivíamos cerca de donde se guardaban los buses de la ETCE, en Mapocho con Cueto. Después también estuvimos por la Gran Avenida, nos cambiamos varias veces. Nosotros somos diez hermanos, yo soy el mayor. Mi mamá es de Licantén, sector Huapi, y mi papá también de Licantén, del sector de Lora, costa curicana, todos del campo. En la casa de mi abuelo había un taller, se llamaba La Herrería y confeccionaban los materiales y herramientas que se usan en la agricultura, había una fragua y un torno. Se hacían echonas, ruedas de carreta, yugos, todo eso. A nosotros nos hacían trompos, lo que se pudiera en madera. Pero es un oficio que yo nunca aprendí. Después todo ese trabajo lo reemplazó la tecnología.

* (Entrevista realizada en Talca, 2023)

Mi mamá siempre se preocupó de que estudiáramos. Yo estuve en el Colegio Santo Tomás de Aquino en Vivaceta con Gamero y después entré al Valentín Letelier, que era un liceo secundario y por ahí pasó un curita reclutando, buscando jóvenes para ser cura, para ir al seminario. Entré yo y después otro hermano. Mi mamá tenía diez hijos y «veía debajo del agua». En el seminario uno no pagaba, estaba internado, nos daban todas las comidas, las cosas, lo único que aportaba era «el familiar». Mi papá trabajaba y tenía una asignación familiar por los dos hijos y eso lo aportaba al seminario.

Yo entré ahí como a los doce años, estuve cuatro años con los curas. El seminario era de los Asuncionistas, venían de Francia, estaba ubicado en Rengo, en una parte rural que se llama Mendoza. De mis compañeros, creo que uno fue cura. En el internado, de vez en cuando nos llevaban al cine en Rengo, pero tarde, mal y nunca. Terminé mis estudios en el Valentín Letelier y después entré a trabajar en el Banco del Estado, en Cabrero, un pueblo chico. Después me vine a trabajar a Santiago, en calle Bandera, y después me cambié a Talca.

Mi cercanía con el campo y con Lora en especial, es que de niño todo el verano lo pasábamos allá. Salíamos del colegio y nos echaban a un tren. Después, en marzo, cuando empezaban las clases, nos venían a dejar de vuelta a Santiago. En la casa de mi abuelo, en su taller, se armaba una carreta completa, soldaban y todo eso. Nosotros andábamos ahí metidos. Yo me acuerdo de la echona, que es un fierro que lo calentaban, lo afilaban y lo dejaban como un cuchillo y después le iban haciendo diente por diente. Son las que se usan para cegar el trigo. También hacían yugos. Yo no me metí nunca a hacer artesanía en madera o esas cosas.

Trabajé cerca de diez años en el Banco del Estado y después estudié en un instituto la carrera de Administración Agrícola. El medio donde yo estaba, donde vivía, los abuelos, era la agricultura y me gusta, me gusta el campo. Siempre he estado ligado a la agricultura. Mi abuela sembraba, tenía un pedazo de tierra. Cuando tocaba cosechar las papas era una fiesta; mientras uno se agachaba y recogía, el otro le pegaba con las papas. Toda la familia en Lora vive en función de la agricultura.

Con esos estudios pude ingresar a trabajar a PRODESAL. Ese era un programa del INDAP y lo financia el Estado, el Ministerio de Agricultura, donde uno da asesoría técnica; trabajamos en la comuna de Licantén. Entonces primero invitábamos a los pequeños agricultores —no a los dueños de fundo— que quisieran tener asesoría, hacer proyectos, ver los cultivos, la crianza de los animales, todo eso. Era un agrónomo y un técnico. Yo era el técnico. Y organizábamos a la gente, los visitábamos en los predios que tenían, algún problema de enfermedades... y gestionar más que nada. Era mejorar la semilla, desinfectarla, dónde conseguirla. Como en Licantén no había donde abastecerse de insumos agrícolas, había que recurrir a Talca o a las partes grandes y eso nos permitía trasladar semillas, abono, todas las cosas, en mi camioneta. Mi mentalidad era sacar adelante el programa y que la gente aprendiera, y si podía ayudar, ayudaba. Era bonito ese trabajo, mejor que el banco. Trabajé muchos años ahí, desde que salí del banco hasta que me enfermé.

Ese trabajo fue para mí muy bonito, porque yo di todo lo que podía. Ayudarlos en todo lo posible para que fueran surgiendo, para que mejoraran. Pude llegar a todas las casas allá. Generalmente a los que tenían higueras, las brevas... Yo sabía hartito. Me gusta mucho la fruta.

Llegué a los Amigos de Siempre porque Magaly [su esposa] conocía a la Margarita y ahí nos invitaron. Igual conocíamos a algunos de los integrantes desde antes, a la Blanca Herrera y a Eliecer, porque nosotros fabricamos mermeladas.

Encontrar a los Amigos de Siempre ha sido una experiencia impensada para uno, de tener un grupo de amigos, que siempre uno puede contar con ellos. A medida que pasan los años, parece que es un sostén para todo. Pero también ya tenemos algunas dificultades para llegar a las reuniones. Yo ya no puedo manejar, lo que más siento es eso. Son las limitaciones propias de la edad.

Con los Amigos tenemos las mismas raíces en el mundo campesino, por eso pienso que la Margarita nos invitó. Con ellos compartimos que siempre, a pesar de vivir lejos, uno está pendiente de los demás. Si uno tiene un problema y los otros lo pueden ayudar... No dudamos de eso, de que alguien que no es familiar de uno, esté

preocupado, dispuesto a tenderle una mano, trasladarlo, cualquier cosa... El problema es la salud nomás. Lo que más me gusta es estar juntos.

Finalmente, creo que durante toda mi vida y siempre que tuve la capacidad, siempre quise ayudar a los demás, siempre anduve buscando las cuatro patas al gato. Cuando iba a las casas, las parcelas, veía qué podía mejorar, cuál era la posibilidad que yo tenía para ayudar y mejorar la situación. No todo se puede, pero ese siempre fue mi norte: ayudar a los demás.

BLANCA ROSA HERRERA GALLARDO

REFLEJO DE MI VIDA JUNTO A DIOS



© Vanessa Tessada S.

Nací y me críe en los campos Ahumada, en el Valle de Aconcagua, con mis abuelos maternos. Mi abuelo sembraba chícharos, lentejas, papas, maíz y trigo en abundancia. Se hacían trillas. Era a yegua suelta, se molía trigo. Se hacían asados y había mucho trago. También se hacía carbón en un horno de barro. Yo era muy feliz allí, en medio de una quinta de frutas y una huerta de verduras frescas y muchas flores. Mi abuela sacaba miel, tenía ovejas y cabras, sacaba leche y hacía quesos, esquilaba las ovejas y la lana la teñía con hojas de árbol. Después la hilaba y tejía frazadas y chalecos.

Mi abuelito me dormía en sus brazos y leía la Biblia todas las noches. Allí conocí a Dios, en medio de la naturaleza, la nieve y el agua por los regueros. A los ocho años apareció mi madre a buscarme para llevarme a educarme. Fue un cambio muy triste para mí. Fui a la escuela en Los Andes.

* (Escrito realizado en San Valentín de las Rastras, 2023)

A los diecisiete años me enfermé de apendicitis. Me operaron en el hospital y así conocí a una religiosa teresiana que estaba hospitalizada. Después ellas hablaron con mi madre para llevarme a estudiar a Santiago. Yo poco estudié en Los Andes, era la mayor de nueve hermanos. Me fui con las religiosas. Allí estudiaba y trabajaba de portera en el convento. Fue muy bueno para mí. Tenía capilla donde orar y un patio con una gran gruta. Salía los domingos, iba al cine. A los años en Santiago, me trasladaron a Valparaíso las mismas teresianas. Allí fue mejor para mí. Veía entrar y salir los barcos del muelle, con sus sirenas tocar. En el año 64, las mismas religiosas teresianas me fueron a dejar a la central Lo Vásquez del Instituto de Educación Rural. «Para que cambiara de ambiente», me dijeron. Fue un cambio, de primera, muy brusco para mí, pero apechugué, me hice cargo del botiquín y cuidaba a las chicas que se enfermaban. Además, éramos sesenta y cinco mujeres desde Arica a Punta Arenas y dos niñas de Rapa Nui. Mucha diversidad de opinión, carisma, habilidades y sentimientos. Me acostumbré luego, compartía con todas. Participé en *sketch* y teatro un par de veces en Casablanca. Fue muy bueno descubrir mis habilidades. Allí conocí al gran amor de mi vida.⁴³ Entraban y salían muchos chicos que trabajaban como promotores del IER. Comían y se alojaban de paso y se iban. Además, teníamos tiempo recreativo con otra central, la de Longotoma. Ellos eran solo varones. Compartíamos, bailábamos, lo pasamos bien.

Terminó el año y allí estaba mi amor, esperándome. Nos fuimos a Los Andes y conoció a mi mamá y hermano.

Al año siguiente nos casamos y tuvimos cinco hijos. Vivimos en varias partes, siempre en contacto con la naturaleza y trabajando la tierra: plantamos pepinos de fruta, hortaliza y muchas flores. Yo vendía, hacía catecismo a los niños del lugar, etc., en Los Gómeros. Seguí trabajando la tierra, me hice cargo del botiquín del sector. Ahí curaba y colocaba inyecciones, porque cuando viví en el norte hice un curso en una clínica y después trabajé en ella. Allí conocí a mi amiga Celia (QEPD). Compartí mucho con ella, salíamos, fue muy bueno.

En Los Gómeros hacía un curso de costura de peluches y de cocina popular. Enseñé a preparar, con las mismas verduras, diferentes

43 Se trata de Eliecer Rebolledo, también parte de la Corporación Amigos de Siempre.

platos, el cochayuyo a hacer diferentes platos. En Los Gómeros nacieron dos luceritos.

En San Valentín, donde vivimos actualmente, enseñé conservería casera y trabajamos en invernadero: berros hidropónicos y lechuga. Aquí nacieron dos luceritos y una estrellita. Ahora trabajamos en conservería casera, rosa mosqueta y *physalis* y pastas de verduras: una pequeña empresa.

A lo largo de los años trabajé en PRODEMU, formando y capacitando en conservería casera y secado de frutas. En el año 74 trabajé en SERPAJ, Servicio Paz y Justicia, siempre como monitora. Trabajé en los campamentos ayudando en lo que es repostería, salados y dulces, también ayudando a cultivar sus propias verduras en cajones en altura. Tuve buenos resultados.

Siempre me he desarrollado trabajando en el campo. Primero en el campo de Los Gómeros de Pelarco y ahora en San Valentín, Talca. Creo que el mundo campesino ha cambiado muchísimo del año 1950 al 1970. En la Reforma Agraria, el campesino ignoraba muchas cosas. Con la alfabetización el campesino descubrió que él tenía valores y aprendió a ponerle valor a su trabajo, valorizó sus animales y aves, a quererlos y a cuidarlos.

En mi familia ha influido mucho el vivir en el campo. La alimentación ha sido saludable, orgánica. Mis cinco hijos son todos profesionales. Vivimos solos hace veinte años, pero todo bien, gracias a Dios.

ELIECER REBOLLEDO AYALA
CAMPESINOS DE CHILE, AMIGOS DE VERDAD



© Vanessa Tessada S.

Mi origen es campesino, de la cordillera de Vilches. De niño viví mucha pobreza. Estudié muy poco, hasta sexto de preparatoria. Tuve que trabajar fuera de casa cuando tenía trece años, fue una vida muy sacrificada. Yo, Eliecer, fui el mayor de ocho hermanos, por lo tanto, me tocaba la parte más pesada: traer agua del pozo, buscar leña, a veces buscar comida entre los familiares más cercanos.

Mis padres fueron campesinos. Mi madre solo de la casa; mi padre participaba en la adoración nocturna, en vigilia toda la noche, en el club deportivo, una cooperativa campesina, en la Democracia Cristiana y en la Iglesia católica.

* (Escrito realizado en San Valentín de las Rastras, 2023)

¿Cómo llegué al Instituto de Educación Rural?

Un sacerdote de nombre Efraín Gaete me incentivó a que fuera a un curso del IER, que me podía servir ya que enseñaban todo lo relacionado con los trabajos del campo. Enseñaban labores agrícolas como podas, hortalizas. Llegué a la central de Malloco. Después del curso me contrataron como delegado, que después se llamaron promotores. Y comencé a ser parte del IER en el año 1962. El año del Mundial de Fútbol. Conocí a mucha gente, sería largo de enumerarlos. Solo destaco algunos profesores: J. Luis Rosel, Rogelio Correa, promotor jefe Gastón Vásquez y todos los amigos que nos juntamos actualmente. Fue mi sacerdote consejero el padre Federico Hegarty.

Respecto a las parejas, tuve algunas, pero me quedé con una con la cual me casé y sigo con ella hasta el fin.⁴⁴

Los lugares donde trabajé fueron muchos, en Aconcagua, Santa María, Los Molles, Llay-Llay, Rabuco y Pachacama. Estuve en la provincia de O'Higgins, en varios lugares, como en Naranjal. En todos estos lugares el fuerte era promover a la gente para organizarse: cooperativas, sindicatos, centros de madres, clubes deportivos.

Una de las anécdotas especiales que viví fue en los fundos de don Jorge Catán. Ahí los inquilinos no tenían sueldo, solo casa donde vivir y el vestuario. Este señor se iba al regimiento y compraba todos los uniformes que daban de baja y se los daba a sus inquilinos, así que algunos andaban de sargento, cabo, coronel, general, etc. (a este señor lo expulsaron del país).

Sobre la Iglesia

En esos años el campesinado no estaba muy de acuerdo con la Iglesia, porque contaban que los patrones los hacían confesarse y los curas le contaban todos esos pecados al patrón. La Iglesia veía al mundo campesino como atrasado, ya que, en esos años, el 90% era analfabeto. Por lo tanto, una manera de ayudar al campesino era a través del IER, cuyo impulsor fue el sacerdote don Rafael Larraín, porque a través del IER el campesinado pudo valorarse como persona y exigir justicia.

44 Habla de Blanca Herrera.

El principal aporte de la educación que nos dio el IER fue enseñarnos a valorarnos como personas, que el trabajo del campo era tan digno como cualquier otro trabajo. Creo que ahora no están las condiciones para que el IER volviera a hacer ese mismo tipo de educación, porque los delegados vivían con los campesinos, un día en una casa, otro día en otra. Hoy eso no se daría.

Estuve dos años como delegado del IER. El IER anteriormente formó una agrupación que se llamó ANOC (Asociación Nacional de Organizaciones Campesinas), pero el IER no pudo manejar esta agrupación, por lo tanto, en los años del gobierno de Frei Montalva formó otra agrupación que se llamó MCI. Yo, cuando se formó el MCI, me retiré del IER y pasé a formar parte del Movimiento Campesino Independiente.

En esta organización trabajamos casi solo en sindicatos, enseñando cómo hacer pliegos de peticiones, asesorando en la Inspección del Trabajo, etc.

Después del MCI, en 1968, empecé a trabajar en el asentamiento Los Gómeros (Pélarco) y en 1970 me trasladé a San Valentín (Talca), donde todavía estoy. De Los Gómeros me tuve que venir porque yo era dirigente en la Federación de Asentamientos y los compañeros querían que trabajara junto a ellos y decían que yo no aportaba en el asentamiento. Por lo tanto, no me quedó otra opción que cambiarme de asentamiento. En todo el tiempo que me ha tocado vivir, he participado de la religión católica. Y todo lo que aprendí en el IER me sirvió mucho para el trabajo de dirigente.

Estando en la Federación de Asentamientos me tocó la organización de la cooperativa MULTIRRECOOP. Fue un arduo trabajo porque tuvimos que reunirnos uno por uno hasta que logramos constituir dicha cooperativa. Todo este proceso estuvo ligado a la Reforma Agraria.

Militancia política

Nunca pertenecí a ningún partido político. Cuando empezó el gobierno de la UP (Unidad Popular), con Allende, los militares nos sacaron de la cooperativa y pusieron a otros. Mis amigos me contaron que también estaba en la lista para ser arrestado, pero no lo hicieron.

En la dictadura solo estuvimos en casa, no participamos en ninguna organización más, salvo que íbamos a misa.

La historia de la Corporación Amigos de Siempre es muy larga. Nosotros, entre algunas familias, nos juntábamos y poníamos de acuerdo para hacer paseos. Esto duró varios años. El principal objetivo era salir a pasear juntos, al principio lo hicimos en el camión de la MULTIRRECOOP. Tenía más o menos cincuenta y cinco años. En esos años me dedicaba a la apicultura y, en la parcela, a cultivar hortalizas.

Las ventajas de reunirnos con los amigos en este grupo es contar-nos las cosas buenas y las malas, hacer paseos, ayudar al amigo cuando tiene problemas, ir en ayuda de alguien que lo necesite, cuando fallece alguno o familiar, ir a hacerle compañía. El problema más importante ha sido, para mí, la parte legal, siempre ha sido difícil.

La actividad que más me ha marcado de la corporación es cuando nuestro hijo Roberto tuvo el accidente. La corporación se organizó para hacer una rifa, vender los números, conseguir los premios. Y, al final, hacer un evento para finalizar y nos dio un buen resultado.

Lo único que le critico al IER es que cuando una pareja empezaba a pololear, los jefes los dividían mandándolos uno para el sur y el otro para el norte. Le encantaba tener solo solteros y solteras. A muchas personas se les pasó el tiempo y se quedaron solas, especialmente las mujeres.

Con respecto al legado que creo que yo dejo, fue haber podido enseñar todo lo que aprendí: a formar sindicatos, a formar cooperativas, juntas de vecinos, etc.

Esto es parte de lo que he hecho en mi vida después de salir del IER.

Postdata
Himno del Campesino

De pie, campesinos
El alba ya llegó
De pie, mis amigos
El sol nos alumbró
La tierra esperando está
El grano que sonreirá
En dorado mar de luz
El roble en la montaña está
Subiéndose a la inmensidad
Ansiando su cielo azul.

Esperamos
Nuevas vidas
Anhelamos plenitud
Sembraremos
Alegría, paz y luz.

HILDA RODRÍGUEZ Y JUAN RAMÍREZ

HISTORIAS DE AYER Y HOY UNIDAS POR SIEMPRE



© Vanessa Tessada S.

Nuestros orígenes son de raíces campesinas. Digo «nuestros» porque son dos experiencias íntimamente unidas desde hace ya cincuenta y nueve años de matrimonio.

Pido disculpas por omitir nuestra presentación. Quienes narran estas emociones tienen nombres y apellidos: Juan Ramírez Rojas, ochenta y un años, e Hilda Rodríguez Armijo, de la misma edad.

Nos conocimos a los catorce años en el fundo Caperana, ubicado en la comuna de Isla de Maipo, región Metropolitana. Ella, hija del chofer del fundo, y yo trabajador del criadero de aves del fundo en cuestión. Allí nuestras vidas se unieron en un solo camino, hasta hoy.

Durante el año 1956 llegó a mi casa un joven que dijo ser delegado del Instituto de Educación Rural (IER). Se trataba de que, al

* (Escrito realizado en Curicó, 2023)

A la memoria de nuestro inolvidable amigo Manuel Olate Urra

pasar un poco de tiempo de conocerlo, se transformó en mi primer gran amigo, su nombre: Primitivo Retamales. Me entusiasmó su mirada y la visión que tenía sobre la juventud campesina. Conversamos de varios aspectos, especialmente los referidos a la educación y capacitación de jóvenes campesinos, a través de centrales, en aquel tiempo las de Malloco y Santa Ana. Esta última recibía a muchachas provenientes de diversos y a veces lejanos lugares de origen.

Me incorporé al segundo curso de capacitación, durante cuatro meses, en la central de Malloco, región Metropolitana. ¡Cuatro meses para recordar toda la vida! Jóvenes al inicio tímidos y vacilantes y, al término del curso, comprometidos para llevar a nuestras comunidades todos los conocimientos adquiridos en ese tiempo.

De este modo se creó el centro campesino del fundo. Recuerdo con especial cariño una conversación que tuve con la señorita Gilda Canepa, hija del dueño del fundo, en la cual surgió un desafío: si yo lograba preparar una buena fiesta para el 18 de Septiembre, ella se comprometía a construirnos una sede social. Junto al grupo de jóvenes del centro campesino, más el apoyo de los integrantes de la colonia italiana del mismo fundo, lo organizamos. Objetivo logrado y hasta hoy se cuenta con una sala de primer nivel con capacidad para cien personas.

El tiempo pasó rápido y al cumplir mis diecisiete años, el IER me invita para un curso de delegados. Y así me vi participando en una labor similar a la que me había descrito mi amigo Primitivo, que aún hoy lo recuerdo, aunque han pasado no menos de quince años de su partida a los brazos del Señor.

Regreso a mi relato, al año 1961, mes de julio. En esa fecha inolvidable, mi gran amor se unió también a la familia del IER. Hildita participó en un curso de la central de Santa Ana junto a muchísimas hermosas jóvenes (como ella). Y aquí quiero destacar algo sorprendente. Hoy —año 2023— mantiene una amistad a toda prueba con amigas de ese tiempo a través del grupo Amigos de Siempre. Más adelante me referiré a este magnífico grupo de amigos verdaderos.

Previo a este curso, Hildita trabajaba como auxiliar de enfermería en el fundo. Allí tomó contacto con la delegada del IER Hortensia Silva, quien le mostró el camino de superación que se vislumbraba. En un segundo curso, ya como delegada, su primera zona fue en

fundos cercanos a la ciudad de Rancagua. Junto a Carmen Vivanco fue trasladada a la comuna de Pichidegua. Entre estos fundos recuerda a Larmahue, donde su labor era unir a las mujeres campesinas y traspasar los conocimientos adquiridos tales como tejidos, conservas, higiene de alimentos y personal, y horticultura, para ir en ayuda de la economía familiar.

Fundamental fue su papel en el proceso de la Reforma Agraria junto a su compañero Jorge Monroy en el fundo Patagua Cerro, comuna de Pichidegua. Su principal objetivo fue preparar al campesinado en todos sus aspectos para que fuese, en un futuro próximo, dueño de su tierra, asesorados por un ingeniero agrónomo, quien impartía las orientaciones necesarias que debían desarrollar. Este equipo marcó una época muy significativa, ya que el fundo en cuestión fue de los primeros de la Iglesia católica en ser repartido al campesinado. Luego vinieron Alto Las Cruces, San Dionisio, Los Silos de Pirque.

Finalizada esta magnífica labor, se retiró a fines de 1963 para lo que sería el plan más importante de su vida, también para mí: prepararse para una nueva etapa como dueña de casa y de mi corazón. Esta hermosa gestión sucedió un 26 de septiembre de 1964, fecha en que formamos nuestro hogar y nuestro destino.

Hoy, ella agradece a Dios su paso por el IER, que fue su fuente de conocimientos de hogar y, lo más importante, su rol de esposa, madre y compañera de vida, a quien le debo mi mayor orgullo y admiración eterna.

Al pasar los años, nuestros hijos Pilar y Juan Antonio cumplían con su misión de estudiantes. Hablamos a los doce años, cuando se produjo un acontecimiento que nos marcaría de por vida... hasta hoy.

Nuestros amigos, exdelegados del IER, estaban dispersos a través de todo el país. Por supuesto, igual situación acontecía en nuestra séptima región. La mayoría, consecuente con sus raíces, seguían ligados al campo, ya no como inquilinos, sino como dueños de su destino y de su tierra... ¡Parceleros!

Nos referimos, entre otros, a Manuel Olate, Ventura Ávila, Eliecer Rebolledo, Luis Pinilla, Guido Avilés y muchos otros. De los aquí nombrados, ya partieron más allá de las estrellas, donde no existen leyes absurdas ni discursos falsos, solo el descanso y el premio que

los pobres y los de corazón generosos. A ellos, nuestro recuerdo y agradecimiento por su amistad, por siempre.

Estos amigos se reencontraron en la provincia de Talca y la amistad de tantos años los llevó a veranear juntos una vez terminadas sus cosechas, sin más lujos que una carpa gigantesca en donde, alrededor de una fogata y una corrida de mate, fueron transmitiendo sus historias a sus hijos que creían y veían en ellos un grupo de «loquitos lindos» unidos todos en un solo lema: cariño sin límites entre sus familias, solidarios hasta lo increíble.

Fue así como se enteraron de que nosotros pasábamos por momentos complicados económicamente: no disponíamos de los recursos para que nuestros hijos fuesen a otro lugar que el hogar de sus abuelos durante las vacaciones.

¡Cómo no recordar cuando vimos aparecer en nuestra casa al mismísimo Manuel Olate! Con su sonrisa y su forma tan particular, tan fresca y plena, que solo se encuentra en las personas de gran corazón y se merecen una gratitud por siempre. «Me llevo sus cabros a la playa» y punto. Ese fue su saludo y así fue durante algunos años. Toñito y Pilar compartieron risas y alegrías junto a los hijos de ellos, creando una generación que, aunque ya no se reúnen, los une un cariño muy grande y un enorme orgullo por sus «viejos».

Hoy ese grupo de amigos formamos una corporación y una casa de campo, acogedora para quienes la requieran. Hogar de algunos en situaciones transitorias, una casa donde nos reunimos una vez al mes, una casa, su casa... Nuestra casa.

Esta casa es el lugar donde se unen experiencias, historias increíbles y confesiones del diario vivir. Junto a mi Hildita, «mi Cari», tenemos la imperiosa necesidad de estar junto a este grupo de amigos verdaderos, todos preocupados de todos.

En este relato se quedaron esperando muchísimas acciones por contar, trabajos importantes con líderes sindicales, acciones de muchas cooperativas campesinas, mujeres que encontraron su misión junto a sus pares. Todo esto servirá para otro relato, si Dios lo quiere.

Queremos enviar un abrazo fraterno a todos los exinstitutos dispersos en nuestra patria, que aún hoy estamos segurísimos de que hicimos y pusimos lo mejor de nosotros para nuestra clase campesina.

¡Gracias por esta oportunidad! De todo corazón, ¡gracias! Con cariño y amor para todos.

JAIME «PALENQUE» FIGUEROA Y GABRIELA CÁCERES

QUÉ TIEMPOS AQUELLOS



© Vanessa Tessada S.

Algunas reflexiones sobre haber nacido en el campo, con relación al Instituto de Educación Rural y a la Corporación Amigos de Siempre.

Origen

Yo nací al norte de la reducción indígena de Trapa-Trapa. Gente muy humilde, sencilla, que vivía de la agricultura simple; la crianza de algunos vacunos, caballares, ovejas, chivos y chanchos, y la recolección de piñones, castañas, maqui, avellanas, coiles, digüeñes, gargales, nalcas, peumos y changles.

Lo más importante era la cocina, con el fogón armado con un zuncho de carreta y piedras grandes, donde se quemaban palos de

* (Escrito realizado en Talca, 2023)

leña nativa de roble, coihues, arrayanes, mañíos y canelos. En él colgaban olletas de fierro para cocinar las cazuelas, las tetas de chanco, los chicharrones, las sopaipillas y las empanadas fritas, entre otras.

Además, en esa cocina se guardaban sacos de avellana, las papas, el trigo y el maíz. También se ahumaban las longanizas, los pernils y el cuero de chanco, entre otros. Allí también se preparaba y tostaba el trigo para la harina tostada y el café de trigo, alimentos que, junto a los catutos, nos dieron una vida fuerte y sana, totalmente diferentes a todo lo que consumimos y nos daña actualmente.

Gracias a mi abuelo Adrián, que a sus seis hijos les dejó su herencia, pudimos salir a flote y ser lo que somos, ya que mi padre siempre fue un déspota con mi madre. Se alejaba por una semana a fiestar y nosotros cuatro hermanos chicos con muy poco para comer y vestir, generalmente a pies pelados, con ojotas de cuero de chivo o de caballo.

Mi padre tenía mucha habilidad para buscar y formar cambullones y en esos tiempos, más o menos 1965, cuando estaban de candidatos a presidente Alessandri, Frei padre y Allende, él ofrecía un espacio lindo con árboles, sombra, agua, para que estos políticos, que son los mismos de siempre, fueran a hacer los malones los días domingo antes de las elecciones, con discursos, asados, empanadas y vino tinto e incluso pagaban por el voto.

No puedo ser mal agradecido y que, siendo muy pequeño, gracias a mi guitarra y canto, un político de esos tiempos, teniendo sexto básico en mi escuelita de cursos combinados de ese sector, me preguntó si quería seguir estudiando. Me ofreció todo lo que no tenía y le acepté. Gracias a Dios y esos momentos, soy lo que soy ahora.

Siempre la familia fue religiosa, creyente en Dios y santos, sin haber en el sector iglesias.

Esos tiempos eran solo de Riquelmes y Pobletes, trabajadores en el fundo; sus predios y crianza de animalitos para la subsistencia, gente noble, cariñosa, amable, puertas abiertas para un harinado, un mate, un pebre o una tortilla caliente; pura ayuda, solidaridad y disposición para colaborar con el otro. Por eso ahora me siento mal, me siento raro en este país de mierda que estamos viviendo, perdón, porque no sé si puedo salir a la calle y no voy a volver a ver a mis hijos, mi mujer, mis vecinos...

Entre dimes y diretes, las cosas han ido cambiando, ojalá que sea de acuerdo con el trabajo y esfuerzo de cada chileno, con el apoyo de leyes que favorezcan el bien común y no quitándoles a unos para darle a otros, con la igualdad y respeto que corresponda.

Qué experiencia con el IER (Instituto de Educación Rural)

Como familia, somos cuatro hermanos y mi hermano Jacinto el tercero, también se le ofreció la oportunidad de estudiar en el IER cuando estábamos en la cordillera, egresado de la escuelita multigrado donde los maestros enseñaban las materias que correspondía junto a los valores de respeto, solidaridad, participación, cariño y otros.

Mi hermano participó en dos oportunidades. Solo me acuerdo de que una fue a Malloco, cerca de Santiago, donde aprendió algo de gestión, administración, valores, mecánica, soldaduras y hasta hoy, con setenta y cinco años, le ha permitido mantener a su familia y educar a sus hijos. Excelente aporte del instituto. No recuerdo si estaba ligado a la Iglesia, el gobierno o las intenciones políticas, pero oficialmente fue un apoyo real para sacar a los campesinos de esa mediocridad en que vivían y que el Estado como siempre ha prometido y lo que tiene que hacer queda ahí, como puras ilusiones...

Participación en Corporación Amigos de Siempre

Es bueno guardar unos granos para tiempos venideros y que ojalá el grupo se centre en mejorar las condiciones para el grupo de amigos lindos que son ustedes, como apoyarse y valorar al otro ahora que estamos vivos, la cosa es en vida. Ya hicieron un aporte en conocimiento, trabajo y creatividad, cada uno de ustedes, por mejorar las condiciones de vida de otros, pero no es su función final, el país es el responsable final, que su gente cuente con los medios y para que todos seamos felices en condiciones, trato, trabajo, cariño, paz y otros.

Agradecer a Dios, con mi Gabrielita, por habernos permitido conocer y llegar al grupo Amigos de Siempre, donde hemos encontrado cariño, aceptación, respeto, solidaridad, tolerancia, ayuda, colaboración y disposición, esperando con mi Gabrielita que, por

lo menos, nos pongan en la lista de aspirantes para ser «amigos de ustedes» y que mi Dios los bendiga y acompañe por siempre.

Los queremos y valoramos mucho.

PD. Un poeta cercano dijo: «el hombre solo no es nada y que, apoyado en sus hermanos, vence al tiempo y la distancia».

Gracias.

MARÍA BASCUR MELO
EL DESPERTAR DE MI VIDA CAMPESINA



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es María Bascur Melo. Nací en Antuco el año 1937. Provengo de una familia campesina, de pequeños propietarios. Lo que más sembrábamos era trigo y chacarería, de todo un poco. Crecí en una familia de nueve hermanos. Mis padres eran muy unidos, muy católicos, especialmente mi mamá. Con ella yo me inicié en la vida cristiana. Me emociona un poco recordar... Entonces nos reuníamos todas las noches, todos a la orilla de un fogón, a rezar principalmente, antes de irnos a acostar.

Mis papás no tuvieron mucha educación formal. Mi papá solo sabía firmar y trabajaba en carpintería. Mi mamá siempre fue dueña de casa, pero hacía muchas manualidades. Ella nos enseñó a usar la máquina de coser y a bordar.

Yo estudié los primeros años de primaria en una escuelita rural en

* (Entrevista realizada en San Valentín de las Rastras, 2023)

Mitrinhue,⁴⁵ pero quedaba retirado de la casa, por lo que mi mamá decidió que nos fuéramos a estudiar a Concepción, donde tenía una hermana.

En Concepción terminé la primaria y solo volvía al campo para el verano. Después ingresé al IER e hice hasta el tercero de humanidades. Llegué al Instituto de Educación Rural en 1960 a través de un párroco de Antuco, el padre Fuenzalida. Él conversó primero con mi mamá y después llegaron a la casa unos delegados, entre ellos, Nubia Maldonado. Mi mamá dijo altiro que sí y ella convenció a mi papá. Primero fuimos a una jornada de capacitación en Chillán y de ahí nos invitaron a especializarnos en Santa Ana.

La verdad es que no sé por qué me eligieron, pero fui con mi hermano. Él estuvo en Malloco y yo en Santa Ana. Mi experiencia ahí fue muy bonita. Luego me eligieron de delegada. Me pregunté si sería capaz cuando me eligieron...

Me mandaron primero a la zona de Chillán y a Los Ángeles. Ese año, en la zona de Mulchén, trabajé junto a mi hermano. En esa zona eran todos pequeños propietarios. Ahí se hacían primero los centros campesinos. Nos dábamos cuenta de que la gente del campo tenía muchas ganas de organizarse. Ahí por el año 64 o 65 me empecé a hacer cargo de un grupo de delegados y nos fuimos a la zona de Lautaro.

Trabajé por la zona de Curacautín y conocí a mi marido, Carlos Troncoso, porque fuimos compañeros. A él lo trasladaron a Ancud y ahí nos casamos y yo me fui a vivir con él al sur.

En los setenta postulamos a un asentamiento, El Porvenir, en Talca. Yo ya estaba afuera del Instituto de Educación Rural y mi marido, que se había cambiado a la Acción Católica Rural, también renunció para dedicarse al trabajo de la tierra, que era lo que a él le gustaba. Ya viviendo en el asentamiento comenzó a trabajar en la MULTIRRECOOP. Después del Golpe, el año 75, nos entregaron parcela en El Porvenir y nos dedicamos al trabajo de la tierra.

Carlos y yo formamos parte de las primeras parejas de exinstitutos que comenzamos a reunirnos para salir a la playa, donde surgió la idea de reunirnos más seguido y formarnos como grupo. Así

45 Ubicada en la Región de Biobío.

nacieron los Amigos de Siempre. Lo que más me gusta de compartir con el grupo es el contacto personal, estar con cada uno, ponernos a recordar. De hecho, quedamos todavía cuatro que nos conocimos en Santa Ana: la Silvia, Judith, Hilda y yo.

JULIA AGUILERA AGUILERA
ABRÍ LOS OJOS PARA VALORAR LA VIDA CAMPESINA



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Julia del Carmen Aguilera Aguilera. Soy de la zona de Coihueco, en Ñuble. Todo ese sector era campo, había hartos fundos alrededor, pero mis abuelos eran pequeños propietarios y mi papá vivía en la propiedad de mi abuelo. Somos ocho hermanos. Luego mi madre murió y mi papá volvió a casarse y tuve seis hermanos más.

Todos vivíamos juntos y estudiamos en la escuela que había en el campo. Esa escuela llegaba hasta cuarto año de primaria nomás. Aunque yo estudié como siete u ocho años porque nos repetíamos los cursos acompañando a los hermanos. Nunca tuvimos la oportunidad de prepararnos más porque no había posibilidad de viajar o irse a Chillán. Luego estudié por correo, en la Escuela Latinoameri-

* (Entrevista realizada en Altos Las Cruces, 2023)

cana. Hice un curso de corte y confección.

En mi casa, mi papá sabía leer y escribir y sabía sacar cuentas, le había enseñado su padre que pertenecía a la Orden de San Francisco y tenía autorización para bautizar, había sido profesor y educaba a la gente. En mi casa producíamos para vivir nomás, porque mi papá tenía un pequeño almacencito y lo demás se producía en la parcela de mi abuelo.

La verdad es que a mí no me gustaba mucho la vida de campo, era muy sacrificado. Pero tampoco quería irme a la ciudad a trabajar de «nana». Siempre confiamos en que alguna cosa buena iba a pasar. Ahí empezamos a hacer catecismo, después misiones en un fundo vecino. Después dije yo «¿por qué no formamos un grupo y hacemos catecismo?». Nosotros ya conocíamos la Acción Católica Rural porque nos habían invitado a una jornada y empezamos a participar de la JAC (Juventud de Acción Católica). Mi hermana participó de una jornada en El Quisco y después hicieron una en Chillán y ahí fui yo y ahí conocí. Yo tenía unos dieciocho años y empezamos a realizar actividades, incluso logramos que se construyera una capilla para hacer nuestras reuniones, veladas y rifas.

Después de esto se hizo el primer curso del Instituto de Educación Rural, una capacitación en Santiago, y fui. Me interesaba aprender a colocar inyecciones, porque en el campo no había. Y mi papá me dijo «ya, si vas a aprender eso, te doy permiso». Fuimos un grupo de diez o más, con un curita que era de Chillán, don Jorge Navarrete. Ese curso lo hicimos por un mes y aun no existía la Central de Capacitación Femenina, la estaban haciendo. Y nosotros hicimos los primeros días en Santiago en la Casa de Ejercicio San José. Ahí teníamos las clases hasta que nos fuimos a trabajar a Santa Ana: derechito a trabajar, a inaugurarla, limpiar —todo—, cuidar conejos, gallinas, para aprender.

Cuando tenía veintiún años me fui a trabajar de delegada. Me comprometí y justamente me enviaron a la zona de Coihueco. En ese tiempo aún era Acción Católica Rural. A principios de ese año se hacía un curso de capacitación para todos los delegados que trabajábamos a lo largo de Chile, de Santiago al sur. Ahí nos juntábamos en Santa Ana y los chiquillos en Malloco. Íbamos una semana a El Quisco como veraneo y ahí don Rafael nos dio a conocer la nue-

va orientación que iba a tener la organización como Instituto de Educación Rural. El IER estaría dedicado a los problemas sociales, al campo, a organizar centros campesinos con la gente adulta y no solo con la juventud.

En esta primera época me eligieron como vicepresidenta del instituto y me fui a trabajar a Santiago y me sentía como un pájaro raro, porque habíamos hecho una organización bien hechita en Chillán, teníamos clarito lo que estábamos haciendo. Luego de cerca de dos años en ese cargo me volví a Chillán.

También recibimos a personas extranjeras que querían conocer el Instituto de Educación Rural. Vinieron españolas y los norteamericanos, por ahí por el año 61. Venían a hacer el curso, eran invitadas por Chile. También vinieron grupos de peruanos y peruanas, eran visitadoras sociales y andaban con un párroco. Ellos pidieron ayuda porque querían crear un colegio allá. Al final yo me fui con ellos durante dos años para crear una escuela para niñas, allá en La Sierra. Era una escuela que enseñaba cosas prácticas. Allá era una parroquia semirrural, un pueblo chiquitito. Esa experiencia me gustó, fue bonita, tuvimos muy buena acogida entre la gente y la gente quedó contenta. El trabajo que nosotras realizamos estaba relacionado sobre todo con la forma de organizar. Nosotras empezamos a ir a los fundos, presentar el trabajo que hacíamos, pedíamos autorización para juntarnos con la gente. Yo creo que nos mandaron a nosotras porque era un colegio femenino. Nosotras trabajamos mucho en el instituto. Yo hacía clases de moda, educación para el hogar, apicultura. Nosotras pedíamos ayuda, integrábamos al médico, a la enfermera, a la matrona del lugar, y así buscamos gente que colaborara con el colegio. El año 61 me vine. Para mí fue una buena experiencia, me dio otra visión del mundo. Chile tampoco lo conozco tanto y conocer otro país, es como que le sacaran una cortina a uno. Y las costumbres y la gente, las diferencias, todo.



En La Sierra (Perú), en la central de capacitación.
Fotografías gentileza de Julia Aguilera Aguilera

En el año 62-63 yo era la jefa del equipo de la zona de Chillán. Ahí viví en la central y estaba a cargo del grupo de delegados. Cuando ellos llegaban, conversábamos con ellos y si había que salir, también lo hacíamos. Estuve en el IER hasta que me casé en el año 1964. Ahí seguimos ligados al instituto porque Agenor⁴⁶ se hizo cargo de la parcela de Hospital, de la parte agrícola. Yo tenía un

46 Su esposo.

compromiso más religioso y formábamos en catecismo, juntábamos a los niños de la colonia, entonces hice catecismo, preparé primeras comuniones y confirmaciones, además, celebrábamos el Mes de María. Estuvimos en Hospital hasta el año 79 y ahí nos vinimos a la parcela (en Alto Las Cruces).

Yo pienso que cuando nosotros entramos al instituto no fue por la necesidad de trabajar, sino porque nosotros hacíamos algo para ayudar. La plata me importaba poco, teniendo para los pasajes y para ir a la casa... Yo creo que me hizo feliz no estar encerrada en mi casa trabajando para mí. Se me dio una visión de ser útil para alguien, abrirle el camino a uno, para vivir más contenta. Si me hubiera quedado en la casa, habría seguido haciendo trabajitos chicos, nunca me habría faltado ni la comida ni el vestuario, pero ¿después? Es como estar viva, estar haciendo algo.

Yo dejé el instituto porque no tenía tiempo. Tuve mis hijos y tenía que educarlos. La mamá es la única que sabe cuidar a sus hijos y educarlos. Y Agenor siempre tuvo trabajos extra. Nunca nos ha faltado nada, ayudando y ayudándonos con los vecinos. Hoy mis hijos son respetuosos, profesionales, están trabajando contentos.

AGENOR SALAZAR VILLABLANCA

TODO LO QUE ME ENTREGÓ EL EIR



© Vanessa Tessada S.

Mi nombre es Agenor Alberto Salazar Villablanca. Nací el 21 de diciembre de 1938. En cinco meses cumpliré ochenta y cinco años. Mis papás vienen de una familia muy numerosa: los hermanos de mi padre eran doce. Y los hermanos de mi madre eran doce también, contándola a ella. Nosotros éramos diez hermanos, pero en este momento quedamos cuatro vivos. Algunos murieron cuando eran más chiquititos, porque en esos años, estamos hablando de muchos años atrás, 1939 o 1940, se morían muchos niños, bebés, en el campo, sobre todo por las neumonías. Así que quedamos seis, de ellos tenemos dos fallecidos. Quedamos dos hombres y dos mujeres: cuatro.

Yo vivía con mis papás en Santa Adriana, comuna de Mulchén, bastante al sur. Mis padres eran pequeños propietarios. Estudié en la

* (Entrevista realizada en Alto Las Cruces, 2023)

escuela primaria hasta tercero de preparatoria en esos tiempos. Después me fui a la ciudad a estudiar un poco más, hasta sexto de preparatoria. En esos tiempos no había séptimo u octavo básico, estos cursos llegaron mucho después. Mi escuela se encontraba como a tres kilómetros de mi casa, no era tan lejos, pero nosotros íbamos siempre, aunque lloviera o tronara, había que ir al colegio.

Me gustaba mucho ir al colegio porque tenía ganas de aprender. La verdad de las cosas es que para mí nunca fue un problema ir a estudiar, por el contrario. Lo contrario de muchos niños que no quieren ir al colegio. No. Yo tuve suerte en eso, me sacaba muy buenas notas. Cuando me sacaba un 6,0 me daba pena. Era exigente conmigo mismo, pero me sacaba un 5,0 en conducta, porque era muy inquieto, ese era mi problema. Yo aprendía muy rápido y en esos tiempos era una sala para tres cursos. Cuando iba en segundo, ya sabía más que los que estaban en tercero, porque me quedaba tiempo para aprender y yo, para no hacer desorden, ponía atención y la profesora preguntaba, ningún alumno participaba y yo levantaba mi mano y contestaba, lo que fuera... Historia, Matemáticas, cualquier asignatura. Una de las cosas buenas del campo es que enseñaban mucho y el que quería aprender, lo tenía; cuando me fui a hacer el cuarto año al pueblo, yo tenía el primer lugar del curso y sabía de un montón de materias que debía haber aprendido en ese curso, pero que aprendí en tercero. El problema que la profesora siempre nos dijo: «la inmensa mayoría de ustedes no va a ir más al colegio, por lo tanto, yo quiero darles más clases, cosas que les servirán en la vida». Entonces ahí uno aprendía mucho más y el único colegio que había era ese, porque nosotros vivíamos a veinticinco kilómetros de la ciudad. El que tenía conciencia, estudiaba, el que no, no. Además, gracias a Dios, mi viejo era muy consciente con que yo estudiara.

A mi hermano mayor lo mandaron a estudiar a la ciudad. Mi abuela materna vivía allí y tenía como diez chiquillos en la casa, entonces cuando yo pasara a cuarto me iba a ir donde ella, pero no pude, porque estaba llena la casa, así que me fui a la casa de un tío que estaba recién casado. Mi tía era jovencita y ella siempre me decía: «usted tiene que estudiar, mijito». Ella me trataba muy bien. Y no es por nada, pero yo siempre fui muy responsable, me portaba

bien. Y eso me ayudó mucho para sacar buenas notas en cuarto de primaria. Pero después de eso, ella quedó embarazada, iba a tener guagüita y yo ya no podía estar allá. Me volví a mi casa, perdí un año y yo alegaba, porque quería estudiar po'. Le decía a mi papá: «yo no quiero estar aquí, yo quiero estudiar y aprender». Y había un pueblito cerca, a doce kilómetros de Santa Adriana, que se llama Quilaco, allá me fui a estudiar y pasé a sexto de primaria. Hice dos cursos en uno, estudiando al máximo. Y después, me fui para la casa... «Chuta, ¿qué hacer ahora?». Mi hermano había postulado a la Marina y quedó ahí en el año 1955. El año 1956 me fui yo a la Marina. Salí bien en todos los exámenes, pero en ese tiempo solo quedaban doscientos y dimos prueba seiscientos, así que, aunque me fue bien en las pruebas, quedé fuera por el sorteo que se hacía.

Luego me quedé trabajando en Talcahuano, con diecisiete años y con permiso de los viejos, porque antes la mayoría de edad se alcanzaba con los veintiún años. Siempre los papás les daban más libertad a los hombres que a las hijas y estuve un año y medio trabajando en una construcción, bien cabrito, un mocoso. Me mandaban a Concepción desde Talcahuano a buscar plata en un maletín para pagarle a los trabajadores, lo que hoy serían diez millones de pesos y ¡en micro! Nunca, gracias a Dios, me pasó a nada, pero después pensaba «¿cómo tuvieron tanta confianza de mandar a un cabro tan joven?». Porque también podría haber hecho un loco, pero mis padres siempre me enseñaron a ser honrado.

De ahí me regresé a la casa, en 1958. Viví el año 59 muy amargado, porque yo no quería trabajar en el campo, era un trabajo muy sacrificado. Harto terreno, pero sin riego y quedaba a veinticinco kilómetros de Mulchén. En el año 1960 le dije a mi padre «tengo que ver lo que voy a hacer». Tenía casi veintidós años y mi papá me dijo «hijo, no te puedo ofrecer más que lo que aquí hay». Y yo no quería eso, quería abrir mi camino. En el año 1961 aparece esta gran institución, el IER, que agradezco haber conocido, porque la Iglesia se la ha jugado por la gente del campo. En esos años, el campo se encontraba abandonado, no había nada de nada. Solo había muchos jóvenes perdidos en el mundo, sin posibilidad de abrir sus horizontes. No se veía el horizonte. Y de repente aparece el Instituto de Educación Rural, ofreciendo gratuitamente cursos de capacita-

ción para los jóvenes rurales. Yo siempre fui cercano a la Iglesia o al menos nos preparaban para la primera comunión y la confirmación, pero con trece o catorce años, nada más. Como era un lugar de pequeños agricultores, nunca hubo una misión en el campo. Así que debíamos ir a la ciudad en caso de alguna fiesta religiosa importante.

Un día aparece una noticia de que andaba una pareja de jóvenes invitando a un curso que se realizaría en Chillán (era lejos de donde yo vivía), que iba a ser gratuito. Hablé con mis viejos y les dije «esta es mi gran oportunidad. Así que me las arreglo y yo voy para allá, ¿qué les parece a ustedes?». Mi papá me dice: «hijo, si usted ve que quiere hacer eso, hágalo». Ellos nunca pusieron obstáculos, además, como supieron que venía de la institución de la Iglesia y era un momento tan necesario, tan urgente... Yo no sé a cuántos miles de jóvenes en Chile nos cambió la vida. Me fui a capacitar a Chillán. Me enseñaron cosas que yo no había hecho: a podar, algo de hortalizas y, sobre todo, la parte más importante para mí, la formación a las personas, porque los conocimientos los brindan muchas instituciones, pero la parte personal, de valores y la enseñanza de Dios la adquirí en el Instituto de Educación Rural. Ese curso era interno y fueron tres meses y algo. Desde ahí, el Instituto enviaba a los jóvenes que tenían interés, a participar. También tuve suerte en eso, creo yo. El padre Jorge⁴⁷ —que era como el colador parece— me invitó a Malloco, a un curso de capacitación superior, donde había mayor formación y conocimientos. Y, lo mejor de todo, es que era un trabajo para ser promotor.

Bueno, gracias a Dios salí a trabajar después. ¿A dónde iba a trabajar? Tenía dos opciones: para el norte y para el sur. Pero yo quería volver a Chillán, me enamoré del lugar... No sé por qué sería. Y eso que no lo conocía. Nos fuimos a Chillán y me mandaron a mi tierra, cercano a mi tierra. Cuando uno llegaba, había una jornada especial para asignar a la compañera, la Julia⁴⁸ —recién había llegado de Perú, en enero del año 62— fue mi compañera. Una de las cosas importantes que uno aprende y tiene, es la conciencia de que nuestra compañera se convertía en nuestra hermana y la debíamos

47 Se refiere al padre Jorge Navarrete.

48 Julia Aguilera.

cuidar y respetar. Entonces nos designaron a la zona de Los Ángeles, hacia el campo. Atendimos cinco lugares. Fue muy sacrificado, íbamos veintiún días. Estábamos ciertos días en un lugar y después nos trasladábamos a otro. Ahí teníamos trabajos interesantes, poníamos en práctica lo que habíamos aprendido: trabajar con los jóvenes, hay gente que aprendió a vacunar, a castrar, en la parte del trabajo con los animales, algunos a podar. Además, formábamos centros campesinos en cada lugar. Ahí entraban todos: jóvenes y adultos. Íbamos a las escuelas y ahí hacíamos las reuniones. También visitábamos las casas, orientábamos a las personas; si tenían árboles, le enseñábamos a toda la familia como cuidarlos, podarlos.

Algunas familias compartían lo poco y nada que tenían con nosotros y a mí me daba mucho cargo de conciencia eso, por eso trataba de ayudar en algo, para pagarles algo de lo que yo consumía de ese hogar. Siempre había algo que podíamos hacer, en todas las casas, y cuando uno no estaba, nos echaban de menos. Además, la gente estaba dispuesta a recibirnos. Era muy bonito e interesante ese trabajo. Este trabajo lo inició la Iglesia y de ahí provenía el Instituto de Educación Rural. El Estado no tenía ninguna institución trabajando con los campesinos. Claro, cuando vieron lo que nosotros hacíamos, el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) empezó a salir a los campos a entregar asistencia técnica.

En el año 1963, luego de trabajar en esa zona, empezamos a pololear con la Julia y a mí me enviaron a Chiloé. A mí no me gustó eso. Lo tomé como un castigo, querían separarme de ella. Y la Julia me dice «anda, Negrito, si yo no te voy a cambiar». Lo vimos por la parte positiva. Estuvimos un tiempo juntos trabajando y nos conocimos mucho, había que ver si ese amor era real o livianito. Así que me fui al sur y claro, allá en Chiloé era muy sacrificado. Los campesinos tenían pocos conocimientos, el clima era muy húmedo y lluvioso y la gente muy pobre. Ahí enseñé algo de hortalizas, para que la gente aprendiera cómo alimentarse. Allá yo llegué con un grupo de casi noventa profesionales a punto de salir egresados de la Universidad de Chile de diferentes especialidades: médicos, veterinarios, enfermeras, asistentes sociales, y fuimos a trabajar al campo e hicimos un trabajo muy bonito que duró un mes, todo febrero. La misión fue larga y yo quería casarme, quería volver a Chillán. En diciembre de ese año me enviaron a mi tierra.



Matrimonio Agenor Salazar y Julia Aguilera, acompañados de delegados y delegadas del IER (1964). Fotografías gentileza de Julia Aguilera y Agenor Salazar

El año 1969 llegamos aquí.⁴⁹ A los tres meses, ya estábamos metidos en la Iglesia aquí. Monseñor Carlos González me nombró presidente de Acción Católica Rural, también estaba Manuel Olate, la Silvia [Céspedes], Ventura Ávila, varios institutanos.

Bueno, el año 1971 había cuatro parcelas que no tenían parcelero en este sector de Alto Las Cruces y llamaron a concurso. Había como veintitantos postulando y me tocó la suerte de ser seleccionado. Recuerdo que vivíamos en la entrada. En el año 70 se había formado la MULTIRRECOOP y me nombraron presidente del Comité de Vigilancia de la cooperativa entre 1971 y 1973. Ahí defendí que la política no entrara en la cooperativa. A nosotros, en las capacitaciones del IER, nos enseñaron mucho cooperativismo, pero en lo que se hizo mucho hincapié fue en no mezclar ni la política ni la religión en la cooperativa. Ahí nos interesaba el bien común y nada más. Eso tuve que defenderlo muy fielmente en la organización, porque en esos años había mucho roce político. Al final vino el Golpe Militar.

Después del Golpe, los militares me nombraron presidente de la cooperativa MULTIRRECOOP. Ahora yo pienso: «¿por qué me nombraron a mí?». Y la repuesta es que, quizás, porque yo luché mucho para que la política no interviniera en la cooperativa. Yo no andaba a la siga de los militares, eso jamás. Recuerdo que el presidente anterior

49 Está hablando de la ubicación de su actual residencia en Alto Las Cruces, Región del Maule.

pretendía incorporar los consejos comunales a la cooperativa y eso era pura política, además que no eran agricultores, ellos vivían en la ciudad y ahí tenían otros problemas. Entonces el presidente de la cooperativa dijo: «esto se somete a votación». Yo me paré y seguido de mí unas setenta personas. Luego soltaron groserías, insultos, comunistas tal por cual, que se vayan los políticos. Se fueron. Creo que eso fue lo más violento.

Yo renuncié en 1973 al instituto y comencé a trabajar mi parcela. Bueno, ahí estuve en la cooperativa hasta el año 77, como presidente, y en ese tiempo no había democracia, así que nombraron a otra persona. Tres años después, murió la cooperativa. Ese era su destino.

Yo siempre alenté a los campesinos a cuidar su parcela, a no venderla por ningún motivo. No importa que no ganaran plata, pero debían conservar su tierra. Algunos me hicieron caso y otros no. Y bueno, como estaba aconsejando «mal» a la gente, me sacaron. Con don Carlos González formamos un grupito para ayudar a los campesinos que quedaron sin parcelas, en distintos lugares, Curicó, Alto las Cruces... Y así estuvimos dos años trabajando en eso. Por esos mismos años me convertí en socio del Instituto de Educación Rural (en el 77). Éramos cincuenta integrantes, compuesto por gente de campo, de ciudad, gente importante de Chile, como don Emiliano Ortega, por nombrar uno. Ser socio del instituto era el reconocimiento del cariño que uno tenía por el IER, porque yo creo que le hizo un tremendo bien a la juventud campesina. Fueron miles los campesinos que pasaron por el instituto y donde están, siempre dejan huella. Ahí, las reuniones como socios eran una vez al año, pero como consejo, me tocaba todos los meses.

Según mi parecer, hasta el año 1964 el Instituto de Educación Rural fue lo que era. Necesitaba de los campesinos, pero más tarde eso se diluyó. También fue creciendo esta idea, se crearon más centrales para formar campesinos en todo el país. Con todo eso, se fue tecnificando, dejando de lado la esencia del campo, solo eran conocimientos de agrónomos o de técnicos. Antes no, cuando llegaban los jóvenes al campo, aprendían de todo, a pastorear, a convivir ahí, pero luego eso cambió por el conocimiento puramente técnico del campo. Antes a uno lo orientaban, tanto para ganarse la vida como para formarse como persona, y esos valores uno nunca los olvida,

incluso los reconoce. El instituto me enseñó a querer el campo y, gracias a Dios, he podido trabajar en muchas organizaciones y dirigir las.

Soy un agradecido de Dios por todas las cosas que aprendí y obtuve siendo institutano del IER. Si lo comienzo a evaluar, lo más importante ha sido mi esposa (vamos a cumplir cincuenta y nueve años casados) y nuestros cuatro hijos. Todo eso es lo más grande y lo más lindo que he logrado. También agradezco a Dios por esta fe que tengo como cristiano y una conciencia sobre la situación del campo. Yo creo que debía mirar hacia el lado y ayudar a nuestros compañeros campesinos. Siempre he estado ahí, donde las papas queman. Ahí aprendí sobre la unidad porque solos no somos nada, no podemos vivir en un círculo chiquitito. Yo siempre pienso que, si no hubiera mirado para el lado, habría trabajado solo para nosotros, quizás tendría parcelas. Antes, yo veía que por cuatro chauchas se vendían parcelas y eso no podía entrar en mi cabeza. ¡Cómo se les ocurría que yo iba a comprar una de las parcelas de los campesinos! Por el contrario, yo siempre les decía: «no la vendan». Yo siempre he pensado: si yo a usted le paso un fósforo, quizás se le quiebra, pero si le paso un paquete, todos juntos son más fuertes. En ese sentido, don Rafael Larraín, quien inició el instituto, se ganó el cielo.

ALGUNAS PALABRAS FINALES

Amigos de Siempre

*Estando en Vilches corría un viento puelche muy fuerte
y le pedí: ¡llévame a alguna parte!
Apareció un cura y me invitó a esa parte, al IER
y ahí partió mi vida.*

No es fácil dar cierre a un libro que nos ha permitido traer al presente tan bonitos recuerdos. Entre nuestros sentimientos abunda la gratitud hacia el Instituto de Educación Rural. Muchos de nosotros hasta ahora nos preguntamos: ¿qué hubiese sido de mí si no hubiese existido el IER? Porque, como se pudo leer en nuestras historias, éramos jóvenes campesinos y campesinas con inquietudes y unas ganas de vivir que no lograban ser canalizadas por las limitadas alternativas que nos ofrecía la vida del campo. Y no era que quisiéramos migrar e irnos, al contrario, nuestros anhelos estaban puestos en mejorar la vida de todos los campesinos.

El instituto creó un espacio para la superación campesina, con las centrales de capacitación y los centros campesinos, motivando a jóvenes, hombres y mujeres por igual, a que tomaran conciencia e invitaran a sus hermanos campesinos a organizarse, porque nuestra fuerza estaba en la organización. Por eso las cooperativas y los comités sindicales apoyamos el proceso de Reforma Agraria.

La preparación que nos dio el IER se usó para servir a otros campesinos y campesinas. Nos hicieron sentir personas útiles a la sociedad (aunque éramos hijos e hijas de campesinos, inquilinos o pequeños productores), protagonistas de este trabajo colectivo que, para nosotros, ha sido un sueño hecho realidad. Hasta hoy creemos en la justicia social y en la capacidad que tiene la organización para construir futuros mejores juntos.

El IER nos entregó conocimiento y experiencias, junto a grandes y duraderas amistades, hermandad y compañerismo. Ahí, muchos de nosotros conocimos al amor de nuestras vidas.

Por último, nos queda agradecer a Vanessa y a la Universidad Autónoma de Chile por ayudarnos a que parte de nuestras historias campesinas, que corresponden al sueño de jóvenes líderes, quede por escrito. Estas historias son nuestro legado.

PALABRAS FINALES DE LAS EDITORAS

Las vidas de las y los integrantes de los Amigos de Siempre nos acercan a un mundo rural desaparecido y que experimentó uno de los procesos de transformación social más profundo que ha vivido el campo: la Reforma Agraria.

El origen de los campesinos y campesinas líderes del IER es diverso: hijos e hijas de inquilinos y familias inquilinas, convertidos desde niños en trabajadores; hijos de trabajadores de fundos con algunos conocimientos, como saber leer o escribir, o hijos de pequeños propietarios, pero con producciones casi de subsistencia. Sin embargo, todos y todas comparten experiencias que han caracterizado al espacio rural y que se visibilizaron con fuerza durante las décadas de los cincuenta y, sobre todo, de los sesenta: la precariedad económica y material, la responsabilidad de trabajar desde temprana edad, los bajos o inexistentes salarios, la cercanía a problemas como el alcoholismo y las escasas oportunidades de educación.

Es decir, en sus relatos podemos apreciar la complejidad de la división, la tenencia y el trabajo de la tierra durante el periodo del gran latifundio, junto a los intereses —políticos, económicos y culturales— de las clases patronales y las limitaciones del Estado para hacerse presente en aquellos espacios. Sus vidas y las de sus familias formaron parte de la sociedad tradicional estructurada en torno al patrón y a la Iglesia, fuertemente patriarcal, que se buscó romper durante los años sesenta.

Sus vivencias en el Instituto de Educación Rural y en el proceso de Reforma Agraria, así como el lenguaje que utilizan para contar sus historias, dan cuenta de un camino de aprendizaje. Por un lado, de una fe cristiana cercana a lo social, al trabajo conjunto, a la solidaridad, reflejada en su compromiso con el desarrollo económico del espacio rural y de los campesinos. Está en sus relatos la toma de conciencia como sujeto campesino. Por otro lado, la capacitación en técnicas agrícolas, pero también en organización, que les permitió concretar y construir, en conjunto con otros, el proceso de transformación social que estaban protagonizando.

Asimismo, los relatos de vida nos permiten iluminar un momento político específico. El papel que adoptó la Iglesia católica, inspirada

en la doctrina social de la Iglesia, su capacidad de entregar el liderazgo a las bases para producir ciertas transformaciones y la cristalización de un anhelo de cambio profundo en proyectos políticos específicos, tanto en el gobierno encabezado por Frei Montalva como en el de Salvador Allende, que se vivieron con esperanza. La frase «la tierra para el que la trabaja» quedó resonando en sus trayectorias vitales.

Estas vidas y reflexiones nos permiten ver no solo el pasado, sino mirar críticamente el presente del mundo rural. Con menos producción agrícola, trabajo temporal, tierras antes agrarias convertidas en terreno urbano y de explotación forestal. Las reflexiones de las y los entrevistados apuntan a que la clase campesina que quisieron construir se desvaneció con la Dictadura y el modelo agroexportador instaurado.

Por último, es necesario mencionar que el estudio del papel del IER en el proceso de creación de cooperativas y de organización campesina se ilumina con estas historias de vida, pero aún falta por analizar, desde otras perspectivas críticas, el papel que la institución jugó en aquel momento histórico para el campesinado chileno.

Libro original y único que relata las historias de vida de veinte jóvenes campesinos, mujeres y hombres que trabajaron en el Instituto de Educación Rural (IER) capacitando a inquilinos y pequeños propietarios. Sus vidas reflejan la historia de profundos cambios en el Chile rural del siglo XX: inicio de las reformas agrarias, de la Iglesia y del Estado, la sindicalización campesina y la promoción de organizaciones comunitarias. Su trabajo lo realizaron con mucho compromiso, con dedicación y cariño: ellos fueron parte del «despertar campesino».

Sus vidas nos permiten recorrer la zona centro-sur del país, pero todos ellos terminaron en la Región del Maule y allí se organizaron y constituyeron su propia corporación «Amigos de Siempre». Desde ahí nos entregan esta interesante publicación, cuyos testimonios, recogidos aquí gracias a la investigación de la Dra. Vanessa Tessada y la profesora Beida Fuentes, reflejan la exitosa labor del Instituto de Educación Rural, que utilizó una metodología de trabajo innovadora y que fue un gran aporte para los campesinos y campesinas de Chile.

Liliana Barría

Socióloga

Trabajó en el sector rural, con el IER y con algunos de los autores